
TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA

RELACIONES

POR FERNAN CABALLERO.

COMPRENDE ESTE TOMO:

LA ESTRELLA DE VANDALIA.
¡POBRE DOLORES!

MADRID: 1857.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON FRANCISCO DE P. MELLADO.
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

PRÓLOGO.

Al comenzar estas pobres líneas, miserable fachada que pego con vergüenza á dos tan graciosos monumentos; y al escribir de novelas—segun creo—por primera vez, despues de tánto como he escrito en este mundo, juzgo que mis lectores no llevarán á mal el que principie confesándome con ellos sobre esta materia, á fin de que conozcan desde luego mis aficiones, mis hábitos, casi iba á decir mis doctrinas, álgo de lo que siento y lo que pienso acerca de una lectura tan generalizada en nuestro siglo y en nuestro pais.

Declaro, en primer lugar, que soy enteramente de éstos,—de mi pais y de mi siglo,—en

el particular de que estamos hablando: declaro que la buena novela me enamora, me cautiva, me arrastra; que pocas distracciones tienen para mí un encanto igual; que embebido en saborearlas y aun en devorarlas, he pasado y paso todavía horas y horas, discurriendo con sus autores, viviendo con sus héroes, tomando una activa parte en la ficticia, escogida existencia que son su atmósfera y su terreno.—Si éste es un defecto por ventura; si todas las personas graves y formales que me oyeren lo estiman una aberracion de juicio ó una puerilidad de carácter, inclinaré la frente, y me someteré al rigor de la sentencia comun. Pero si hay algunos que conciban semejante ocupacion como un decente y provechoso solaz en medio de las pesadas taréas del foro y de las acerbas realidades de la vida pública; si los hay para quienes esa aficion á lo distinguido, á lo romanesco, á lo ideal, pueda elevar el ánimo, perfeccionar el gusto, inspirar amor á lo bueno y á lo bello, contribuir en una palabra al ennoblecimiento de nuestro espíritu y á la mejora de nuestro ser; permítaseme entónces que me confirme y aferre en mi costumbre, y que ya que no haga gala de una im-

penitencia procaz, diga sencillamente, pero sin rubor, que tengo pasion por las novelas, como la tienen algunos por las flores ó por la música, como la tienen otros, y yo tambien con ellos, por las estátuas y por los cuadros.

Claro sin embargo está,—y apénas era necesario decirlo,—que no todas las novelas, ni aun todos los géneros de novela, han de ser ni pueden ser igualmente aceptables para mí. Desde luego, hasta me parece excusado el descartar para condenarlas las que pertenecen á los géneros sucio y tonto; las que se apartan de los ojos con disgusto; las que se caen de las manos por falta de interés, por falta de talento, por falta de estilo. En obras que se dirigen al corazon y á la mente, condenado está por sí mismo lo que ni ilumina la mente, ni tiene que ver con el corazon. En obras que pertenecen al arte, condenado está lo que no tiene condiciones artísticas. Todo el mundo conoce que lo impudente no puede causar sino asco; que lo necio y lo estúpido solo han de producir fastidio y sueño.

De otra cosa, pues, queríamos hablar cuando hemos dicho que hay novelas, ó géneros de novelas, que nunca nos agradaron. Y como esta-

mos en acto de confesion, lo declararémos tambien tan sincera como ingénuamente.

Me repugnan ante todo, y me han repugnado desde niño, las que podria llamar novelas anatómicas; aquellas, en que, no sé si con verdad ó sin verdad, se analizan, se descomponen, se reducen á polvo los sentimientos humanos, cual si fuesen nervios ó tegumentos, pretendiendo llevar el escalpelo hasta sus principios más recónditos y elementales, y colocando en una especie de microscopio sus partículas, para que nos dén por consecuencia mónstruos que no se conocen en el mundo, doctrinas que no son las doctrinas de la sociedad. Tales novelas, no necesito de seguro nombrarlas: todos las conocemos; todos hemos tropezado con ellas alguna vez; todos las hemos oido celebrar y recomendar como el límite del ingenio, como la corona de la filosofía y del arte. Pero en cuanto á mí, vuelvo á repetir lo que llevo dicho: siempre me han sido antipáticas tales obras, como me lo es una leccion de patología, ó como me lo son esas estátuas de cera que nos demuestran al desnudo las cavidades de las vísceras humanas. Puede cautivar, y cautiva ciertamente mi ánimo, la observacion deli-

cada y exacta de nuestros sentimientos; más ésa que pasa á descomposicion total, á análisis quirúrjica, ni la sigo con deleite, ni la sufro siquiera con resignacion. Suponiendo que semejantes análisis sean verdaderas, paréceme que no es á la literatura sino á la medicina á quien corresponden: si á más de ello fuesen voluntarias, mentirosas, creo que no se las deberá colocar sino en la region de los mas repugnantes delirios.

Otras novelas, á las que tampoco me he acostumbrado jamás, son las que sirven de cuadro á predicaciones socialistas. Y no porque el socialismo en mi juicio carezca de importancia, y no deba mirarse con cuidado y con respeto: derivacion, aunque sea bastarda, del espíritu cristiano, engendro doloroso de males incuestionables que no basta cerrar los ojos para no sentir, es algo más que uno de esos accidentes políticos, que duran el espacio de pocos dias, y que solo dejan en pos un nombre que se olvida luego, y un pequeño vacío, que bien pronto y de cualquier modo se llena. El socialismo es y vale mucho más. Ni concebimos un hombre de bien que no tenga el gérmen de su crítica en el fondo del corazon; ni vislumbramos otro medio de combatir y de

enfrenar el desbordamiento de sus idéas, tan destructor y tan terrible, sino el de la sublimacion de los principios pura y santamente cristianos, la justicia, la libertad y la caridad, que resuelven todas las cuestiones humanas, hasta el punto que nos es dado resolverlas en esta vida de tránsito, de imperfeccion y de sufrimiento.

Mas aun considerando al socialismo como una cosa grave y séria, hemos tenido la desgracia de encontrar siempre á sus novelistas á la par peligrosos y pueriles; falsos en los caractéres y declamadores en los sentimientos; afectando algo que no nos ha parecido sincero ni real; copiosos en palabras *humanitarias*, pero que maldisfrazan solo, y que no pueden encubrir su espíritu de rencor á lo que es digno y respetable. Yo no sé si procede ésto de la propia naturaleza de tal doctrina, exajeracion, caricatura de la doctrina evangélica, y dada, por consiguiente á caricaturas y exajeraciones: si se deriva de la situacion hostil en que se halla respecto á las antiguas sociedades, y que la impele á esos extremos de hostilidad y odio: si nace por último del carácter personalmente agresivo de sus mas renombrados escritores, que se derrama de su pluma

en una emanacion tan necesaria como natural. Pero sea lo que fuere de la causa, el hecho es cierto, es evidente, si no se iluden mis sentidos y mi razon; y las novelas socialistas, que no son en su fondo obras ni de entretenimiento ni de arte, sino meras máquinas de demolicion social, libros de pura y ardiente controversia, se me presentan tan desnudas de lo que debia formar su atractivo, de lo que debia envolver entre sus halagos la enseñanza, que no puedo ménos de repelerlas con duro desden, repitiendo el *incredulus odi* del eterno legislador en materias de gusto.

Aparte de las novelas *tontas*, de las novelas *anatómicas*, y de las novelas *socialistas*, todos los demás géneros son buenos y aceptos para mí; como que recrean la mente, como que embelesan el ánimo de una manera delicada y apacible. El género descriptivo, el dramático, el histórico; la pintura de carácteres, la narracion de sucesos extraños, las combinaciones de imaginacion ó de enredo; todo ello es verdaderamente humano, y todo suministra un vivo interés á las más nobles facultades de nuestro espiritu. Cuando Chateaubriand nos presenta en *Renato* el vago refina-

miento de unas nebulosas pasiones que son triste consecuencia de la vejez de nuestra sociedad, y cuando Bernardino de Saint Pierre lo hace en *Pablo y Virginia* de la candidez de otras que llevan el sello de inocencia propio de las situaciones patriarcales; mi entendimiento y mi corazon los siguen á uno y otro terreno, los acompañan por una y otra via, y llegan á un placer igual, ora derramando lágrimas de ternura, ora desgarrándose en simpáticos afectos por un dolor que nos penetra hasta el fondo de las entrañas. Si por acaso aparto de allí los ojos, y los llevo á donde Walter Scott nos retrata con admirable lucidez las verdaderas costumbres de la edad media, Lesage las del décimo séptimo siglo, Cooper los hábitos de los indios y de los *plantadores* americanos, Bulwer las finas maneras del mundo aristocrático de nuestros dias; á donde Manzoni nos ofrece sus admirables *Desposados*; á donde Alejandro Dumas, con una incansable facundia, con un talento escénico que tiene pocos parecidos, y con una desenvoltura de imaginacion que aturde tánto como embelesa, nos dá en sus *Mosqueteros* un libro real de Caballería, como es posible en el siglo décimo-nono; el contentamien-

to y la satisfaccion quizá no son menores, y el doloroso placer de las lágrimas se ve reemplazado por otros, á veces de tan delicada ley, y siempre igualmente racionales, de análoga dulzura, de semejante y no ménos vivo interés.

Y no he querido citar, de propósito, entre esos distinguidos nombres que resumen los diversos géneros de la buena novela actual, otro nombre más claro todavía, y que consagrado por la unánime aprobacion de generaciones y generaciones, se levanta y descuella entre todos

«quantum lenta solent inter viburna cupressi.»

Tal es sin duda el del autor del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; la primer novela que se ha escrito en el mundo; á la que ni en fuerza de observacion, ni en verdad de caracteres, ni en profundidad de pensamientos, ni en gala de estilo y de colores, ni en lo exacto ni en lo ideal, llega ni se acerca ninguna otra de cuantas ha concebido el ingenio humano; siempre fresca y lozana á pesar de sus dos siglos y medio; siempre leida con el mismo placer y admirada con el propio entusiasmo que en los primeros

dias; única en el orbe que despues de haber llenado plenamente un especial designio, y cuando parecía que no tuviese ya objeto ni razon, sigue deleitando á toda clase de personas, á la par que desesperando á cuantos cultivan estas flores del espíritu, y se afanan por encontrar álgo que la imite, ya que no la iguale. De propósito no queríamos hablar de ella; por lo mismo que un profesor ordinario de arquitectura no hablará á sus oyentes de la Gran Pirámide de Egipto ó de San Pedro del Vaticano: que hay monumentos, y tambien hay libros, ante los cuales bajamos la frente los hombres del comun, como que son nuestro asombro todavía más que nuestro orgullo; que hay nombres que no se pueden pronunciar en medio de otros nombres, porque es necesario al pronunciarlos descubrir la cabeza, inclinar los ojos, y colocarse en una respetuosa actitud, como delante de Reyes de la inteligencia, enviados por Dios de tiempo en tiempo para abrirla nuevos horizontes, y para conducirla por nuevos caminos.

Dejemos, pues, en su incomparable gloria á Miguel de Cervantes Saavedra, blason de España, y eterno modelo de cuantos se propongan

enlazar la realidad á la ficcion: limitémonos á álgo más compatible con nuestra pequeñez, y fijémonos en luces que puedan soportar nuestros ojos sin deslumbrarse y cegar con su brillo. Tambien son altos y dignos los segundos puestos, cuando es tan ingente el que posée una primacía no compartida por ningun otro.

No sé si, continuando ahora en mis declaraciones, deberé tambien confesar que incitado por esta idéa, y más aún por mi aficion al género, hubo una época en que deseé cultivarle, y pensé muy sériamente en alguna obra, que concebía como de agrado y de interés. Padece sin duda en ello mi pobre amor propio; pero reconozco y declaro con toda humildad que no supe llevar á cabo semejante intencion, y que me sentí inhábil para una empresa que verdaderamente me halagaba. Ora fuese porque carezca en realidad de la clase de talento que es necesario para tales invenciones y narraciones; ora porque fija mi idéa en ejemplos muy nobles quisiese llegar hasta ellos de la primera vez, y no me resignara á lo que me parecía harto lejano de la perfeccion; es lo cierto que se negó mi pluma á estender y desenvolver lo que confusamente aperci-

biera mi espíritu, y que despues de varios ensayos inútiles conocí que no había nacido para novelista, y me resigné á carecer de esa gloria, y sobre todo de esa satisfaccion, que me habría sido mucho mas importante.

Lo que resultó de ese conato frustrado, de esa triste percepcion de mi inhabilidad, fué que desde entonces estimé en más todavía el título de buen autor de novelas, y admiré más lo que no me encontraba con fuerzas para poner por obra. Esta es indudablemente una ley de condicion humana. Lo que hacemos, lo que nos sentimos aptos para hacer, nos parece siempre obvio, fácil, de menor mérito: lo que escapa ó excede á nuestra aptitud, eso es para nosotros lo difícil, lo meritorio, lo grande. Yo he escrito de política, de legislacion, de artes, de historia; yo he compuesto poesías y dramas; yo he explicado en la cátedra; informado en el tribunal, disertado en la Academía, improvisado y discutido en el Parlamento: todo eso me parece sencillo. ¿Sabeis lo que encuentro grave, lo que me causa admiracion, casi iba á decir envidia? Escribir buenas novelas, porque no he sido capaz de hacerlo; y predicar buenos sermones, porque no com-

cibo que se predique sino de memoria, y yo, ni supe jamás la leccion cuando era estudiante, ni he podido aprender en mi vida la suma de veinte palabras.

Llegado á este punto de mi confesion, y habiéndome hecho conocer, segun creo, de los que me leyeren, en mis relaciones generales con la novela y los novelistas, razon es que nos dirijamos ya á FERNAN CABALLERO y á las suyas, y que complete bajo ese punto de vista especial lo que puedo decir en esta fastidiosa adherencia, que con el nombre de prólogo autoriza una mala costumbre.

Hace muchos años que conocia á FERNAN CABALLERO, aunque no le conociese con este nombre. Era yo un oscuro estudiante de la Universidad de Sevilla, ocupado en revolver el Digesto y la Novísima Recopilacion, cuando él—que entónces no era *el*—brillaba entre lo más distinguido de aquella sociedad por las gracias de su persona, realzadas con lo claro y lo apacible de su talento. Yo no le trataba, y aun juzgo no haberle saludado por aquel tiempo ni una vez siquiera. Le admiraba, como todos los que le veían, porque Dios ha querido que se admire en todas

las esferas lo bello y lo simpático: pero ni yo ni nadie, ni él mismo quizá, presumia á la sazon que debiésemos alguna vez admirarle de la manera y por los motivos que lo hacemos ahora.

Abandoné de allí á poco á Sevilla, vine á Madrid, corrieron años y años; y al cabo de ellos apareció Fernan Caballero en el mundo de las letras, y su novela de la Gaviota vino á anunciar á España que poseía un notable escritor, capaz de ponerse en línea con los que honran á cualesquiera otros paises. La aprobacion, el entusiasmo fueron unánimes: siguiólos, como era preciso, la curiosidad aguijoneada por un evidente pseudónimo; y roto bien luego éste,—que nunca duran mucho semejante velos, y ménos aún en la época de publicidad que alcanzamos,—hube de recordar con grata complacencia aquella grata aparicion de mi juventud, que ostentaba un alma mas hermosa todavía, en los puros, interesantes, amables conceptos de su ingenio.

No me incumbe á mí estimarlos ni avalorarlos todos y con detencion en este breve trabajo. Vengo despues de jueoes muy competentes, que lo han efectuado de algunos con plena justicia; y no es por otra parte lo que me he propuesto el

hacer un prólogo universal para las presentes obras. Cumpliría pues diciendo álgo sobre la ESTRELLA DE VANDALIA y ¡POBRE DOLORES! que van á encontrar sus lectores en este tomo; que saborearán de seguro con el mismo placer que han esperimentado en los precedentes; y que les harán desear otros nuevos, igualmente ricos en emociones tiernas y cristianas. Aun ese álgo me parecería demasiado, si temiese que pudiera servir para dilatar el conocimiento de las propias novelas, y no creyese como creo que la inmensa mayoría del público ve siempre—y con mucha razon—los prólogos, despues que tiene vistas y se ha empapado en las obras.

¿Cómo es posible, sin embargo, escribir sobre cualquiera especial de un autor, particularmente cuando se le aprecia, cuando se tiene por él una justa simpatía, cuando se le sigue en todo su camino con *amore*; y no decir nada sobre sus dotes generales, sobre su manera, su sistema, sus perfecciones, su mérito? La tentacion es demasiado fuerte para resistirla; el deber demasiado claro para desatenderle; y como lo que podrá haber en ello es imprudencia á lo más, pero no pecado, ha de permitírseme el consignar aquí en

una docena de frases lo que si se puede ya presumir por la mera lectura de estas dos pequeñas obras, se ve plenamente justificado por la de los seis ó siete tomos que las preceden, y que tienen de seguro á la vista los que nos honran con su atencion en este momento.

Principiaré exponiendo lo que hiere más la mia en las novelas de nuestro autor, lo que me parece su rasgo supremo y característico: tal es la grande, la completa espontaneidad, que bajo todos aspectos le distingue. Nada hay en él, á mi juicio, que sea efecto de imitacion: nada procede, y nace de la profesion literaria; todo es natural, todo es original, todo es absolutamente propio. Sus personages, sus combinaciones, sus descripciones, su manera misma, emanan evidentemente ya de su instinto creador, ya de una observacion fiel y esmerada de personas y de cosas vivas y reales. Yo no sé si FERNAN CABALLERO había leido ó no había leido muchas novelas ántes de escribir las suyas; pero sé, pero siento, pero veo que ninguna novela anterior inspira ni se refleja en las que él escribe; que ni caracteres, ni situaciones, ni cuadros, nada es tomado, nada es copiado por él de otras; que sus modelos son del

natural, del mas puro y sencillo natural; y que al trasladarlos al papel dándoles esta nueva existencia, no se ha preocupado tampoco de la forma en que lo han hecho ó podido hacer los demás escritores, y solo ha cuidado de que correspondan á los dos principios que deben guiar á todo el que trabaja en verdaderas obras de arte,—la exactitud, la verdad en el fondo del retrato; la idealidad en la expresion de la propia figura retratada.

Ignoro lo que pensarán otros; pero confieso que esta circunstancia que acabo de exponer es para mí de gran valor y de una estimacion suma y decisiva. Estoy cansado, aburrido, de leer imitaciones y más imitaciones de los buenos novelistas,—y aun de los que no son buenos en mi concepto,—hechas por quienes, no alcanzándoles en mérito ó habilidad, deslien sus propósitos, amenguan sus bellezas, y parodian tristemente sus obras. Veinte y cinco años hace, era el género de Walter Scott el que diariamente se nos daba con nombres españoles; despues ha sido el de Eugenio Sue; hoy es el de Alejandro Dumas, aunque sin su imaginacion, sin su talento dramático, y sin su gracia narrativa. Se les ha visto

célebres, se les ha juzgado interesantes; y se les ha imitado por ello, creyendo obtener celebridad y ganar interés: sin comprender los imitadores que existía un maestro superior á todos esos maestros,—la naturaleza; ó sin tener ojos para ver, ni corazones para sentir lo que ésta nos ofrece de primitivamente bello, de digno sobre toda comparacion de ser observado y retratado. Copiando é idealizando pues con lentes que eran de otras vistas, sus copias han resultado falsas, y pueriles y absurdas sus idealizaciones. Pueden agradar por naturales los maestros; pero de seguro no agradan por amanerados los discípulos.

Véase pues cómo aprecio tánto en Fernan Caballero esa originalidad, esa espontaneidad, esa franqueza, que por primera dote le reconozco. Véase por qué la estimo y la señalo, sobre todas las demas del artista y del escritor. Véase por qué comprendo que se cifra en ella su mas brillante corona. Escapar al peligro de la imitacion y de la *escuela* en este tiempo; copiar *d' après nature*, cuando copian tantos de las que ya son copias, y por cierto no muy fieles; desechar esas malas tradiciones; romper esos tristes prestigios; tener valor para empaparse en la pu-

ra, en la franca, en la *verdadera* verdad, y para presentarla sin rodéos como sin afeite; he aquí lo que ya indica por sí solo un espíritu sano, un entendimiento recto, un juicio merecedor de toda alabanza. Y si añadimos á eso que no solo ha observado por sí, sino que ha observado bien; que ha escogido con talento; que ha pintado con fuerza; que ha sentido con ternura; que ha pensado con corazon; ¿qué otra cosa más hemos de pedirle, para ofrecerle en cambio de todo nuestra sincera simpatía y nuestros fervorosos aplausos? ¿Qué otra cosa más se pidió ni se ha de pedir, por ventura, al novelista, desde que el ingenio humano halló la novela, y en tanto que acaricie y conmueva esa obra del arte, con sus delicadas ficciones, la inteligencia y el corazon de la humanidad?

No es esto decir que una crítica descontentadiza dejaría de hallar en las obras de Fernan Caballéro leves lunares, sobre que poner su fria y descarnada mano: ¿cuál es por ventura el autor que deja de ser hombre, y que no cae como tal en algun humano defecto? Pero ¿qué importa que peque alguna vez contra la exactitud histórica, como cuando atribuye á los *Romanos* el

sic lucet in VANDALIA: ó que tambien peque otras contra el diccionario de la Academia, usando tal cual palabra que no sea de la mejor ley para los doctores de nuestro idioma castellano? Por ventura ¿hace profesion de cronista, ni se propone escribir unos anales de nuestra nacion? Por ventura ¿puede escapar él al contagio que más ó ménos nos ha alcanzado á tódos; ó se han de libertar su diccion ni su lenguaje de lo que trae consigo la desaforada volubilidad de nuestro tiempo? Si en lo general son fáciles, claros, castizos; si describen con admirable exactitud; si expresan los afectos con patética sencillez; si son á veces sublimes por esa simplicidad misma; ¿qué importa un descuido, qué importa un lunar ó una leve mancha, en esa corriente de naturales y ordinarias perfecciones? FERNAN CABALLERO no tiene de seguro presunciones académicas; y eso no obstante, no sé yo si hay en la Academia muchos escritores que pudiesen, no ya concebir, ordenar, pensar, sino contar siquiera una novela del modo que él la cuenta, ni con la gracia con que él la escribe. En cuanto á mí propio, ya dejo dicho que no puedo, que no sé.

Quizás hay en él,—porque queremos ser com-

pletamente sinceros;—quizás hay él un defecto mayor que los indicados: mayor, por lo ménos, bajo el punto de vista del arte, y con relacion al propio fin que le mueve y le anima en sus propósitos. Tal es el de suspender ó abandonar á veces el papel de narrador, para convertirse en el de maestro de moral: el de no contentarse con que la enseñanza de ésta se derive naturalmente de los hechos referidos, y que la saque ó deduzca de ellos el lector; avanzando por el contrario á presentársela, á dársela, y no solo en alguna exclamacion ó reflexion corta y breve, sino en razonamientos, en explicaciones, en tono de predicador ó más bien de controversista.—Yo bien alcanzo que cuando Fernan Caballero toma ese camino, su doctrina es buena, puro su intento, motivada por lo comun su obra; pero aun así y todo, creo que ganarian artísticamente sus libros en que no se dejara ir por esa pendiente que le arrastra, y que de seguro no perderian nada en el propio objeto moral, pues que las consecuencias que él no sacase las sacaríamos todos á nuestra vez, y sin duda con mayor gusto, y sin duda tambien con mayor provecho.

Permítaseme explicar de todo punto esta idéa,

acerca de la cual no quiero que quede incertidumbre. De seguro es el complemento de todas las obras de imaginacion el que se aspire al disfrutarlas una enseñanza cristiana y sólida: de seguro es el mas noble designio de todo novelista el que sus ficciones, á la par que agradables, sean útiles, sean engendradoras de bien. Mala y vergonzosa corona es la del escritor que ve lanzado su libro del hogar de una honesta familia: triste celebridad la del que despierta pensamientos impuros en el corazon de los jóvenes, ó tiñe de rubor la mejilla de las doncellas. Pero no es, á nuestro juicio, la predicacion directa la que produce lo uno ni la que impide lo otro. La gran prueba de ser bueno, enteramente bueno, un libro de esta clase, no está en las máximas que ostenta y declama, sino en los sentimientos que inspira y produce. Esa gran prueba solo resulta de que, leyéndose con avidez luego que se ha tomado en las manos, deja el ánimo al concluirle en una disposicion mejor, más moral, más á propósito para la virtud, que cuando se le comenzara. Toda vez que se reune lo uno y lo otro, no hay que pedir más á las obras del novelista: son interesantes, que es su naturaleza; son mo-

rales que es su ley. Temed que no se tornen, exagerando esta última, en tratados expresos de moral: temed que no pierdan de ese modo su sabor y su atractivo, y que no llegue á nacer de ahí lo contrario de lo mismo que se anhela. No olvideis nunca la octava del Tasso, suprema norma, en este particular, de razon y de buen gusto.

»Sai che lá corre il mondo, ove più versi
»Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;
. . . .
»Succhi amari ingannato intanto ei beve,
»E dall'inganno suo vita riceve.»

Basta ya, me parece, de juzgar á FERNAN CABALLERO, en este aspecto general que me propuse. Gran narrador, gran pintor, gran observador de caracteres, escritor original y espontáneo, al que si puede señalarse alguna leve mancha, es nacida de su espontaneidad propia, uniendo á todo ello el delicado perfume que los hombres, *hombres*, no saben dar á sus obras; ocupa en el dia un lugar muy merecido y muy alto, no solo entre los novelistas españoles, sino aun entre todos los novelistas européos. No siguiendo las huellas de nadie, dejándose llevar por esa inspira-

cion libre que ha sido una inspiracion buena, ha recorrido un camino de aciertos y de triunfos, entre el doble aplauso de las personas de letras y de las personas de corazon. Unas y otras han derramado lágrimas sobre estos libros, sin poder abandonanar su lectura; miéntras que la Madre de familias honrada y diligente los ha entregado y los entrega con toda confianza á los tiernos seres que Dios puso bajo su custodia. Así, la prueba de que hablábamos ántes, está realizada, está vencida; y las obras de FERNAN CABALLERO, ganando en ella ventaja á otras muchas obras de inmensa celebridad, ocupan á un tiempo los estantes de las bibliotecas, los dorados veladores de los salones, y las pobres camillas de pino, en cuyo alrededor se consumen las largas horas de la noche en el humilde interior doméstico.

Cuando sucede de esta suerte, todo lo que hubiera de decir un prólogo, ya que no sea ridículo, es por lo ménos excusado. No diré yo, por consiguiente más; y si algunos estrañasen que no consagre en especial siquiera unas pocas líneas á las dos preciosas novelas de este tomo, sírvame de excusa, primero, que lo que he dicho en general de todas se aplica á ellas con tanta exac-

titud como á las restantes; y en segundo lugar, y sobre todo, que no puedo persuadirme hayan tenido el mal gusto de perder media hora en estas reflexiones, vagas, estériles, desnudas de agrado y de interés, y no hayan leido préviamente esos lindos, esos tiernos, esos acabados cuadros, que ha apellidado tan poéticamente su autor LA ESTRELLA DE VANDALIA y ¡POBRE DOLORES!

J. F. PACHECO.

Madrid 30 de junio de 1857.

A LA SEÑORA DOÑA DOLORES TAMARIZ:

Mi querida amiga:

Há poco que leia en una obra del distinguido autor contemporáneo francés, Paul de Molène, el siguiente trozo que tan magnífica y justamente califica la ridícula tendencia de la literatura moderna, que ha resuelto amalgamar los vicios con el cristianismo, é incluir en un mismo anatema la pura y rígida virtud, á la cual llama intolerancia, y toda autoridad, que llama despotismo. Advertirémos que Mr. Molène pertenece á la escuela liberal sensata. Dice así:

«Lo falso siempre me ha herido; y las neceda-

des sacrílegas que oia en aquella casa, me causaban á veces verdaderos accesos de indignacion. Allí se oia hablar de un Cristo amigo de las rameras, protector de revoluciones, austero por un capricho místico; pero complaciente con todos los vicios, tierno con toda torpeza, en fin, jefe de una tribu gitana. Cornelia pretendia ser la Magdalena; solo que reemplazaba por una orgullosa melancolía la humilde tristeza del arrepentimiento cristiano; pertenecia á la escuela de la disolucion declamatoria; pensaba concienzudamente que las escenas y francachelas á que habia asistido, y los amantes que succesivamente habia tenido y dejado, marcaban su frente con el *sello del ángel caido.*»

Nosotros los ortodoxos, por la gracia de Dios; nosotros los no contaminados de los modernos sofismas y falsos giros religiosos, si bien tenemos que renunciar en nuestras novelas á los efectos dramáticos y romancescos de dicha escuela libre y declamatoria, y ceñirnos á la sencilla fé del carbonero, esperamos hallar en su puro círculo pinturas y sentimientos que merezcan la aprobacion y adquieran las simpatías de las personas que son altamente cultas, sin dejar por eso de ser rígidas en punto á moral y religion.

Esta esperanza me ha animado á tomarme la libertad de dedicar á Vd. esta obrita, que por título lleva el dictado y armas de Carmona; esto es, La Estrella de Vandalia.

Si he trasladado al pueblo de Vd. el teatro de la presente Relacion, ha sido arrastrado por la fuerza y por el encanto de los recuerdos que conservo de ese lindo pueblo. Es, entre esos recuerdos, el más lisongero y el más grato á mi corazon, la amistad con que me honró una persona, que por su clase, por su mérito, por su delicada benevolencia y exquisita finura, ocupa en Carmona,—como ocuparia en todas partes,—un lugar tan distinguido y preferente.

Este recuerdo me impulsa á ofrecer á Vd. en estas hojas otro, hijo del primero, que resplandecerá siempre en mi mente, como resplandece en nuestro suelo la Estrella de Vandalia.

Fernan Caballero.

LA ESTRELLA DE VANDALIA.

CAPITULO I. (1)

Todo hombre que tiene una pluma en la mano, debe ante todo tener algo que decir; es preciso sobre todo que sea sincero, y crea en su obra.

CHAMPFLEURI.

A seis leguas de Sevilla, andadas por el hermoso y bien denominado camino real, que aunque ya arruinado, es una de las grandes obras de Cárlos III,

(1) El hecho que vamos á relatar es cierto y positivo. Si nos hemos decidido á publicarlo, es porque la familia del protagonista está extinguida. Hemos además tenido la precaucion de trasladar la escena á otro pueblo, de variar la época de los sucesos, de poner otros nombres y apellidos á las personas. Volvemos á recordar á los que buscan en nuestras composiciones la novela, que no lo son; sino que son cuadros de costumbres, y que la intriga es solo el marco del cuadro.

se encuentra la antigua ciudad de Carmona. Hállase labrada la ciudad primitiva sobre una alta roca, como un *bientevéo* (1) que algun Rey de la Andalucía baja, hubiese erigido para abarcar con la vista sus dominios. Viniendo por el camino de Sevilla se eleva el terreno paulatinamente y casi sin sentir, hasta atravesar un gran arrabal ó ciudad nueva, y llegar á la grandiosa puerta moruna, que forma un largo y estrecho callejon entrecortado por una especie de patio ó plazoleta. Esta entrada es ya pendiente, prolongándose la cuesta más ó ménos suavemente por las calles, hasta el pinacho de aquella inmensa roca, desde donde desciende el terreno abruptamente, y principia la magnífica vega que cubren campos de trigo, que en primavera forman un mar sin límites, verde como la esperanza; y en el estío, un mar dorado como la abundancia. A la derecha concluye este inmenso paisaje en la sierra de Ronda, y á la izquierda en Sierra Morena, á cuyos pies caminan hácia el mar las aguas de sus arroyos, que reunidas toman el nombre de Guadalquivir.

Lo magnífico y sorprendente de esta vista tendría en otros paises una fama y renombre universal, y habria sido descrita mil veces, tanto en novelas como en poesías. Pero en España es poco co-

(1) Sombrajo alto que sobre pies derechos, se coloca en el campo en Andalucía para guardar los campos, y especialmente las viñas.

(N. del E.)

mun el gusto y la pasion por las bellezas campestres, las que se suelen admirar sin que en este sentimiento tomen parte ni el corazon ni el entusiasmo. Una vista, por bella que sea, se suele apreciar, digamos así, clásica y no románticamente.

La bajada en la de que hablamos es casi perpendicular, y no la puede arrostrar la carretera, que rastrea penosamente el primer tercio, y ciñe despues á la peña como un cinturon, salvando su mayor altura. Despues de lo cual, vuelve á emprender su ascension hasta llegar al alegre y activo arrabal, en que se hallan casas nuevas y bonitas, los paradores, los mesones, el correo, en fin, cuanto pertenece á la vida de movimiento; dejando tranquila, gracias á su altura, á la aristocrática y antigua ciudad, con sus casas solariegas, sus iglesias y conventos, sus grandiosas ruinas moriscas, y los trozos que aun conserva de los muros que la ceñian cuando tenia fuerza y mando. Todo en la ciudad es antiguo, bello y digno. Solo en su parte más alta á la derecha' esto es, hacia el Levante, ha labrado la era moderna un feísimo telégrafo, que lleva la matrona como sello de actualidad en su frente, en la que parece una berruga. No es culpa nuestra si los telégrafos son feos; si son caricaturas de torres; si hacen *muecas*, como decia un amigo nuestro; si simbolizando la velocidad, son unas moles pesadas y sin gracia; si significando la publicidad y las comunicaciones, son *frondios* y mudos oráculos que

despiertan la curiosidad sin satisfacerla, envueltos como lo están para los profanos en silencio y misterio. Ni que al pasar por ellos la accion y la vida, queden ellos inertes y muertos, como si protestasen contra ámbas; ni por último, que careciendo de belleza en su forma y de poesía en su objeto, sean grotescas esfinges, que solemnizan la cotizacion de la Bolsa.

No concebimos el moderno afán por vestirlo todo con la misma libréa, y por querer borrar en los paises y en los pueblos la nacionalidad que le es peculiar. De todas las tiranías, la de la uniformidad es la que más se resiste á la independencia popular. Arrancar á paises, pueblos y personas su ser, su carácter, su individualidad, es la más cruel, la más necia y la más antipoética arbitrariedad. Uniformar á los pueblos como á los presidiarios, diciéndoles: «no seréis lo que habeis sido, no seréis lo que os llevan á ser vuestro suelo, vuestro cielo, vuestro carácter é inspiracion espontánea; formáos sobre este modelo único y uniforme en el universo; todos sois carneros de una misma manada, menos nosotros que somos los pastores y zagales, llevando á guisa de cayado la pluma;» esto está muy bueno para los que se erigen en pastores; pero para los que se quiere convertir en uniformes carneros, no tiene ningun género de seduccion y de simpatía.

En España, mas que en otro pais alguno, tienen las Provincias diversas y marcadas fisonomías, asi

como las tienen distintas entre sí los pueblos de una misma provincia. Todo aquel que haya permanecido en ellos, y los haya observado con cuidado y con *amore*, podrá haber notado lo que dejamos dicho. Pero ¿qué autor se rebaja á observar y describir material y moralmente un pueblo de campo, para pintar despues sus costumbres y detallar su localidad? Verdad es que si á esto uniesen datos históricos, y las tradiciones y leyendas que les son peculiares, harían obras originales, simpáticas y provechosas, dando á conocer y poetizando nuestro hermoso pais, que tanto se presta á esto último. Pero hoy dia, segun dice Mr. Etienne, lo que agrada es *poetizar el mal*.

Los rasgos peculiares á Carmona, son, en lo material, un aseo excesivo, tan general y erigido en costumbre, que no lo ostentan, ni lo pregonan, ni aun lo notan. El famoso aséo de Holanda podrá ser mas ostensible; pero ni es tan genuino, ni tan general. Cada casa, cada calle se presenta tan pulcra, que inspira el verlas un inexplicable bienestar; y lo mismo las habitaciones de los pobres que las de los ricos. En las casas humildes, vése en los patios rivalizar la cal de Moron y las flores, como para probar que el aseo y el primor, sin ser dispendiosos, pueden prestar á la vida bienestar, encanto y elegancia natural. En lo moral, el rasgo que distingue á la generalidad de los carmonenses, es la religiosidad, y por consiguiente, la caridad. Y

hemos presenciado allí tales rasgos de ambas sublimes virtudes (que en sí resumen todo el Decálogo: —Á DIOS SOBRE TODO, AL PRÓJIMO COMO Á TÍ MISMO.)— que hemos exclamado con entusiasmo, que bien merece Carmona la denominacion que le dieron los Romanos y le otorgaron por armas; que es una estrella con este mote: «SICUT LUCIFER LUCET IN AURORA, SIC IN WANDALIA CARMONA.» Como brilla la estrella de la mañana en la aurora, brilla en Vandalia Carmona.

Como prueba de esta religiosidad y de esta caridad, muestra la cantidad y hermosura de sus iglesias y conventos, asi como la de sus instituciones de beneficencia, que queremos consignar, para ponerlas al frente de las raquíticas obras de la filantropía.

Hubo en otros tiempos en Carmona escuelas de primeras letras y dos cátedras de gramática al cargo de los Jesuitas, y cátedra de filosofía en el convento de Santo Domingo; todo de valde. Muchas fundaciones de dotes para pobres; una dotacion para estudiar en Salamanca, que fundó el arcediano D. Luis Puerto; tres dotes anuales para pago del colegio mayor de Sevilla, que fundó el Sr. Sarmiento. La Marquesa viuda del Saltillo fundó un hospicio para niñas huérfanas. El número de estas niñas no está prefijado, sino que entran cuantas pueden sostener las rentas con que dotó dicha señora al establecimiento que fundó. En época reciente,

siendo elegidos administradores el señor Marqués del Valle y su hermano el dignísimo Presbítero Señor D. Juan Tamariz, pudieron sostener dichas rentas 45 niñas internas y 150 externas, á las que se daba enseñanza de valde. Hemos visto aquel inmenso salon, y las 150 sillitas en que se sientan las inocentes, que ha reunido la caridad para enseñarles á conocer á Dios y á trabajar; y hemos pensado con dulce consuelo, que si hay mucho malo en el mundo, hay tambien mucho bueno.

Tiene Carmona cuatro conventos de monjas, y uno que se demolió para mal situar una plaza de abastos; cinco de frailes, San Francisco, hoy parador de diligencias; San Gerónimo, demolido, y Santo Domingo, extramuros; San José y el Salvador, cuya hermosa fábrica atestigua fué de los Jesuitas en la ciudad. Su iglesia mayor, Santa María, es magnífica, y la labró Anton Gallegos. Su parroquia de San Pedro fué edificada por Andrés Acebedo, natural de Carmona, que murió á los cuarenta años, y fué muy sentido. Su torre y su capilla de Dios son dos obras maestras de arte y de buen gusto, que si estuviesen en otro pais, tendrian fama europea.

En una de las calles que avecinan á San Felipe, estaba situada una casa, la que, como todas las principales, tenia un zaguan hábilmente enchinado de menudo guijarro. En este se hallaban las puertas de las cuadras y escalera para subir á los

pajares. A la derecha estaba la puerta, por la que se entraba en el gran patio, en el que naranjos y limones encerrados en sus arriates circulares, dejaban entre sí espacio á las macetas, que segun la estacion se renovaban, trayéndoles allí la primavera las bellas rosas, como para obsequiar al suave azahar; el verano la odorífica albácar y los frescos pinos, que viven de agua como el camaleon de aire, y en el estío hacen tan dulce contraste con la agostada naturaleza en el campo; y el invierno, las constantes y monótonas laureolas, abortado laurel de flexibles é inodoras ramas, sin tronco y sin altura.

En un ángulo se hallaba un jazmin, que por sí, y sin ser guiado, habia subido tanto, y se habia hecho tan frondoso, que cubria las ventanas alambradas de un granero, formando para el salon de los garbanzos unas floridas celosías, que hubiesen envidiado los gabinetes de las mas elegantes beldades.

Este patio tenia una alegría espléndida como la de los niños. Sus corredores habian sido abiertos; mas fuese á causa de las mejoras y comodidades que consigo trae el tiempo, ó bien la necesidad,—pues á no dudarlo, y segun lo afirman ancianos observadores, el clima en España es mas frio de lo que fué antiguamente,—estos corredores habian sido cerrados con tabiques, que tenian ventanas y puertas de cristales. El que estaba al fren-

te de la sala, formaba una galería que servia de antesala; la casa era espaciosa. A la espalda se hallában en amor y compaña, y en simpática conversacion, el jardin con sus flores que perfumaban; el corral con sus gallos que cacareaban sin aprension ni timidez; el lavadero cubierto de un espeso emparrado, debajo del cual cantaban las lavanderas, y encima del cual cantaban los pájaros con ellas á porfía; y la puerta de la cocina, por la que se arrojaban los récios y prosáicos sonidos del almirez, como repicando triunfalmente la fiesta de San Positivo.

Todas estas cosas no se amalgaman: convenido. Una elegante superlativa y un *dandy quintesenciado* se horripilarian de esta democracia doméstica. Y no obstante, el aséo y el primor es tal, que formarian un lazo de union entre estas cosas opuestas, si no lo formase ya el ser el pueblo, asi como las cosas referidas, esencialmente campestres.

El segundo piso de la casa solo se componia de graneros, teniendo, como la tienen alli muchas casas, una torre ó mira. Pero la escalera que subia á esta torre, se habia caido muchos años habia; y no siendo ni los anteriores ni los presentes dueños aficionados á las buenas vistas, no habia sido reedificada esta escalera, y aquella torre quedaba del todo olvidada, sirviendo solo de inexpugnable baluarte á las lechuzas y otras aves agrestes.

CAPITULO II.

> Los hombres en general están dispuestos á elogiar las edades pasadas, aun con detrimento de la suya; pero el orgullo de los modernos no ha vacilado en atribuirse la preferencia sobre todos los que les han precedido. La misma disposicion hubo en Roma en los últimos dias de la república.
>
> SANTIAGO CLEMENTE GARCIA.

En esta casa vivia Doña Amparo Figueras, viuda de D. Juan de Trillo, rico labrador afortunado y jovial, que murió porque Dios quiso, que por su voluntad no hubiese muerto, como aquel portugués al que pusieron dicha asercion por epitafio.

Doña Amparo era una mujer de más de cuarenta y tantos años, fresconaza, activa, bondadosa y razonable, sin más defecto que el de una economía

demasiado inclinada á traspasar sus límites. Criada en casa de sus Padres, labradores tambien, llevaba la labor con inteligencia y acierto, desde que murió su marido. Pero en cuanto á educar á dos hijos que tenia, conociendo que no estaba á su alcance el hacerlo, habia tomado al efecto desde la exclaustracion, á un religioso del convento de San Gerónimo, que era lejano pariente suyo, y que tenia la merecida fama de ser un hombre, no solo ejemplar en sus costumbres, sino docto y erudito. Efectivamente, el Padre Buendia, que habia tenido gran intimidad y exclusivo trato con los libros, tenia mucha erudicion, pero poca ciencia de mundo. Conocia á fondo las crónicas; pero lo contemporáneo pasaba para él casi desapercibido. Sabia latin y griego; pero no sabia una palabra de francés ni de inglés, por lo cual en nuestra ilustrada y extranjerada córte, habria pasado por un Mastodonte ó un Megaterio (1). Nadie cual él, conocia la historia en sus fáces religiosa, política y guerrera. Pero en cuanto al mundo, era un laberinto para su abstraida mente, por el que pasaba conducido por

(1) Animales antediluvianos cuyos restos se encuentran en América.

El nombre de Megaterio, que es de orígen griego, significa la Gran Bestia.

En el gabinete de Historia Natural de Madrid, existe el único casi completo que se conoce, y fué hallado á cien pies de profundidad en terreno de aluvion en Buenos Aires, cerca del rio Luxán

(N. del E.)

la rutina, como un ciego sordo conducido por su perrito.

Cuando la exclaustracion, el Prior de su Comunidad, que tenia gracia, le habia aconsejado que al quitarse los hábitos, se hiciese para reemplazarlos un vestido de pergamino. Su parienta Doña Amparo cuidó con poco buen gusto y con mucha economía, de su equipo en aquella ocasion, al traérsele á su casa: de lo contrario no se puede colegir lo que hubiese sucedido. Unos pantalones negros muy holgados, medias de estambre negras con fuertes zapatos, una levita de paño basto ámplia y muy larga; un sombrero de copa muy baja y ala muy ancha; tal fué el equipaje con que se presentó á los sesenta años el pobre Padre Buendía. Y en él se halló, á pesar de estar todo hecho como para un señor mucho más grueso que él, tan atado, que este malestar redobló la profunda tristeza que sentia al salir de aquel precioso convento, situado al pié de la formidable altura en que se presenta la Estrella de Vandalia al que del Norte de España baja á Andalucía.

Amargo era el desconsuelo del buen religioso al dejar aquel precioso y tranquilo convento, en el que habia pasado casi toda su vida; al ausentarse de aquella iglesia de su más amante devocion; al dejar aquella alegre celda y aquella silenciosa librería del convento, fuente de goces de su vida entera; y al separarse de sus compañeros y amigos.

Cuando á los sesenta años la costumbre de toda la vida ha formado en el hombre una segunda naturaleza; perder de una vez y para siempre, cuanto constituia esta costumbre, — y especialmente cuando estaba en concordancia con la conciencia y en armonía con las inclinaciones, — es lo más cruel que puede acontecer al individuo; es el trastorno más desgarrador que puede sufrir la existencia. Y así bien sabido es cuántos de los monjes ancianos arrancados de sus conventos murieron de tristeza; y otros, de dolor, al ver profanados, vendidos, derribados aquellos santuarios que levantó la fé espléndida, en gloria de la religion y honra y bien del pais. Con el espíritu y el sentimiento que llevaron á construir esas maravillas, mueren los grandes arquitectos, escultores y pintores que las hicieron. ¿En qué se habrian de ejercitar ya? ¿Págalos el desprendimiento grandioso del que dá á Dios? ¿Inspíralos la fé de Murillo? ¿Estimúlalos la idea de trabajar para el pais? ¿Anímalos la conviccion de ser este trabajo para la posteridad?

Era, pues, el Padre Buendía un sábio tonto; especie que se vá perdiendo, porque á no ser en alguno que otro alemán, hoy dia no se ve sobrepujar lo abstracto á lo concreto. Así es, que Doña Amparo probaba tener mejor tino para elegir capataces y aperadores, que no preceptores. Y era esto tanto más de sentir, cuanto que sus hijos, — muy mal guiados hasta entónces, y muy dueños de su voluntad, —

necesitaban un freno poderoso; pues el freno, por más que se diga, es el solo contrapeso al mal. El freno que desde pequeños imponen los Padres á sus hijos; el de la virtud, que el hombre que la ama, se impone á sí mismo; el del honor, que pone el mundo; el de la política, que exige el trato; el que tiene una sociedad constituida, á saber, el derecho de imponer á los desmanes de los perturbadores de sus leyes: sin contar el suave freno de la Religion, que si verdadera y completamente rigiera, haria él por sí solo inútiles á todos los demás.

Mauricio, el mayor de los hijos de la viuda, era desgraciado y enfermo; era flojo, dejado, y tenia horror á todo trabajo, así material como intelectual. Su pasion era la pereza; su estado habitual el decaimiento y la inercia. Su Madre, de quien era el predilecto por su estado doliente, le llamaba *un bendito*. Raimundo, el menor, era,—como le denominaba su Madre,—un toro. Violento de carácter, ácre en su contacto como en su sentir, grosero en sus maneras y expresiones. Tolerado por su Madre, aplaudido por los demás pilluelos que capitaneaba, cada obstáculo que hallaba, le parecia un contrario, y legítimos todos los medios para derribarlo. Este desenfreno, este no atender á nada ni á nadie, engendraron en Raimundo el mas asombroso y ridículo orgullo, pues que no tenía más base sobre qué fundarse, sino sobre sí mismo. Si Raimundo hubiese hablado el lenguaje del dia, se hubiese de-

nominado á sí mismo un *mocito de fibra*; pero como no estaba á esa altura, se contentaba con cantar:

Sobre mi gusto, canela;
Sobre mi gusto, azafran;
Sobre mi gusto ha de ser;
Sobre mi gusto será!

A la persona de Raimundo, muy andaluza, ó por mejor decir, árabe, solo faltaba un turbante para ser un Almanzor ó un Malek-Adhel, y habria agradado mucho, á no ser por la dura y malévola mirada de sus grandes ojos negros, y la expresion insolente y grosera de su rostro.

Estos niños, de trece y once años,—edad suficiente para haber podido arraigarse sus respectivas malas tendencias,—fuéron los que puso su Madre, despues de ver medir veinte fanegas de garbanzos, al cuidado y bajo la férula del P. Buendía.

Apenas vió Raimundo el poco gracioso sombrero, bajo de copa y ancho de ala, que su Madre habia proporcionado á su pariente, cuando se echó á reir, y le dijo:

—P. Buendía, Vd. que sabe tanto, ¿á que no sabe la solucion de este acertijo?

Tamaño como una cazuela,
Tiene alas y no vuela.

El Padre no respondió al pronto; pero á la mañana siguiente le dijo en el almuerzo:

—Raimundo, hijo, paréceme que en el acertijo que me dijiste ayer, te has equivocado, y que no es acertijo, sino un memento popular y tradicional, que necesariamente debe aludir á un hecho histórico anterior á las guerras de Viriato, que segun unos duraron ocho, y segun otros catorce años. Fué el caso, que en la guerra entre Romanos y Cartagineses, en la ciudad llamada Bética, venció Escipion á Magon, hermano de Aníbal. Este se retiró y fortaleció sus reales en la ciudad llamada Careon, esto es, aquí, como punto inexpugnable. Dióse una batalla cerca del rio Curbion, aquí en la vega, y quedó vencido Mágon. . . . .

Es de presumir que para ir al campo saliesen sus huestes por la puerta más cercana al sitio en que tuvo lugar el combate, que era la puerta de la Acedia, de la que no queda ni aun vestigio. Formaría Magon sus tropas en dos alas, y teniendo que huir ante Escipion, querrian y no podrian volar; lo que daria orígen á aquel memento popular, y aludiendo al ejército diria:

Salió por la puerta de la Acedia,
Tiene alas y no vuela.

Al oir esta interpretacion histórica de su acertijo,—de la que no comprendió una palabra,—Raimundo se echó á reir y repuso:

—¡Vaya, P. Buendía, que tiene Vd. un modo de adivinar más confuso que el acertijo! No se trata

del rio Curbion, ni del General *Maton*, ni del otro *Animal*, sino que, lo que es tamaño como una cazuela, tiene alas y no vuela..... es su sombrero de usted.

—No dices mal,—repuso el Padre, que tenia buen génio, que en su vida habia llevado sombrero y estaba á matar con la nueva cobertera de su cráneo:—no han inventado los hombres cosa más fea ni más incómoda. Pero, ya que habeis concluido vuestro chocolate, vamos á ocuparnos en vuestra enseñanza. Veo que estáis muy atrasados, pues nombras á Magon *Maton*, y á Aníbal *Animal*; es, pues, preciso, recuperar el tiempo perdido. Vamos á trabajar, y pronto cogeréis el fruto; que dice San Bernardo: *Si labor terret*, *merces invitat*; esto es, «si nos asusta el trabajo, anímanos la recompensa.»

CAPITULO III.

> **En las buenas repúblicas (1), los individuos viven en chozas, y los dioses en templos magníficos; y no hay peor señal, que cuando los templos yacen abandonados, y los individuos habitan palacios.**
>
> **WINKELMANN.**

Varios años pasaron sin que sacase el pobre Padre Buendía fruto de su trabajo. Por suerte, no le asustaba el trabajar, ni necesitaba que le animase la recompensa; puesto que enseñaba más por el placer de enseñar, que por la gloria de sacar fruto. Sembraba la buena simiente, dejando tranquilamente á la tierra aprovecharla ó no.

En Mauricio cayó aquella simiente como sobre una roca, que no penetró. En Raimundo cayó en

(1) República significa aquí cualquier Estado ó especie de gobierno.

tierra feráz, pero seca y sin preparar; y las distracciones y desaplicacion se la comieron como pájaros; mas la que llegó á prender, brotó robusta. Solo se aprovechó de la enseñanza de la historia porque le divertia, y de la del latin por emulacion con el hijo del Alcalde, que se jactaba de saberlo como preliminar de sus estudios en la universidad de Sevilla.

En los paseos que daban por las tardes con el Padre Buendía, les explicaba éste sobre el terreno la historia local y la de los monumentos que allí existen. Era entre estos paseos el preferido por el Padre, el que conducia á su convento, es decir, al sitio en que estuvo, pues vendido que fué, tuvo el dolor de verlo derribar y llevárselo piedra á piedra, columna á columna, puerta á puerta... para labrar quizás un meson, dejando el espacio que ocupara, hecho árido por los escombros, como una cicatriz en aquella frondosa, verde y lozana vega. La iglesia subsiste sola y condenada al abandono; y abandonada estaría sino fuese por uno de los monjes que ha quedado, el que ayudado por algunos fieles, mantiene en ella algun culto: ¡culto sublime que expende la caridad por manos de la fidelidad! Culto que, ofrecido al lado de aquellas ruinas, tiene la humilde dulzura de un desagravio, y que enternece como lo triste, y eleva como lo santo!

Para emprender este paseo solian salir por la puerta de Córdoba, puerta que ha sido reedificada

en el año 1608. Baja despues el camino dirigiéndose á la derecha para reunirse al camino real, teniendo á un lado el monte, que se levanta perpendicularmente, coronando su cúspide con el viejo alcázar moro, y al otro, la vega que separa á Carmona del rio, salpicada toda de haciendas, huertas y olivares. Sobre esta puerta hay un letrero latino, cuya traduccion se ha hecho del modo siguiente:

No porque en fuerte, levantada altura
Situada estoy, ó que de ricas mieses
Mis vegas me coronan, yo me afano;
Ni porque el sol desde su oriente alegre
Mis muros bañe, ó tanto me engrandezcan
De mis vecinos la nobleza antigua.
Más soy tres veces más dichosa y grande
De dos Patronos por la gloria ilustre:
O bien de Teodomiro, el Hijo mio,
O bien, Mateo Apóstol, por el tuyo.

Despues de atravesar el camino real, y prosiguiendo el descenso, siempre dirijiéndose á la derecha, se llega al convento.

Como este está situado en cuesta, delante de la iglesia hay un terraplen ó terrado enladrillado al andar, que da vuelta, y por cuyo costado se puede asomar el que lo pasea, y ver una fuente con su pilon, que se apoya en el muro, y parece simbolizar, ó por mejor decir, hacer una de las obras de misericordia. Al fin de ese terraplen hay una

puerta; y bajando por una escalera de muy linda fábrica, se llega á una pequeña cueva oscura y húmeda, en el fondo de la cual brota una cristalina fuente. Sobre esta fuente se ve un nicho rústico muy húmedo.

—Aquí es, decía el Padre Buendía á sus discípulos, donde escondieron los cristianos, cuando la invasion sarracena, á nuestra Santa Patrona La Vírgen de Gracia, la que ahora veis en su camarin en la hermosa iglesia de Santa María, cuyo magnífico santuario labró Anton Gallego, en el sitio en que estaba el famoso templo de Céres; en cuya ocasion se hallaron tantas estátuas, monedas, lápidas y restos de arquitectura romana.

En el año 1209—esto es, cuarenta y tres despues de la conquista de Carmona por el Santo Rey,—descubrió un pastor milagrosamente guiado la bella Imágen de la Señora, tan admirablemente conservada despues de cerca de seis siglos en aquella húmeda y desconocida cueva, como sigue estándolo hace otros seis siglos en su santuario.

—¿De suerte que es Carmona muy antigua? preguntó Raimundo, mientras Mauricio, que habia llegado mucho despues que sus compañeros, habia entrado en la cueva, para beber en la fuente.

—Esto no es dudoso, contestó el Padre. Pretenden unos que fué fundada por Baco 1324 años ántes de la venida del Salvador; otros aseguran que Brigo, cuarto Rey de España, fué su fundador, pues

el Licenciado Juan Fernandez Franco pretende que Brigo fué cuarto rey de España, y cita en confirmacion al Beroso y á fray Juan Annio, y asegura que reinó 1917 años ántes de la venida de Cristo.

Otros dicen que la fundaron los griegos de Arcadia, y que estos la denominaron Carmona en memoria de la poblacion que en su tierra tenian denominada Carmon; y otros atribuyen su fundacion á Túbal, nieto de Noé, que vino á España 2120 años ántes de la venida de Jesucristo; y segun afirma Francisco Tarrafa Barcelonés en su crónica de España, Carmona se amplió por el Rey Brigo 148 años despues que se fundó por el patriarca Túbal (1).

Hablando así, habian vuelto á subir al terrado, y se habian seguido paseando en la huerta, donde se encontraron con el hortelano que la tenia arrendada, en el momento en que decia Raimundo riendo:

—Padre Buendía, ¡y que se crea Vd. como Evangelios, todas las cosas que dicen esos cronicones! Ya ha dado Vd. una docena de fundadores á Carmona. ¡Vaya que es esta la niña de los muchos padres!—Tiene Vd. las tragaderas untadas de jabon.

—Te he referido las varias opiniones de sabios y cronistas, sin formular la mia, repuso el Padre.

—¡Qué, señor! todos van descarriados,—dijo el

(1) Mariana dice: «Túbal, hijo de Japhet, fué el primer hombre que vino á España: así lo asientan y atestiguan autores muy graves.»

hortelano, el que como buen andaluz, se habia impuesto desde luego en lo que se trataba, y quiso echar su cuarto á espadas, y lucir su erudicion histórica.—Quien le puso nombre á Carmona fué un Rey moro.

—¿Un Rey moro? exclamó el Padre Buendía; en cuanto he leido, no he visto nada que se le parezca.

—Y si el Padre no lo ha leido, no está ni impreso ni escrito, dijo lánguidamente Mauricio, porque cuanto hay escrito é impreso, lo ha leido su mercé. ¡No sé cómo tiene ojos ni paciencia!

—At me nocturnis juvat impallescere chartis, respondió el Padre.—¿Me has comprendido?

—No señor; ni ganas, contestó Mauricio. Ya sabe Vd. que el latin no me entra, ni yo á él; me dá jaqueca.

—¿Y tú, Raimundo? preguntó el Padre dirigiéndose á éste.

—Si señor, dice que á Vd. le place palidecer sobre los libros. Y ese gusto es *rara avis*. Pero,—prosiguió Raimundo volviéndose hácia el hortelano,—cuénte Vd. cómo y en qué ocasion le puso el moro nombre á Carmona.

—Sí, cuéntanos eso, Nicolás, añadió el Padre, pues cuando, merced á la traicion del Conde Don Julian, que entró en Carmona como amigo, fué entregada á los moros sus sitiadores, no dejaria de tener ya su nombre.

—Pues señor,—así principió el hortelano su re-

lato,—han de saber Vds. que en tiempo de los moros, que fueron los que labraron los tres alcázares, las murallas y las puertas, estaban ellos aquí tan agarrados y tan seguros, que ni el mismo demonio los hubiese podido echar.

Súpolo esto la Reina de Hungría, que era una hembra como un Cid, y se vino aquí con todo su ejército, con intenciones de cantarle al Rey moro esta nanita:

Anda vete, Morito,
A la Morería,
Que mis tropas no entienden
Tu algaravía.

Pero *ende* que vió (1) el peñasco ese, al qué no trepan sino las cabras, así como el valladito de argamasa almenado, y tras cada almena un moro con un dardo como una lanza, se quedó como toro agarrochado, á medio embestir.

Entónces acudió á la astucia, que para eso las mujeres se pintan solas, Padre Buendía. Mandóle al Rey moro un mensaje diciéndole que tenia antojo de conocer á S. R. M., y que queria visitarle; que para tener ese gusto habia venido de su tierra Hungría. Los moros,—como sabrán sus mercedes,—eran muy finos y rendidos con las señoras mujeres: y *asina* respondió el Rey moro al mensa-

(1) *Desde* que vió.

jero, que le dijese á quien le enviaba, que tenia á mucha honra que S. R. M. le visitase, y que al dia siguiente le tendría aprevenido un recibimiento y un banquete como correspondia á tan encumbrado huésped.—Y asina fué; y cuando le estaba el Rey enseñando á la Reina el Real alcázar,—aquel que atodavía está allí en el pináculo á espaldas nuestras, sobre el despeñadero,—abrió un balcon, y abajo en el llano estaban los húngaros. Asomóse la Reina; y cuando todos la vieron, armaron un griterío y una algazara, que no parecia sino que se hundia el mundo, pues así lo habia dispuesto S. M.—¿Qué es eso?—preguntó el Rey.—¿Qué ha de de ser? contestó la Reina, mis soldados que se divierten con una mona.—¿Una mona? dijo el moro asomándose al balcon para verla. La Reina, que esto aguardaba, le cogió por los pies, y le echó por el balcon. Como que la altura es tanta, tardó el desdichado en llegar al suelo, y mientras caia, dando vueltas por el aire, iba diciendo: ¡cara mona, cara mona! Y de ahí le viene el nombre, sin que le quede á su mercé duda, Padre Buendía.

—Pues yo te digo, Nicolás, que lo que dices es un *sinfundo* (1). Las Reinas de Hungría, ninguna ha venido á guerreár á España. El Padre Arellano dice que vino Muza á Carmona. Fuéle dicho por los que venián con él, que por ningun combate podría

(1) Sin fundamento. *(N. del E.)*

ser tomada la villa, por su mucha fortaleza. Envió al Conde D. Julian con algunos cristianos, que aparentaron huir como vencidos en batalla, y recibido el Conde por huésped, dió la villa en manos de los árabes, y quien despues la tomó del póder de los moros, fué el Santo Rey Fernando, y así dice:

Soy de Túbal fundacion,
Fuí municipio romano;
Debo mi restauracion
Del dominio mauritano,
Al Rey Santo con Giron.

En tiempo de los Romanos tuvo Carmona Senado y senadores, que llamaban decuriones. Julio César la sublimó con el título de municipio, favor concedido á pocos pueblos, y que tenia el privilegio de batir moneda. Las armas de Carmona,—atiende, Raimundo, ya que Mauricio se está durmiendo,—son una estrella con este letrero por divisa: Sicut Lucifer lucet in aurora, sic in Wandalia Carmona.

—¿Y eso qué quiere decir en nuestra lengua, Padre Buendía? preguntó el hortelano.

El Padre contestó:—«Así como brilla la estrella de la mañana en la aurora, así brilla Carmona en Andalucía.» El Santo Rey, su conquistador del poder mahometano, le añadió una orla para rodear la estrella, en que alternan castillos y leones.

—¡Vaya! repuso el hortelano; aquellos romanos lo entendian y eran gente de gusto.

—Así, Nicolás, prosiguió el Padre, no te trastornes las mientes con la Reina de Hungría. El Santo Rey fué el que conquistó á Carmona del poder de los moros. Al otro lado del pueblo, á la derecha viniendo de Sevilla, tenia sus reales en el campo del Real, como se denomina aun hoy dia, ahí donde está la capilla, que el mismo Santo mandó labrar en honra de la Vírgen Santa que tanto le favorecia.—Quédate con Dios, Nicolás.

—¡Vaya su mercé con Dios, Padre Buendía, contestó el hortelano. La conquistaria el mismo Rey; no me opongo. Pero estoy para mí que el Rey moro la dió el nombre. ¡Si el mismo nombre lo está diciendo!

—¡Qué zoquete! exclamó Raimundo cuando se hubieron alejado. Las tradiciones son disparates.

—Te engañas, Raimundo, contestó el Padre. Lo que nos ha referido Nicolás, es un chascarrillo que inventó la chuscada, y que la buena fé prohijó. Pero por lo regular, son verdades y datos perdidos, que no recogidos en las bibliotecas, se han refugiado en la memoria del pueblo, en que se han archivado; y así nunca deben desecharse sin maduro exámen, y esto te lo probará un hecho que voy á referirte.—En un viaje que hice á Sevilla, ví á un jóven, hijo de un amigo mio, hacendado de Vejer. Este me contó, que habiendo ido á hacer una ex-

cursion al cabo de Trafalgar, para ver una magnífica cueva de estalactitas que se halla allí, fué á embarcarse á dos leguas de Vejer, en los límites de la dehesa de Zahara, sitio que llaman los Caños de Meca. La maréa estaba baja, y así pudo observar á flor de agua dos—al parecer—peñas de igual tamaño: pero al considerarlas atentamente, reconoció, á pesar del verdin marisco que las cubria, ser estas moles formadas de piedras, y ser obra de manos de hombres.—Preguntóles á los marineros, así como á unos cabreros que se hallaban allí, lo que podrian ser aquellas extrañas construcciones, y todos unánimes le contestaron sencillamente, que eran los sepulcros de los Geriones. Consta que estos Reyes ó jefes de las tribus que apacentaban en aquellas fértiles comarcas sus ganados, murieron defendiendo su territorio, cuando allí desembarcaron los fenicios, y que fueron enterrados á orillas del mar. Este ha ido evidentemente ganando terreno, y ha cubierto lo que ántes fué orilla, y de boca en boca los moradores de aquellas comarcas han conservado su nombre á aquellos sepulcros desconocidos á la historia. Mariana dice: los tres «Geriones fueron vencidos por Hércules. Dióse sepultura á los cuerpos en la misma isla de Cádiz, donde se hizo el campo (1).» Ya veis, hijos, cómo la tradicion con-

(1) Una sociedad de anticuarios de Tarragona acaba de pedir datos sobre el hecho que hemos referido. Pero dudamos que pueda obtener otros que los que damos nosotros, y que

servó en sus anales verbales el secreto que ocultó la mar á las investigaciones de los historiadores..

debemos á la complacencia y finura de la curiosa é instruida persona que nos los ha dado, y que fué la que descubrió los sepulcros que cubre el mar.

CAPITULO IV.

Toute ruine a sa grandeur.
Toda ruina tiene su grandeza.

PAUL FÉVAL.

Una tarde dirigieron el maestro y sus discípulos su paséo hácia el magnífico alcázar, que se halla á la izquierda en la parte alta de la ciudad. Para eso se dirigieron hácia la iglesia de San José, que fué convento de Carmelitas, pasaron por delante de la magnífica casa de Freyre, Marqués de San Marcial, que es la última en aquel extremo del pueblo, y al concluir el pequeño trozo de calle que le sigue, que tiene á un lado las tapias del jardin de aquel edificio, se hallaron en un espacio desahogado, que á la izquierda tiene la magnífica y grandiosa ruina del alcázar.

No hay pluma que pueda describir la impresion que causa aquel sitio siempre, pero en particular la que produce la primera vez que se pisa. Si dice un autor que toda ruina tiene su grandeza, ¿qué

se dirá de esta, que reune todas las grandezas?... La fuerza de un guerrero, la magnitud de un potentado, la altura de un dominador, la nobleza régia de un soberano, la belleza de una hija del arte, la dignidad del que á sí mismo se basta, el decoro del que muere sin debilidad, perseverando, siendo lo que fué, como el mártir á quien despedazan miembro á miembro, sin que varíe de semblante, ni desmaye. ¡Roca artificial sobre la roca natural, magnífica obra de los hombres, que otros hombres van destruyendo y llevándose pedazo á pedazo, para hacer tapias, para hacer cuadras, para hacer zahurdas! ¡Obra magna de otros tiempos, que desprecia el presente, que labra palacios de cristal! ¡Cuántos siglos has estado en pié como si el caer fuese para tí una palabra vana de sentido!

No hace muchos años, cuando la epidemia asiática pasó por Europa, dejando tumbas por huellas, aun existia entero el suntuoso alcázar, y prestó sus ventilados y frescos salones como refugio á los acometidos del mal; y la época que se jacta de culta é ilustrada, esta época corta ha podido más en veinte años, que los seis siglos anteriores! ¡Y no obstante, entregada al pillaje, te despedazan, te mutilan, y no caes! ¡Levántanse aun tus torres, sobre las que tantos siglos y temporales se han estrellado, vacías y desnudas como las han puesto, tan dignas, compactas y severas, que no consienten que las acaricie y alegre la compasiva yedra, ni que insinua-

dora planta parásita corone sus tersas frentes! Torres altas y esforzadas, ruinas de bronce que no sabeis desmoronaros, sois la desolada imágen del abandono! Pero tambien lo sois de la dignidad en la desgracia, de la fuerza de resistencia en ignominioso vasallaje, de la noble austeridad en la vejez solitaria y despreciada, de la firmeza en conservar vuestro puesto, aunque no interrumpa ya el silencio sepulcral en que yaceis, sino el mugir de los huracanes y el tronar de las tormentas que atrae vuestra encumbrada altura. ¡Y hay manos que os derriben, bella y noble diadema de Carmona! Sí, porque hay gentes para quienes demoler nada significa! Para nosotros, el demoler edificios públicos, propiedad y mayorazgo del pais, nos parece contra el derecho de los muertos, crímen de leso patriotismo, el triunfo de la fuerza brutal y material sobre la influencia moral de la cultura; nos parece, en fin, un espolio de lo pasado, una usurpacion á lo presente, y un robo al porvenir.

Entrado en aquel alto recinto, abarca la vista con ánsia el magnífico paisaje, que á los pies del alcázar se despliega sobre una base de innumerables leguas, puesto que cuando el dia está claro, se distinguen desde las altas torres los pueblos siguientes: Sevilla, Cantillana, Brenes, Tocina, Alcolea, Villanueva, Lora del Rio, la Campana, Fuentes, Marchena, el Arahal, Paradas, Osuna, Moron y Utrera.

Mas aquella tarde era borrascosa: habia llovido mucho los dias anteriores, y aun corrian por el cielo nubarrones, que parecian una enorme manada de blancas y negras ovejas que huyesen presurosas del lobo, echando sus oscuras sombras sobre algunas partes, que aparecian graves y melancólicas, mientras otras reian y brillaban bajo los rayos del sol, y otras, sin rayos de sol y sin negras sombras, parecian dormir sosegadas el sueño del justo.

A veces, en una de las vueltas que toma el rio, venian los rayos del sol á buscarle y á hacerle brillar sin su anuencia, como suele hacer la Fama alguna vez con la virtud modesta, que sigue perseverante su callado curso. Las sierras y los horizontes se unian en lontananza, como se unen muchas cosas en este mundo de engaños, esto es, á la vista y no en realidad, pues son incompatibles; así material como moralmente.

Movíanse los árboles impacientes ó temerosos, bajo el impulso de las fuertes ráfagas del vendaval que desencadenaba la naturaleza, como para animar su obra; los unos alargaban sus brazos como para implorar proteccion; otros temblaban; otros humildes agachaban sus cabezas; otros parecian perderla en convulsa agitacion, ménos los pinos, que inmóviles parecian, segun dice el poeta norteamericano Longfellow, viejos bardos druídicos envueltos en sus mantos de musgo, apoyados en sus

harpas, murmurando de quedo extraños y misteriosos cantos.

Mugia el viento entre aquellas magnas ruinas, tan triste y desconsoladamente, como si ellas le impregnasen de su tristeza.

Todo aquel magnífico y expresivo conjunto hubiese entusiasmado á un poeta, y arrebatado á todo aquel que por vez primera lo hubiese visto. Pero el P. Buendía y sus discípulos no eran poetas, y no contemplaban aquella maravilla por primera vez.

—Ya veis, decia á los discípulos su preceptor, que era más inclinado á la enseñanza que á la poesía, este alcázar, conocido, entre los tres que tuvo Carmona, por el de Arriba. Tenia tres pátios; en este segundo donde vamos á entrar, habia un estanque cubierto que servia de baño. Mirad el grueso de las paredes; las interiores, que son de ladrillo, tienen dos varas de grueso; las exteriores, así como las torres, son de esa argamasa con la que los moros hacian rocas.

Tenia fosos por los costados de Norte y Levante, que existen en parte; por los de Mediodía y Poniente no los necesitaba, por bajar el elevado monte casi perpendicularmente. Para defensa del referido foso, en la esquina que divide los dos costados, se vé una obra llamada el Cubete. Es su construccion redonda, toda de sillería, y se angosta hácia lo alto, aunque no cierra enteramente.

Hace, como sobresaliendo á su redondez, cuatro esquinas, y en cada una de ellas hay una garita alta con sus troneras: tambien tiene troneras en lo bajo; más todas ellas no pueden servir sino para flechas ó mosquetes.

En su interior forma un corredor circular, y sobre éste una azotea. Tiene su bocamina que le servia de pozo; dos puertas, una que mira al foso del Norte, y otra al de Mediodía; tiene veinte pasos de circunferencia, y es obra que ha sido siempre muy celebrada por los inteligentes.

Discurriendo así, habian dado la vuelta á aquella ostentosa ruina, y regresado al primer pátio ó solar, que aun conserva su puerta de entrada abovedada entre sus murallas de argamasa.

Al frente de la entrada, y cerca de la rápida cuesta ó despeñadero, estaban tres niñas. La mayor, que tendria de once á doce años, era altita, y tenia una de esas caras perfectas y como vaciadas en molde, tales cuales con frecuencia se ven en Andalucía, y á las que suele ser anexa una finura de facciones y una expresion de dulzura y de modestia, que hace se les denomine caras de Vírgen. De pié en el paraje más alto y escueto, fijába sin interrupcion sus miradas hácia un mismo punto de la vega. El viento, que se llevaba sus enaguas, su pañuelo y el negro cabello que adornaba su frente, la hacia aparecer como la personificacion alegórica de una temprana esperanza, combatida ya por los

temores y vendavales de la vida. Si en lugar de bajarlos, hubiese tenido alzados sus hermosos ojos, hubiera aparecido como la Inocencia aislada en el borde del precipicio, empujada á él por el soplo de la maldad, é implorando al cielo en su auxilio.

Las dos mas pequeñas estaban sobre la verde alfombra que formaba el menudo césped. Habiéndose en este momento nublado el cielo, decia la mas chica á su hermana.

—¡Ya metió el viento al sol en un saco! ¡Va á llover, y *Páe* se va á mojar!

—Pues para que no suceda, respondió su hermana, vamos á cantarle al Santo.

Pusiéronse en seguida una al frente de la otra, y posando alternativamente un pie y levantando el otro, se pusieron á repetir en un recitativo que no era canto, ni era habla, esta plegaria:

San Isidro Labrador,
Quita el agua y pon el sol.

—Niñas, dijo el Padre Buendía dirigiéndose á las chicas, ¿qué haceis aquí solas en esta tarde tan cruda?

—Estamos aguardando á Padre, respondió la ménos chica de las dos.

—En aquella torre, dijo Raimundo señalando á una de las que allí se veian, está el moro Mustafá, que se lleva á las niñas á Berbería para que guarden manadas de leones.

La chiquita corrió á su hermana y se abrazó de ella, volviendo su angustiada carita hacia la torre, cuya negra entrada no prometia nada bueno; pero la mas grandecita se echó á reir.

—¿Te ries? añadió al notarlo Raimundo; ¿pues qué, no tienes miedo?

—¿Yo? no señorito, ni á moros ni á cristianos. No seas tonta, Mariquilla, añadió desprendiendo de sí á su hermanita, el señorito es *guazon* (1) y ha comido melon, que pone á las gentes pesadas.

—¡Padre! Ahí viene Padre, exclamó la mayor de las tres, echando á correr hacia la puerta de entrada, para ir á buscar la subida mas accesible que debia tomar el que llegaba.

—Padre, Padre! repitieron con júbilo sus hermanas menores, echando tambien á correr, aunque no tan rápidamente como pudo hacerlo la mayor.

El Padre Buendía y sus discípulos siguieron su paséo en la misma direccion que habian tomado las niñas, mientras decia este á los distraidos muchachos.

—Dice el Eclesiástico: «Aquel que teme al Señor, honra á sus Padres, y sirve como á sus dueños á los que le han engendrado. Honrad á vues-

(1) *Tener guaza y ser guazon, ó guason* se aplica en Andalucía al que tiene chanzas pesadas, ó como suele decirse, la *sangre gorda*. Acaso aquellas palabras sean degeneracion de *sangre, ó sanguaza*.

(*N. del E.*)

tro Padre en obras, en palabras y con vuestra sumision, á fin de que os bendiga. El que enoja á su Padre ó á su Madre, es maldecido de Dios.»

—¡Qué de textos de escritura sabe el Padre! dijo Mauricio á Raimundo.

—Yo creo que los inventa, respondió este.

Vieron entónces á un hombre subir denodadamente y con paso firme por la áspera pendiente, miéntras las tres niñas la bajaban haciendo á cada paso hincapié, ya en una piedra saliente, ya en una mata récia.

Reuniéronse al fin aquellos séres, que ya unia el mas puro, el mas profundo, el mas tierno, el mas santo de los amores, amor el mas semejante al augusto amor de Dios, amor á la vez instintivo y razonado, para el que no existe la inconstancia, pues con él nacemos y con él morimos; amor que es á la vez un precepto, una virtud, un lauro y una felicidad; el dulce amor á los Padres, que sublimó el Dios Hombre en la Cruz.

Detuviéronse el Padre y las hijas sobre una roca saliente, que en aquel despeñadero se presentaba como lugar de descanso. Entónces sacó el hombre de una espuerta tres ramos de flores silvestres primorosamente hechos, los que repartió á las tres niñas (1).

(1) No se crea que nuestro amor al pueblo de campo nos lleva á inventar escenas idílicas. Si no hubiésemos *presenciado* esta escena, no la describiríamos. No es tan insignificante como

Nada podian oir los paseantes, de las palabras que en aquella escena mediaron. Pero sí vieron que la mayor de las niñas cogió la mano de su Padre, y la besó repetidas veces sin querer soltarla; y que las dos chicas se pusieron á saltar de alegría. Volvieron en seguida á emprender su ascension, llevando el Padre á la menor en brazos, la que alzaba triunfalmente su ramo como un estandarte. Seguía en pós la segunda casi gateando, pero solo con una mano, porque en la otra llevaba su regalo. Y detrás de todas iba la mayor, que arrimaba las flores á sus lábios, besándolas y respirando su perfume.

No tardaron el Padre Buendía y los niños en emparejar con ellos; y el Padre dijo sonriendo y dirigiéndose al jornalero:

—Vaya, José Flores, que no te cuadra mal el apellido; pues cargado vienes de ellas para tus niñas. Bien hecho, hombre! dar gusto á las criaturas en lo que es regular, es de buen Padre.

—Señor Padre Buendía, contestó José Flores; si parecen las chiquillas éstas abejas ó mariposas, por lo que se despepitan por una flor!...

En este momento, Raimundo, que pasaba cerca de la mayor de las niñas, dió con una varita que llevaba, al ramo que esta tenia en la mano, un golpe

parece. El hombre rústico, que despues de un rudo trabajo, discurre y halla tiempo para coger y formar tres ramos de flores silvestres para sus hijas, tiene no solo un corazon de Padre, sino de Padre, Madre y amante.

de lado tan bien asestado, que las tronchó todas.

La niña prorumpió en amargo llanto.

—Gracia, hija de mi alma, le dijo su Padre; no llores; que mañana, si Dios nos da vida, te traeré otro.

—Otro mejor le llevará Raimundo mañana, añadió el Padre Buendía, como es su deber. Lo que acaba de hacer es contra el amor al prójimo y contra la caridad, y dice San Pablo: *Si charitatem non habuero, nihil sum* (1) y San Agustin: *Qui diligit proximum, legem implevit* (2); ¿No es verdad que se las llevarás, hijo?

—Por supuesto! contestó Raimundo; le enviaré todas las que están en el jardin de casa. ¿Para qué las quiero yo?

La niña, no obstante, no cesaba de llorar sus flores, cuyos destrozados pensiles conservaba en sus manos; y su corazon, encogido por la primera, grosera é inmotivada hostilidad que lo rozaba, permanecia oprimido.

—No parece sino que te he dado en los dedos! dijo impaciente Raimundo.

—Mas quería á mis flores que á mis dedos, contestó la niña.

—¡Pues mire Vd. la zancona; con vara y cuarta de enaguas, llorar por flores! repuso Raimundo; ¿no te he dicho que mañana te llevaré un esporton?

—Pero no serán las que me ha cogido mi Padre,

(1) Nada tengo, si no tengo caridad.
(2) El que ama al prójimo, cumplió la ley.

respondió en queda voz y meneando la cabeza la niña;—no serán mi ramo!

—¿Y qué particularidad tenia tu ramo?

—Tenia una estrella blanca.

—Sería,—repuso Raimundo con una carcajada,—esa famosa estrella de Vandalia, que no es mas que una. En el jardin de casa hay un camino de Santiago (1) de todos colores; asi, consuélate, comadre llorona.

—Toma el mio,—dijo la chiquitita, que ya estaba cansada de llevar el suyo, y lo quiso echar de potencia medianera.

—Con Dios, José Flores, dijo el Padre Buendía; niñas, á Dios! hasta mañana.

—A Dios, llorosa estrella de Vandalia,—añadió Raimundo con burla:—guarda tus lágrimas para llorar tus pecados, y asi las emplearás mejor.

—Lo que has hecho, es una mala accion, dijo á Raimundo su preceptor cuando se hubieron alejado.

—¿El deshojar las flores?—repuso con burla el reconvenido.

—No; el hacer llorar á tu semejante sin motivo ni razon.

—Pues seré como la cebolla, que hace llorar sin querer.

—Si queriendo prueba esto crueldad, el hacerlo sin querer prueba grosería y dureza. Ve de evitar ambas cosas; pues ambas son odiosas, hijo mio.

(1) La Via láctea.

CAPITULO V.

—¿Porqué cultivais semejante género? preguntó el comprador.
—Por ser el que mas me place, y en el que creo copiar mejor á la naturaleza, respondió Thémiers.

En una de las calles que avecinan el molino de aceite, que se dice ocupa el punto culminante del picacho sobre el que está labrada Carmona, se veia por su abierta puerta el interior de una casa pobre y humilde, pero blanca y florida, como la mente de sus moradores.

Alzábase en medio de su alegre patio un olivo, modesto símbolo de paz y abundancia, que extendia sus ramas sobre la cabeza de los habitantes de la casa, como un Padre sus manos, para bendecirlos. Hallábase á la sazon tan cubierto de esquilmo, como si la Providencia con un hisopo le hubiese salpicado de menudas flores que tornarán los me-

ses y el sol en esa oliva, de poca apariencia, pero de mas valor que las manzanas de oro del jardin de las Hespérides, cuyo zumo nos alumbra, contribuye al culto religioso, y es el *Ave-María* del *Pan nuestro de cada dia* del pobre.

Por su tronco culebreaban, envolviéndolo en sus vueltas, algunas matas de campanillas; las que lejos de atormentar á este Laocoonte, al llegar á sus ramas le sonreian con sus ojos azules y con sus bocas de color de rosa.

Veíase en un rincon una parra tan vieja, tan arrugada y tan corcobada, que inducia á creer, que así como Túbal era nieto de Noé, fuese ella nieta de la parra que plantó dicho Patriarca. No tenia, en verdad, documentos con que probar su antigua nobleza, puesto que todas sus fées de bautismo y demás pergaminos de su propiedad, apenas amarilleaban, se los llevaba el viento revolucionario del otoño, al que nada resiste sino los pinos, que son los militares de la vejetacion, derechos, bien guiados, uniformes, inmutables y serenos.

No obstante, la anciana no se daba por jubilada, ni era momia, como parecia á primera vista. Cuando llegaba febrerillo el loco con sus dias veinte y ocho, asomaban á la calla-callando en sus extremidades unas hojitas pálidas y tiernas, y detrás de ellas sacaban la cabeza unos racimitos microscópicos. Entónces el sol los acariciaba para animarlos, el viento los sacudia para fortalecerlos;

y poco despues las lozanas hijas rodeaban á su anciana madre, abrazaban su cuello, colgaban de sus brazos, y le presentaban sus nietos, los bellos racimos, de que se gloriaban. La familia de la casa se encontraba insensiblemente su patio entoldado, sin trabajo, ruido ni costo, y la parra decia á su vecino el romero, al que se prendia cariñosamente con sus sarmientos: «yo tambien cumplo la mision de nuestro Criador;» —el romero respondia con su grave, suave y perfumada voz: *¡gloria á Dios en las alturas y paz al hombre en la tierra!»* las hojas susurraban, y los pájaros cantaban, *amen*.

Entre las plantas, que tan confortable como sosegadamente vivian en su arriate solariego, sin mas incomodidad que la del fastidioso zumbido de tal cual moscon inoportuno, se distinguia por su serena y perenne hermosura el ya mencionado romero, que es tan simpático y amigo del pobre, que jamás logra el pudiente verlo en sus cultivados y costosos jardines tan lozano como le tiene el pobre en su humilde morada. Nada allí le hace enfermar ni alejarse; ni las bestias que á su paso le rozan, ni los chiquillos que le tiran, le jalan y lo estropean; ni las escesivas contribuciones que se le sacan, ya para remedio en las dolencias, ya para purificar el ambiente quemándolo, ya para confeccionar ramos de flores, hechos ó con objeto divino ó con objeto profano.

¿Será esta predileccion que demuestra el romero

por las casas de los pobres, á causa de que en ellas se le considera como planta santa, por haber la Vírgen tendido sobre sus ramas para secarse las ropas del Niño Dios; y porque agradece mas esté culto del corazon que el cultivo material del jardinero? ¿O será que considerándose propiedad de los pobres, le sucede lo que á la yerba-buena, de la que se dice que si su dueño ó su encargado no coje sus vástagos, se seca?

Al estampar esta encantadora creencia de nuestro pueblo, asi como otras muchas que con tanto amor recolectamos, se nos ocurre que no faltará doctor *sabijondo* que las califique de supersticiones, de supina ignorancia; y hasta profesor de matemáticas que las declare irreverentes dislates.

¡Equivocados estarian los graves y doctos! Y quien se lo asegura con todo el aplomo de la conviccion, es el no grave y no docto escritor de estas hojas. No engendraron estas suaves creencias ni la ignorancia ni la supersticion; pero sí las engendraron en sus primeros amores la imaginacion casta, pura y florida, y el sentir rico y santo! Pues de este pueblo meridional, criado por el catolicismo, se puede decir que tiene una imaginacion que *siente*.

Entre estas creencias las hay que se toman la libertad de ser ciertas, sin la autorizacion de la ciencia. Ysi se nos pregunta si creemos en ellas, dejarémos á Cárlos Nodier contestar; que lo hará mejor que nosotros:

«Me permitiréis, contesta á igual pregunta ese sábio é ilustrado escritor, no pronunciarme tan á la ligera sobre creencias apoyadas por el testimonio del pueblo, que se funda él mismo sobre la experiencia;» y en otra parte añade: «El exámen en estas materias es una operacion del entendimiento, que demuestra ingratitud y desconfianza.»

Pero volvamos á la casa del pobre; ¡allí donde aun se cree, ama y espera con tan sano corazon! ¡Qué bien se respira allí! ¡Qué paz siente el alma, que está en armonía con cuanto allí la rodea!

Escuchemos á las golondrinas, que son tan queridas, que cuando llegan, brotan las flores; y cuando se van, mueren las hojas. Escuchémoslas; pues aunque trabajan mucho, cantan aun mas, porque tambien son pobres! Debajo de cada teja se veia una de sus chozas, labrando así una aldea en una casa. El gato, subido en la escalera del sobrado, con las manos guardadas en los bolsillos y las piernas encogidas, cerraba los ojos, y meditaba sobre los mas ó menos grados de calor que tenia el sol en tal ó cual paraje, sin dejar por eso de vigilar como buen guardia civil la puerta del sobrado en que habia trigo, por si veia algun Caco ratonil, echársele encima desenvainando sus aceros.

En el arriate, frente al Mediodía, se notaba un modesto cactus que levantaba en alto como dedos verdes sus penquitas señalando á sus flores frias y yertas, ese sol que tanto ama su dilatada familia,

que mira á los trópicos como su tierra de promision.

Estas flores, llamadas del *lagarto*, son tan idénticas al animalito cuyo nombre llevan, hasta en la frialdad y aspereza de su contacto, que dejan al que las mira, en la duda de si en una inobservada metempsícosis se unen las hojas de la flor, y sacando de su cáliz unos ojitos y unas patitas que guardan escondidas, se echan á correr por las paredes como flores calaveras; ó bien de si los lagartos, cansados y contritos de su vida vagabunda, curiosa y entremetida, escalando tapias, haciendo lupanares y garitos de las venerables rajas de los muros vetustos, profanando con sus locas carreras las augustas ruinas, forzando á la honrada yedra y al pulcro jazmin á ser encubridores de sus cuitas amorosas, entran al fin en sí, se desprenden de sus ligeras patas, cierran sus curiosos ojos, se encapuchan en su piel, y se vuelven flores frias é inodoras, flores trapenses en su convento de las Pencas. El que las mira. se pregunta, abstraida la mente en las reflexiones investigadoras que engendran, qué será lo que contiene aquel oculto y encerrado cáliz? ¿Será acaso un corazon de lagarto arrepentido, ó unas patas de flor de emancipadas y libres idéas, què desean ponerse en rápido movimiento, siguiendo la marcha y doctrinas del siglo?

Por una parte, hay en favor de esta última ver-

sion, el que para morir no se deshoja la flor como sus compañeras, sino que envejece, se encoje y se seca, lenta, tranquila y paulatinamente como la vida en el claustro. Pero en favor de la primera version, esto es, la de que sean lagartos exclaustrados, hay que los lagartos salen de tierra cuando el sol los llama, y desaparecen cuando las escarchas los echan, lo mismo que las flores. Además, en pró de esta asercion, es la notoria buena propension del lagarto á la santidad; pues sabido es que, aun en la fuerza de su vida disipada, nunca se recoje sin bajar antes á besar humildemente la tierra.

Poseemos una maceta de esta planta esfinje, la que nos preocupa como un enigma inacertable. Por más que hemos observado la misteriosa flor al sol y á la luna, que es el astro de los duendes, por si eran flores de su naturaleza; ellas, metidas entre sus pencas, observan su regla, y callan como hijas de San Bruno; y ha sucedido que este arcano ha llegado á ser la constante preocupacion de nuestra mente.—Si alguien descubre la solucion de este problema, agradecerémos que nos la participe.

Mas nos perdimos en un laberinto de flores. Pedimos perdon á los enemigos de nuestras digresiones, y adversarios de los laberintos, ¡como si en cada uno hubiese un Minotauro! Dice Lamennais: *L'esprit revient sans cesse sur ce que le cœur aime;*—siempre recae el pensamiento sobre aquello que ama el corazon!

Al frente tenia el pátio la cocina, por la que se pasaba para ir al corral. Al lado de la puerta de entrada habia una salita con su ventana á la calle, y su alcoba interior; al lado de esta otro cuartito con puerta al patio.

Desde la calle se veia cerca de la cocina una escalera de ladrillo sin baranda y sin techar, labrada sobre un arco de material, que llevaba á un sobrado, en la que hemos visto ya al gato en el desempeño de sus funciones.

Estas escaleras rústicas que aparecen entre matas y flores, dan á las casas en que se hallan, un aire tan pintoresco, tan genuino de viviendas pobres, campestres y sencillas, que causa el mirarlas el mismo dulce y simpático efecto que causan las construcciones de los Nacimientos.

Ansía uno por embutirse en aquella linda y candorosa pobreza; le parece á uno que asi como el romero halla allí su adecuado y preferente lugar, lo hallaria uno igualmente. ¡Ah feliz romero! superior en tu noble independencia al imponente Minos social, Su Alteza el *Qué dirán*, que con su multitud de ladradores canes, hijos del primitivo Cerbero, preside y dirige nuestras acciones, y juzga por su propia virtud, al que quiere y al que no quiere ser juzgado en su tribunal, que por cierto, á pesar, ó quizás á causa, de todos los gases modernos, suele estar muy mal alumbrado.

En la aseadísima salita se veian unas toscas si-

llas; de la pared colgaban unos malos cuadros de Santos, más admirados por ojos fervientes, que los de Murillo y Velazquez por ojos artísticos. Y ved porqué los Santos, como el romero, prefieren las casas de sus amigos los pobres.

..... Sobre una mesa habia una Imágen de bulto de la SEÑORA, bastante buena, cuyos flotantes vestidos, que eran tambien de talla, estaban primorosamente pintados y dorados, y de una manera tan sólida y permanente, que una incalculable série de años solo habian logrado amortiguar algun tanto su brillo. ¡Qué artistas, qué artífices, qué menestrales los de la época del oscurantismo!!

CAPITULO VI.

> Los espíritus frios que no comprenden el encanto de la *devocion práctica*, me han asombrado siempre.
>
> CARLOS NODIER.

> Saber es quizás engañarse; creer es la sabiduría y la felicidad.
>
> IDEM.

A la puerta de la sala estaba sentada una anciana, remendando un vestido de niña, reemplazando la destrozada espalda con un pedazo de tela de color y de dibujo distinto al del vestido.

Concluia su último sobrehilado, cuando se oyó bulla en la puerta, y las tres niñas que hemos visto ir al encuentro de su Padre, entraron presurosas enseñando á la anciana, que era su Abuela, los ramos de flores que traian.

—Y tú, Gracia, preguntó la anciana dirigiéndose á la mayor, ¿no traes flores?

—Tenia el mejor de los tres ramos, que traia una estrella,—respondió Antonia, que era la segunda;—pero ese pícaro Raimundo, el hijo de la viuda de Trillo, se lo hizo pedazos con su baston.

Gracia presentó á su Abuela el destrozado ramo, sobre cuyas estropeadas flores brillaban como gotas de rocío sus lágrimas.

—No le hace, dijo la anciana. Con las que traen tus hermanas basta para llenar los floreritos, que para la fiesta de mañana, el Patrocinio de su santo Esposo, pondrémos ante la Señora. Aunque las flores sean del campo, y aunque sean pocas, no importa; porque bien sabeis que la intencion basta. Esto os lo probará un ejemplo que voy á referiros.

Habia en una huerta un pobre niño huérfano, que por caridad habian criado en ella. Todas las madrugadas venia al pueblo á traer la berza, y despues de entregarla al revendedor, se iba á la iglesia de un convento. Allí se ponia de rodillas ante la Imágen de una Virgen con mucho amor y fé, y no pudiendo traerle otra cosa como ofrenda, depositaba en aras del altar unas hojitas de las berzas que criaba. Los Padres, que notaron esta extrañeza, parecida á un desacato, llamaron un dia al niño, y le preguntaron porqué hacia aquello.

El niño contestó que lo hacia por el grande y tierno amor que tenia á la Santa Madre de Dios, que miraba como suya por no tener otra.—¿Y qué,

le preguntaron los Padres, no sabes demostrárselo de otro modo? ¿No sabes rezar?—El niño contestó que no. Entónces le dijeron que todas las mañanas entrase en el convento, y que ellos le enseñarian. Así sucedió; y el niño en poco tiempo aprendió á rezar, á leer, á escribir y otras muchas cosas, y ya no le llevaba las hojas de sus berzas á la Señora, porque le daba vergüenza. Pero sucedió que el niño cada dia se fué poniendo mas triste. Los Padres quisieron averiguar la causa de esta tristeza, y se la preguntaron, á lo que contestó el niño que la Vírgen no le queria ya tanto como ántes.—¿Y cómo sabes esto? le preguntaron los Padres.—Lo sé, lo sé, respondió el niño.—Pero ¿desde cuándo es que no te quiere como ántes? tornó á preguntar el Prior.—Desde que tanto he aprendido, contestó el niño.—Pues qué, le dijo el Prior, ¿te mira mal la VIRGEN ó te despide cuando formulas tus oraciones ó cantas sus alabanzas?—No, no, eso no, respondió el niño.—Pues entónces, preguntó el Prior, ¿por qué dices que te queria mas ántes?—Porque antes, contestó el niño, cuando le traia las hojitas de mis berzas, se sonreia... y ya no se sonrie!

—Ved, pues, hijas mias, por qué dice el SEÑOR: «BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU,» pues cuando son ricos de corazon, hay para ellos gracias excepcionales, negadas del todo á los soberbios fariseos y falsos doctores.—Gracia, hija, las que mas agradece la Señora, son las flores co-

gidas en nuestro corazon, con las que diariamente le tejemos su corona (1).

En seguida pusieron las niñas las flores en los floreritos de cristal con algunas ramas de romero; hecho lo cual se arrodillaron las tres ante la Imágen de la VIRGEN, y la Abuela empezó á rezar la siguiente devocion:

CORONA DE ROSAS PARA ADORAR A MARÍA SANTÍSIMA.

Para alabar á María
Dadnos gracia en este dia,
MARIA, Reina gloriosa.

Las niñas respondieron en coro.

Mi amor te ofrece esta rosa.

La rosa significa el Ave-María, que en seguida empezó la Abuela y concluyeron las niñas, siguiendo despues de esta suerte:

ABUELA. Vírgen pura y candorosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

(1) Véase otra y otra vez lo mas sublime de la ley de Jesucristo, demostrado prácticamente por el pueblo católico español pues de las ocho bienaventuranzas, la que segun todos los Santos Padres debe conceptuarse mas excelente, y de todas ellas la primera, es la de los pobres de espíritu.

La mas alta cultura dice hoy por boca del liberal Cárlos Nodier: «La culpa del Paraiso es la ciencia malhadada, hija de la curiosidad.»

Abuela. En tu concepcion dichosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

Abuela. De DIOS PADRE HIJA amorosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

Abuela. De JESUS MADRE piadosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

Abuela. Del SANTO ESPIRITU Esposa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

Abuela. Luz de los Cielos hermosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

Abuela. Mujer fuerte y victoriosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

Abuela. Santa la mas milagrosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

Abuela. Emperatriz poderosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

ABUELA. Mártir santa y silenciosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-María.

TODAS EN CORO. Guirnalda de rosas bellas
Pongo en tus sienes gloriosas;
¡Oh MARIA! logre por ellas
Quien te corona de rosas,
Vértela puesta de estrellas.

¿Quién habrá podido contemplar tres lindas é inocentes criaturitas, arrodilladas ante la PURA MADRE DEL HOMBRE-DIOS, y oido sus suaves vececitas ofrecerle sus oraciones bajo el símbolo de una corona de rosas, sin sentirse conmovido? ¿Quién entónces no habrá considerado ó mas bien, *sentido*, que solo es verdadera aquella religion que encuentra á DIOS y le adora de este modo puro, espiritual, tierno, ferviente, elevado y dulce, con todas cuantas facultades, á su divina semejanza, puso Dios en la criatura que crió para obedecerle y amarle? ¿Qué haceis vosotros, moralistas falsos, frios escépticos, amargos filósofos, con estas divinas facultades? Las ahogais en hiel y en egoismo!

—*Mae* Abuela,—dijo la más chica de las niñas, volviéndose sin levantarse hácia uno de los cuadros que colgaban de la pared y representaba á Cristo en la cruz,—¿vamos á rezarle un *Credito* al Señor *enclavao* para que vuelva presto *Pae*?

—Sí, hija mia, contestó la anciana, la que en se-

güida empezó á recitar el Símbolo de la fé con las niñas. Y apénas lo concluian, cuando, como si el Señor se dignase, sonriendo, conceder en el acto su amante é inocente peticion á aquellos pequeños seres que en su peregrinacion en la tierra llamó á sí, abrióse la puerta, en cuyo umbral apareció la bella y bondadosa persona del que llamariamos, si pudiésemos hacerlo sin irreverencia, el Padre, el Hijo y el Espíritu-Santo de aquella familia.

—¡Padre! ¡Paé! ¡Paecito!—lanzando cada una de las niñas uno de estos gritos, se habian arrojado hácia el recien-entrado, colgándose la mayor de su cuello, la segunda de su brazo, y abrazándose la más chica de una de sus rodillas.

—Mae, dijo éste dirigiéndose á la anciana, ya me tienen rendido y sujeto, lo propio que los alanos al toro: ya no soy *naide*.

—Niñas, dejad sentar á vuestro Padre, que vendrá rendido, dijo la Abuela.

—Padre, rogando estábamos á Dios para que volviese Vd. pronto, dijo la mayor.

—Sí, al Señor *enclavao*, añadió la chica.

—Y diciendo amén, Vd. en la puerta, prosiguió la segunda; ¡como que es ese Señor mas *milagroso*! (1)

(1) ¡Qué ignorancia tan crasa, qué evidente prueba de supersticion! Creer que Dios puede oir nuestros ruegos, creer que pueda conceder nuestras peticiones, y llamar á esta concesion,—sobre todo si es pronta y extraordinaria,—*milagro*, es

—Como que es este Señor un traslado del de la Vera-cruz, de quien dijo Juan Espera-en-Dios que era idéntico al Señor, dijo la anciana.

—¿Quién es ese Espera-en-Dios, Madre-abuela? preguntó Gracia.

—Es el Judío errante.

—¿Y quién es ese judío, Abuelita? preguntó Antonia.

—Ese judío, contestó la Abuela, es un zapatero que vivia en Jerusalen en la calle de la Amargura, y cuando el Señor pasó por ella con la cruz á cuestas, al llegar á la puerta de su casa, iba tan destrozado y exhausto, que quiso descansar en ella, y le dijo al dueño:—¡Juan, sufro mucho!—Y Juan contestó:—¡Anda, anda! que más sufro yo, que estoy aquí cosido al remo del trabajo!

Entónces el Señor, viéndose tan cruelmente despedido, le dijo al zapatero:—¡Pues anda tú, anda.... hasta la consumacion de los siglos!

Al punto aquel hombre sintió que andaban sus pies sin él moverlos ni poderlos retener, y desde entónces empezó á andar, á andar.... y desde entónces anda sin nunca pararse, y andará hasta la consumacion de los siglos, para que se cumpla la maldicion de Dios que se atrajo!

Viendo aquello, conoció aquel despiadado que

el colmo del fanatismo. Si no nos *desfanatizan y desupersticionan* los misioneros protestantes y sus secuaces, ¡qué será de nosotros!!

era un castigo del cielo por su dureza, y por aquella palabra cruel de ¡anda.... anda! que le echára á la cara al maltraido que le pidió descanso; y se arrepintió con el alma de lo que habia hecho, y empezó á llorar su culpa y á desesperarse. Y así anduvo, hasta que al año, un Viernes santo á las tres de la tarde, se le apareció en lo más lejano de los horizontes y entre los elementos y celajes, un Calvario con tres cruces. Al pie de la más alta, que era la de enmedio, estaba una Señora tan hermosa como afligida; tan afligida como mansa. Esta Señora volvió su cara descolorida y llena de lágrimas hácia él, y le dijo:—¡Juan, espera en Dios! (1)

Entónces sintió un consuelo muy grande, y siguió andando, y anda sin pararse jamás desde hace diez y ocho siglos. Y cuando se vé tan solo y desconocido á las generaciones que ve surgir y caer, sus amigos muertos, su estirpe extinguida, su tierra, que fué la del Dios de Israel, en poder de moros, su pueblo maldecido, desparramado, despreciado y mal visto, y que á pesar de todo, queda impenitente y descreido, con una señal en el rostro como Cain, se acongoja y desfallece su corazon! Pero vuelve el tiempo santo y con él el Viernes santo, y á las tres se le reaparece el Calvario en los lejanos horizontes, y la Señora, que con su dulce voz le dice:—¡*Juan, espera en Dios*! Entónces reco-

(1) Textual del relato popular.

bra la esperanza, y con ella ánimo para cumplir su condena, y vuelve á andar y andar sin nunca pararse; por lo cual le nombran el Judío errante (1).

—Y ese Juan Espera-en-Dios, como que conoció á CRISTO nuestro bien, dijo Gracia, deberá saber si el SEÑOR DE LA VERA-CRUZ se parece al que representa.

—Así es, hija mia, contestó la anciana. Así acaeció que cuando inauguraron su capilla, y llevaban á ella en procesion á la Santa Efigie, se vió pasar á un hombre, que era forastero y á quien nadie conocia, el que alzó la vista y miró al Crucificado; se le cayeron dos lágrimas por su tostado rostro, y dijo: —¡cómo se parece al de la calle de la Amargura!

Todos los que lo oyeron, se quedaron asombrados, y como aquel hombre prosiguiese andando sin pararse, no faltó quien le siguiese y viera como atravesaba el pueblo sin detenerse; y sin *relantecer* su marcha, ni aflojar el paso, desaparecia en la distancia (2).

(1) ¡Qué version popular católica del Judío errante, esa tradicion universal que es en verdad apócrifa, porque puede que sea esto parte del destino de aquel ser excepcional! Sufre su expiacion certera en este mundo, en que pasa desconocido! Tradicion que nada obliga á creer; pero que nada impide que sea creida: tradicion que se desea cierta, porque nos pone casi en contacto directo con la gloriosa época de nuestra redencion; tradicion profundamente melancólica y altamente consoladora, que corona la expiacion con el premio; tradicion que guarda el pueblo en el archivo de su *Fé ciega* como debe ser; pues así se simboliza á la Fé. Lo cual no prueba ignorancia ni falta de alcances, como lo suponen las medianías pedantescas, sino sumision, obediencia, buena fé y espiritualismo, cualidades de corazones sanos.

(2) La preciosa leyenda del Cristo de la Vera-cruz que aca-

bamos de referir, no es de Carmona. Está en otro pueblo esta efigie del Señor de la Vera-cruz, de la que era muy devoto el afamado torero Paco Montes. Segun decia, por su poder habia sido libertado en grandes peligros. Aseguraba que en los momentos supremos se encomendó é imploró á este Cristo con tanto fervor y fé, que le vió con sus ojos acudir y presentarse á sus ruegos; «todos; añadía, vieron desvanecerse como por ensalmo la certera catástrofe, y todos decian que me habia salvado mi suerte; yo solo sabia que me habia salvado mi fé.»

Los extranjeros llaman á Juan Espera-en-Dios, *Ashavarius.*

CAPITULO VII.

La mision del arte es espiritualizar la naturaleza.

BALZAC.

—¡Qué lastimosa es esa historia, Abuela! dijo Gracia. ¡Pobre Juan Espera-en-Dios! ¡qué lástima me dá!

—¡Toma! para lo que hizo, bien poco castigo fué, opinó Antonia.

—Yá,—repuso su Padre, que se habia sentado teniendo en sus brazos á la más chica de sus hijas;—como que tú no puedes estarte quieta, te parece á tí que eso de andar sin descanso no es martirio.

—¡Ay *Pae*, que trae Vd. aquí una pulga! exclamó la niña.

—Déjala, que pronto viene San Pedro, y se van todas las pulgas á cabildo.

—¡A cabildo! ¿y porqué?

—Porque ya cobraron la contribucion.

—Gracia, dijo Antonia, ¿á que no aciertas este acertijo?

> Si la tienes la buscas,
> Si no la tienes,
> Ni la buscas ni la quieres.

La interpelada no contestó.

—¿No aciertas, chacha? preguntó Antonia.

—Deja á tu hermana, á la que no divierten los acertijos; dijo la Abuela.—Hijo, añadió dirigiéndose al Padre de las niñas, ¿cobraste los garbanzos?

—No señora, Madre. ¡Bien me pesa de haberle fiado á ese hombre, y no haber tenido presente que «oveja fuera, duro en la montera!»

—¡Válgame Dios! exclamó la anciana, ese hombre tiene con qué pagar; y no hacerlo, es puramente mala voluntad. Pero debia tener presente el refran que dice: «el que paga descansa, y es dueño de lo ageno.»

—Los cicateros el refrán que tienen presente, señora, es el suyo: «la vergüenza pasa, y el dinero queda en casa.»

—Debias ponerle por justicia, hijo.

—¡Qué, señora, ese era el modo de que se fuera el dinero bueno tras el malo!

—Pero, hijo, si tu derecho está claro como el sol y tienes por tí la ley.

—Mas que *asina* sea. ¿No sabe Vd. aquello de:

¿Dónde vais, leyes?—Donde quieren Reyes.—Señora, nécios y porfiados hacen ricós á los letrados. Ello es que me ha sucedido como á Sebastian Cebada, que fué y vino, y no le dieron nada. Pero no hay que apurarse, que todos los dias paren las Madres.

—¿Y dónde fué y vino Sebastian Cebada, Pae? preguntó la niña Antonia.

—A Madrid; á ver al Rey.

—Paecito, cuéntelo Vd., rogó la niña.

—Pues han de saber Vds.—contestó José Flores,—que era Sebastian Cebada el más gañan y el más bárbaro de su pueblo, en el que habia muchos de su jaez. Púsosele entre ceja y ceja que habia de ir á Madrid á pedir un empleo, y no hubo quien le pudiese sujetar, y en Madrid se encampó. Plantóse ante el palacio Real, aguardando á que saliese su Real Magestad, y conforme se tocó la marcha Real y se formó la tropa, y vió salir á S. M., se puso á dar desaforadas voces gritando: ¡hé, hé, tio Rey, tio Rey!

Al oir aquellas voces, se volvió su Real Magestad y le dijo: ¡insolente, rudo, patan!—Ya va su mercé cercano, pues me llamo Sebastian, dijo el pretendiente.

El Rey se echó á reir de tanta barbaridad, y le preguntó que qué era lo que queria? á lo que respondió éste muy en sí; que queria un empleo.—Bien está, dijo su Real Magestad, hágote administrador de la yesca.

Volvióse Sebastian á su pueblo más alegre que unas carnestolendas, y mas en sí que uno de los usías ingertos que se usan á la presente. — Conque...... le dijo su mujer, *ende* que entró: ¿vistes al Rey?—¡Vaya si le *vide!*—¿Y te habló? volvió á preguntar su mujer.—¡Toma! y me llamó por mi nombre.—¿Y te dió un empleo?—Y de los buenos.—La mujer se alborotó y llamó á las vecinas todas para decirles la buena nueva, y despues de felicitarla con muchos parabienes, quisieron saber cuál era el decantado empleo. Cuando les dijo el agraciado que era la administracion de la yesca, se fueron riendo y refiriendo que Sebastian Cebada fué y vino y no le dieron nada.—Y yo, hijas, pasé por tres cabrerizas, me dieron tres quesos, y ahí queda eso.

—Padre, dijo Gracia, tomando entre sus manos la cara de su Padre, que dirigió hácia un lado de la pared del patio, en que en una teja, sujeta en ella se veia un magnífico clavel;—¿le ve Vd, medio blanco, medio encarnado, como las nubes á la puesta del sol?

—Ya veo, ya veo, contestó el Padre mirando á su preciosa hija con inefable cariño:

Un rosal cria una rosa
Y una maceta un clavel;
Y un Padre cria una hija.....
¡Sin saber para quién es (1)!

(1) ¿Puede darse un sentimiento más tierno y paternal, y más poéticamente expresado?

—¡Pobre rosal, pobre maceta y pobre Padre! murmuró la Abuela, que recordó una hija difunta que habia casado con un mal hombre.

En este momento entró en la casa un vecino, que era un muchacho de diez y siete á diez y ocho años, no mal parecido de rostro; pero muy pequeño y diminuto; lo que habia hecho que le pusieran por apodo *Peneque*, apodo que le sacaba de tino, contra el que se resistia, se revelaba y protestaba con poquísimo éxito.

Mientras más se obstinaba en rechazarlo, más inherente se hacia el mal nombre; sucediéndole lo que al pobre pez, que mientras más esfuerzos hace por zafarse del anzuelo, más profundamente se le clava. Pocos dias ántes habia acontecido, que exasperado á lo sumo, se habia ido á quejar al Alcalde; cuya entrevista se referia del modo siguiente. Es de advertir que el Alcalde, que le conocia, que sabia que era un excelente chico, que desde pequeño mantenia con incansable afán á dos hermanitos y á su Madre, enferma y viuda, le queria mucho, y le recibió con bondad.

Llegado á presencia de la Autoridad el diminuto agraviado, diz que le dijo:

A mí me llaman Peneque,
Señor Alcalde, ¿qué haré?
—Vete tranquilo, Peneque;
Que yo lo remediaré,

contestó el Alcalde, incurriendo por la fuerza de la costumbre, en la demasía que le prometia refrenar.

Al entrar en la casa Peneque, mal y melancólicamente engestado y con un carrillo hinchado, se dejó caer de medio ganchete sobre una silla.

—¿Qué traes, Alonsillo, que parece que has probado vinagre? le preguntó José Flores, que era su padrino.

—¿Estás triste? dijo Antonia; si estás triste, cuélgate un cascabel de las narices.

—¡Qué he de traer, Padrino! contestó Peneque sin hacer caso de la escaramuza de Antonia: las penas se me empalman; ¡ahora estoy malo!

—¿Pues qué te duele, hombre?

—¡Todo lo que se llama Alonso!

—Que eran treinta y todos tontos, observó Antonia.

—Hijo, si son dolores de frio los que tienes, dijo José Flores, pronto te se quitarán; pues nada los cura mejor que polvos de mayo, y cáscaras de brevas.

—No son dolores de frio, Padrino, ¡es que tengo un golondrino! Y esto en este mes, cuando más apremia la obra de zapatería, que tiene que estar lista para el Córpus! ¡Y el malhadado del maestro, que cuando se lo dije me respondió que era yo como los perros del Padre Lobo, que cuando salía la liebre, se les ofrecia ensuciar!

—Tú eres, dijo Antonia, como la vieja del Olivar, que cuando no tenia sarna, tenia postillas, Peneque.

—¿Qué Peneque? exclamó éste poniendo fiero su rostro desigualmente repartido,—no me llamo Peneque, que me llamo Alonso.

—Poncio Berengena, capitan de la manga llena, repuso Antonia: ¡bien sabes que todos te llaman Peneque, hasta el Alcalde!

—Los deslenguados no más, exclamó el ofendido: mira como Gracia no me lo dice.

—Ya, respondió la chiquilla, Gracia es la *paz vobis.*

—Y cata ahí, dijo Alonso, porqué la quieren todos, por su *angelidad.* ¿No me vé Vd. la cara qué hinchada la tengo, tia Juana *Poluceno*?

Peneque queria decir Juana Nepomuceno.

—¡Vaya por Dios, hombre! contestó la anciana.

—Tengo una *influcion*, prosiguió Peneque. Cuando se lo dije al maestro, me respondió con burla: —el que le duela la muela, que se la saque ó que rabie;—¿le parece á Vd. eso *rigular*?

—Hijo, toma unas buchadas de romero cocido en vinagre.

—Yo te coceré el romero, se apresuró á decir Gracia.

—¡Qué habia de tomar buchadas! repuso tristemente Alonso, si tenemos que velar para concluir la taréa.

—¡Cómo ha de ser, hijo! opinó la anciana; el

trabajo es la única herencia que nos legaron nuestros Padres desde Adan. Mira á mi hijo José, que se vá á trabajar á la luz de la luna á su haza.

—Como que el trabajo es la honra del pobre, dijo José Flores.

—Ya lo sé, repuso Alonso; y que Gracia se vá con su mercé!

—Como está entónces el campo tan solo, yo acompaño y velo á mi Padre, dijo Gracia.

—Y mira tú, Alonsillo, á un hombre favorecido, que tiene ángeles de guarda á pares, añadió José Flores.

—¡Ay *Pae*! exclámó Antonia, lo propio que usted dice la Madre de Alonso!

—Así bendecirá Dios á Alonso, como su Madre lo hará; y á Gracia como la bendigo yo.

—¿Y á mí, Padre?—¿Y á mí, Padre?—exclamaron las dos chicas.

—¡A las tres! contestó el buen Padre á sus hijas, que se habian abrazado de su cuello.

CAPÍTULO VIII.

> Hay personas que no creen en nada. Preferible es á esto el creerlo todo.
>
> VIZCONDE DE ARLINÇOURT.

Á la mañana siguiente, cuando vino Alonso á la hora de comer, á casa de su padrino, como tenia de costumbre, antes de entrar en la suya, se quedó sorprendido de hallar en ella al Padre Buendía y á sus discípulos que le habian precedido. Mauricio tenia las manos en los bolsillos y bostezaba, y Raimundo en las suyas un hermoso ramo de flores.

El Padre se habia acercado á la anciana, y le decia en este momento:

—Ayer tarde destrozó Raimundo el ramo que tenia su nieta de Vd.; y hoy le trae otro en compensacion. El perjuicio que se ocasiona, se resarce.

Antoñita ó Antoñilla, segun la nombraban, que

como hemos visto, era viva y despierta y nada tenia de tímida, se acercó al ramo y le echó mano.

—Arre allá, dijo con su díscola grosería Raimundo; el ramo no es para tí, sino para la otra; para la llorosa estrella de Vandalia, que es mas bonita que tú.

—Nadie llora sin causa, ni aun las estrellas, dijo de repente Alonso, cuya entrada no habia notado nadie.

—¡Ay que cara! esclamó Raimundo soltando una carcajada. Oye, Peneque, ¿es tu Madre gorda y tu Padre flaco?

—Al pobre le duele una muela, dijo la anciana; si hubiese hecho lo que yo le aconsejé, ya estaria curado.

—¿Y qué fué lo que Vd. le aconsejó? preguntó el Padre Buendía.

—Que se enjuagase la boca con vinagre cocido con romero. Tomando calientes estas buchadas, nunca se pica la dentadura.

—No sabia yo que el romero tuviese esa virtud, repuso el Padre.

—¡Señor, si las que tiene esa mata bendita son tantas, que no se pueden contar! Era en su principio un yerbasco del campo; pero desde que la Vírgen Santísima tendió á secar en ella la ropita del Niño, está siempre verde, se hizo oloroso, y adquirió sus muchas virtudes.

—¡Qué! ¿Tendió la Vírgen las ropitas del Niño

en un romero? exclamó Raimundo, en quien despuntaba ya el amable, el elegante y simpático tipo del escéptico ignorante del nécio pedante *Juan Niega*:—¿cómo lo sabe Vd., señora?

—Todo el mundo lo sabe y lo ha sabido de unos en otros, respondió la anciana; y hasta la copla de Noche-buena lo dice:

Lavando estaba la Vírgen,
Y tendiendo en el romero;
Los pajaritos cantaban;
Adoremos el misterio!

—Hay más, señorito: desde la muerte del Señor florece todos los viérnes, dia de su martirio, como para embalsamar su santo cuerpo. Trae ventura y santifica las casas que con él se sahuman la Noche-buena. Ahuyenta su humo al enemigo, y purifica la atmósfera, evitando los perniciosos contágios: los polvos del romero secados, traidos sobre el corazon, lo alegran. La flor y las hojas, puestas entre la ropa, le dan buen olor y ahuyentan la polilla. Los cogollos más tiernos, comidos con pan y sal en ayunas, fortifican el cerebro y conservan la vista. El romero ahuyenta todo animal ponzoñoso. Bañar el cuerpo en agua en que ha caido romero, conserva la salud y fortifica el cuerpo. La flor del romero mezclada con miel blanca, espumada y hecha *lectuario*, limpia y fortalece el es-

tómago. Las hojas del romero, cocidas en vino blanco, hacen un emplasto aparente para llagas envejecidas, y este vino sirve tambien para sujetar las raices del cabello. El zumo del romero, aplicado en el oido, quita el dolor que proviene de frialdad. El humo que produce al quemarlo, es bueno para aire perlático y para dolores, es.....

—¡Señora! le interrumpió Raimundo, ¿porqué no dice Vd. de una vez que es el *sánalo-todo*? Por lo visto, el romero este que tiene Vd. aquí, y que en lo grande parece un lentisco, es el médico y el boticario de esta casa; aquí no habrá males nunca.

—Sí, señorito, que los hay, contestó la anciana. Dios, que le dió sus virtudes al romero, no le hizo más poderoso que su voluntad, la que alguna vez se le opone, porque así conviene.

—Niña sensible,—dijo Raimundo dirigiéndose á Gracia, que tanto por cortedad, como por antipático desvío hácia aquel muchacho, áspero y audaz, se habia retirado lejos,—aquí tienes un ramo con tus lloradas estrellas. Vienen las mismas que, segun dice la copla, hay en el cielo; esto es, mil y siete; con las dos de tu cara y la de Vandalia, son mil y diez. Sino quieres tomar las flores, aquí las meto entre las ramas del romero, por si padecen de algun achaque, que se lo cure.—¡Vaya contigo! que más pronta estás para llorar las flores cuando las pierdes, que para celebrarlas cuando se te brindan.

—Es que aquellas me las trajo mi Padre, murmuró la niña.

—¿Y eran por eso más hermosas que estas? preguntó con burla Raimundo.

—No; pero yo las queria más, respondió Gracia.

—¡Ay! ¡qué *superfinica*, *superlativica y supersupinica* eres! dijo Raimundo, y dirigiéndose á la anciana, añadió:—Tia abuela, Vd. que le reconoce tantas virtudes al romero, que será preciso canonizarlo y rezar á San Romero, ¿me querrá Vd. decir si le reconoce alguna á las abulagas? Pues por mí no sé que tengan otra que la de quemarles las cerdas á los cochinos difuntos, y la de pincharles por detrás á los gatos cuando se acercan á las macetas de flores, en las que se las coloca á ellas como guardas de honor.

—Nada bueno sé de las abulagas, contestó la anciana; sí solo sé, que la calle de la Amargura y el Monte Calvario, están hechos un espeso abulagar, desde que por ellos pasó el Señor con la cruz á cuestas.

—¿Usted lo ha visto?

Esta muletilla de los sábios y entendidos, que no se las tragan como ruedas de molino, como nosotros los nécios é ignorantes, se le ocurrió á Raimundo á pesar de ser un zoquete. ¡Cosa más rara! Pero á fuer de verídicos, tenemos que consignarlo.

—No señorito, contestó la anciana. Pero si solo

se creyese lo que se vé, los pobres ciegos no creerian nada.

—Bien dicho, tia Juana Nepomuceno, dijo el P. Buendía; y mejor de lo que Vd. piensa. La fé no entra por los ojos, que entra por el oido: *præstet fides supplementum sensuum defectui*, supla una fé viva á la escasez de nuestros sentidos. Hágame Vd. el favor, añadió el Padre dirigiéndose hácia el arriate, de darme unas ramas del romero; que me daré, segun Vd. lo aconseja, un sahumerio en esta pierna, en que me molesta un dolor reumático.

—Señor, cuantas quiera su mercé! ahí está la mata á su disposicion.

Y la Abuela y sus nietas arrancaban á competencia ramas al romero.

—Basta, basta, señora! dijo el Padre; que vá Vd. á despojar al arbusto.

—Pierda su mercé cuidado, repuso la anciana; en cogiendo al romero sus ramas con buen fin, mientras más se le arranca, más mete. Le sucede como al rico limosnero, que mientras más dá á los pobres, más aumenta Dios su caudal.

—Bien dicho, señora, repuso el Padre, que á nadie empobrece la limosna.

—¿Veis, dijo á los niños cuando hubieron salido, cómo está al alcance de todos la santa ley de Dios?

—Ya, respondió Raimundo, la definicion de la

limosna la tienen los pobres en la punta de la uña, como que les tiene cuenta, pues ellos son los que la cobran.

—Te equivocas, Raimundo, como siempre que habla por tu boca la malicia, repuso el Padre. Los pobres dán todos sin excepcion, á otros más necesitados, si á ellos acuden; y no todos, sino pocos, reciben limosna. Avergüenzan, pues, al rico, para el que es un precepto religioso, una obligacion social, y la más dulce prerogativa de la riqueza, el dar á manos llenas y sin contar.

—¿Todas sus rentas, aunque se queden sin ellas? ¿No es eso? preguntó Raimundo con ironía.

—Nó, hijo, eso nó. Expresa el pueblo con su buen sentido en un refran la justa medida en el dar, de esta forma: *ni á tí que te luzca, ni á mí que me haga falta.* Pero se debe dar cuanto no se necesite. Dice fray Manuel en su carta portuguesa, traducida por Isidro Fajardo: *quien gasta ménos de lo que tiene*, *es prudente*; *quien gasta lo que tiene*, *es cristiano*; *quien gasta lo que no tiene*, *es ladron.* Dice San Lúcas: dad á todo el que os pida. Haced bien, y prestad sin esperanza de recobrarlo. Esta es la ley de Cristo, hijo. Y tén presente que dice San Benito: no soy cristiano en verdad, si á Cristo no sigo. Tú, Raimundo, prosiguió el Padre, eres no solo descortés, sino áspero en tu trato, lo que no deja de ser tambien una falta de caridad; y es preciso, hijo, ser cortés con todos, aunque sean infe-

riores; que esto, *si es honra para quien la recibe, más es para quien la hace* (1).

Antes de irse, y mientras cortaban la Abuela y las nietas las ramas del romero para el P. Buendía, se habia acercado Raimundo á Alonso, y le habia dicho:

—Oye, Peneque, ¿con que has entrado en la hermandad de la lezna?

Alonso no contestó.

—Como eres tan finito y repulido, prosiguió Raimundo, harás zapatitos de tabinete para las mujeres, y de tafilete encarnado para los niños.

—Hago zapatos de vaca para los hombres, ¿está Vd. señorito? respondió Alonso; que aunque le parezco yo á Vd. fino, soy récio para el trabajo, y para cuando se necesita serlo.

—Y sobre todo, necesitas serlo para la vida que vas á llevar, repuso Raimundo, pues es sabido que los zapateros llevan una vida trabajosa.

Lunes y martes de chispa;
Miércoles la están durmiendo;
Jueves, viernes, mala gana,
Y sábado entra el estruendo.

—Hoy es viernes; te toca mala gana; y bien te se conoce.

(1) Ramillete de divinas flores de Bernardo de Sierra. No es la primera vez que hacemos notar, que en el espíritu religioso y en los preceptos cristianos, se hallan aun las más cultas reglas de delicadeza y finura social.

—No es mala la que tengo!... dijo Alonso cerrando los puños en coraje; lo demás de la frase no lo oyó Raimundo, que le habia vuelto la espalda.

—Cuando oigo y veo á ese señorito Raimundo,— dijo Alonso, así que se hubieron alejado el Padre Buendía con sus discípulos,—me se pone el cuerpo envenenado, y con una hormiguilla que me desatienta. Es más raido, más *insultativo* y provocante que un baratero. Más humos tiene que una hoguera sin llama; porque tiene dineros mal ganados, siendo un don Nadie, y levantado del polvo de la tierra ayer de mañana; que mi abuelo conoció al suyo arriero, andando tras de los burros.

—Calla, Alonso, le dijo la buena anciana, que haces malamente en echar juicios temerarios, y decir que el caudal de los Trillos es mal ganado.

—Señora, quien dice la verdad, ni peca ni miente.

—No afirmes lo que no sabes, hijo. Tú no conoces á esas gentes de rejas adentro, y nunca han tenido en el pueblo mala nota.

—¡Mire Vd. que hacer burla de Gracia!... ¡Solo ese mal alma lo hace! ¡Buena prenda saldrá el niño ese! que por las vísperas se conocen los Santos.

—Raimundo es áspero y desamoretado, no digo que no, dijo la buena anciana; pero, hijo mio, cada tejadito tiene su jaramaguito. El se enmendará; que para eso tiene á su lado al P. Buendía, que es un señor muy docto y muy santo.

—¡Qué se habia de enmendar, señora! exclamó cada vez más exasperado Alonso; la zorra mudará los dientes, pero no las mientes! Mire Vd. que despues de hacer llorar á Gracia, que es tan bendita, hacer burla de su llanto!

—Ya ves cómo le ha traido en desagravio un hermoso ramo de flores, observó la abuela. Tú, Alonso, eres muy noble, y tienes el corazon muy sano; y asi, son tus corajes como la risa del negro, que se apaga al instante.

—No lo crea Vd., exclamó Alonso, á quien el golondrino, la muela y Raimundo, en union y competencia habian exasperado, sino que como no tengo dinero, me llamo *callar*. Pero la procesion anda por dentro. Acuérdese Vd. de lo que le digo, tia Juana *Poluceno*. Por ese charran, por ese guapo de esquina, me ha de venir á mí algun mal.

—No seas caviloso, Alonso, repuso la anciana, ni abrigues enemistad, que eso es traer un judío en el cuerpo. El señorito Raimundo no te ha hecho mal; pero caso que te lo hubiese hecho, tén presente que dice la ley de Dios: «no tengas ódio con quien te ha hecho mal; nécia cosa es pecar tú por aborrecer al que pecó; y no se ha de castigar un pecado con otro.»

CAPITULO IX.

Galicia en reälidad
Dá de sí la gente honrada,
Que aunque es un poco pesada,
Guarda palabra y verdad.

Pasaron algunos años. El tiempo, ese gran reloj al que Dios dió cuerda, y para el que no hay paradas, los fragua en su incesante andar, y los fraguará mientras el gran poder que le ordenó andar, no le mande parar.

Estos años habian pasado sin traer mayor alteracion en la vida y circunstancias de la familia de Trillo. La viuda habia seguido ocupándose de la labor y de su casa. El Padre Buendía habia perseverado participando su saber y sembrando su enseñanza; pero ménos afortunado que su parienta, sin recojer la más mínima cosecha. Solo un sucedido habia marcado la época que pasamos por alto. Ha-

bia muerto un hermano, viudo, de Doña Amparo, dejando un buen caudal y una hija, y á su hermana albacea del primero y tutora de la segunda, que dicha señora habia traido á su casa.

Esta niña era el engendro de lo indefinido y de la monotonía. En su físico eran su cuerpo y talante un conjunto de líneas rectas sin ondulaciones. Era indefinido el color de su tez, que no era ni blanca ni morena; el de su cabello, que no era ni rubio ni oscuro; el de sus ojos, que no eran ni negros ni azules; y toda ella ni era bonita ni fea. Su trato, de la misma conformidad; ni agradable ni desagradable, pues ni se alzaba á la gratitud, ni alcanzaba á la exigencia. Rodeábala un círculo de atmósfera impermeable. Así era que referia una maldad con severas palabras, pero sin la menor indignacion; contaba una cosa graciosa sin reirse, y las más tristes sin inmutarse. Y tan nulo era su pulso interno, que siempre que hablaba sobre lances en los que su intervencion hubiese podido ser útil ó evitar un mal, y alguna persona le decia con energía:—Pero tú ¿porqué no hiciste aquello ó estotro?—contestaba indefectiblemente sin añadir más palabra ni razon:—¿yo?

Este *yo*, muy usual, es, segun el tono con que se pronuncia, altanero, despreciativo, esquivo, tímido, ó medroso. En ella no era nada de eso: era simplemente la expresion de la sorpresa.

Nombrábanla Trinidad,—aunque habrian acer-

tado mejor en llamarla *Unidad*.—Tenia entónces catorce años, esto es, seis ménos que Mauricio, que á la sazon contaba veinte; y era el sueño dorado de la viuda unir con toda legalidad á estos dos pimpollos, objetos de su cariño, y los dos caudales, objetos de su ternura. Pero ello es que la viuda tenia en su mano disponer que los mismos arados penetrasen en las tierras de distintas procedencias; pero no tenia la facultad de disponer que los mismos sentimientos penetrasen en aquellos corazones de diferentes dueños.

Doña Amparo nunca habia oido hablar de imanes, de simpatías, de filtros, de atracciones magnéticas, ni aun de sortilegios; ni siquiera de *medias naranjas*. Todo esto, que en realidad es medio griego, era para ella griego entero; á no ser así...—no quisiéramos hacer juicios temerarios;—pero puede... puede que algun mal pensamiento se le hubiese ocurrido para llevar á cabo uno bueno. A pesar de las pocas esperanzas que la daban el pazguato Mauricio y la pánfila Trinidad de constituirse en amantes de Teruel, Doña Amparo se consolaba con estas sensatas reflexiones:

—Son muy jóvenes; de aquí á dos años comprenderán lo que les tiene cuenta.—Y en esta confianza, la señora se dormia profundamente, hasta que el despertador de la casa ponia á todo el mundo en pié, con un quiquiriquí perentorio y sin apelacion, lanzado en sus barbas á Morféo.

Lo que es Raimundo, hacia una burla completa de su prima, á la que habia puesto por apodo *Jaletina*, y con este nombre, una banderilla al flemático amor propio de su prima. Por vez primera en su vida, Trinidad se habia picado; de resultas de lo cual, Doña Amparo proscribió en la conversacion,—como lo estaban de su mesa,—toda clase de *jaletinas*.

Poco despues declaró Raimundo un dia á su Madre, que queria ser abogado, y para eso, pasar á Sevilla á estudiar.

La casa se alborotó. La viuda se opuso. El Padre Buendía se retiró de la peliaguda contienda, diciendo: *Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno*—cada cual tiene su parecer, ni es uno solo el plan y la idea que hay para vivir.—Mauricio apoyó á su hermano por tal que se fuese, y Doña Amparo tuvo que ceder contra toda su voluntad y convencimiento, como sucede á muchos Padres de la era presente, de la que ha dicho un autor (1): «La revolucion no modificó solo las instituciones, sino que alteró las idéas y las costumbres. Debilitóse entónces con otros principios, el de la autoridad paterna, hasta ser reemplazado con no ménos exageracion por la tiranía filial. Antes el Padre imponia sus opiniones á la familia; ahora obedece.» Esto es, añadímos nosotros,

(1) Don Ramon Navarrete.—Tipos españoles.

que están los frenos trocados.. ¡Y así anda ello!

Doña Amparo halló algun consuelo, al partir su hijo, en su consejo privado, que se componia de dos veteranos beneméritos.

Era uno el capatáz, que fué de opinion que con *estudios finos* se era un buen Alcalde y se les ponia las peras á cuarto á los ensucia-tinta, abogados y escribanos, plagas del mundo; y que aunque la corriese algun tanto el muchacho, no debia apurarse su Madre, en vista de que *carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda.*

El otro consejero, que era un antiguo criado gallego, muy simpático á su ama, fué de la misma opinion, y dijo á su señora:—Déjelu ir, mi ama, si le dá jana; la llave se echa á lus cuartus, é non á lus mozus.

Es preciso decir algunas palabras de este gallego, que era persona de alguna importancia en casa de Trillo. Esta importancia,—que él sabia hacer valer,—no la debia por cierto, ni á su finura, ni á sus lisonjas. Blas Sampayo no medraba por semejantes medios de mala especie; la debia á sus servicios y á su hombría de bien, y poco le importaba que estuviesen contentos sus amos ó nó. Lo que le importaba era que marchasen las cosas bien y derecho; es decir, que como los gatos, amaba á la casa sin querer mucho á sus amos. Habría llorado un peso duro que hubiesen perdido; pero si uno de los niños se hubiese roto un brazo, le habría dicho con mu-

cha indiferencia: —Bien empleadu te se está; ¿é purqué te caes?

Tenia Blas la fidelidad, pero no la abnegacion de los suizos; que la avaricia y el egoismo son gemelos que crecen á la par. Daba sin que le pidiesen su opinion,—la cual era, si bien no siempre entendida, siempre recta y honrada,—sobre lo que era de su incumbencia, y sobre lo que no era tambien. Para él no habia predilecciones ni oposiciones: eran para él las *cosas* ántes que las personas; el cálculo ántes que el sentir. La señora le entendia, Mauricio no le escuchaba, y Raimundo le mandaba callar, á lo que no obedecia jámás el fiel servidor, que habia criado muchas alas, sin dejar por eso de ser muy pesado.

Cuando primero se presentó para ajustarse, empezó Doña Amparo por enumerarle las faénas que tenia que hacer; y á cada cosa contestaba: *está bien, está bien*. De suerte que la señora fué cargando la mano de una manera tán extraordinaria, que si hubiese tenido el dia cuarenta y ocho horas, en lugar de veinte y cuatro, ninguna hubiese quedado, para el fámulo, vacante y sin ocupacion. Discutióse en seguida el renglon de la comida; pero el gallego le cortó el hilo de la conversacion á la señora, asegurándola que en ese particular solo miraba la cantidad, y no la calidad. En seguida preguntó: —¿y la paja?

—¡La paja!—repuso la señora; ¡vaya una pregunta! ¿qué te importa la paja?

—Impórtame mucho, mi ama.

—¿Pero para qué la quieres?

—Tuma, para mí.

—¿Pues qué, tienes acaso algun borrico á quien dársela?

—Nun tengo burricu, es para mí.

—¡Extraña exigencia!

—Mas extraño es querer tener mozos é non darles paja.

—Pues yo no doy paja á mis criados.

—E yu nun trabajo sin paja.

—¿Quién ha visto á un sirviente exigir paja?

—¿E quién ha vistu á un amu querer que le sirvan sin dar la paja?

La señora se impacientó; el gallego se indignó, y habríanse separado furiosos, á no acertar á entrar el capatáz, que explicó á Doña Amparo que la *paja* era la *paga*.

Estando en el cortijo por temporada, la señora, que era religiosa, que tenia mucho arreglo y que no permitia se quedasen sus criados sin misa los dias festivos, envió un domingo á Blas al pueblo, para que oyese la misa de doce, montado sobre una burra, que á su vuelta debia cargar con comestibles.

La burra era vieja, y por más que Blas la arreó, llegó tarde á la puerta de la iglesia, y no pudo alcanzar la misa.

Desesperado Blas, se volvió hácia la burra, y

tirandole con coraje el sombrero que en la mano derecha tenia, ¡sobre tu alma vá! le dijo.

Hizo tan buena alianza con Doña Amparo, y se identificó tanto con la casa,—con esa ley y ésa buena fé anejas á los gallegos,—que pasaron años y años sin regresar á su tierra, ni acordarse de su mujer, la que al fin mandó una requisitoria para recuperar judicialmente su perdido bien. No hubo escapatoria; Blas tuvo que ir á dar cuenta de su persona á su Dido.

Pero fué el caso que llegó en el fatal momento en que se habia acabado de morir una de las dos vacas con las que araba la mujer su campo. Esta, que era una virago intrépida, puso á su marido, que quiso que no, á ocupar al lado de la vaca viva, el lugar de la vaca muerta; y el campo se aró y se sembró. Blas llevó este papel de comodin á regaña-dientes; pero al fin se conformó. Mas como en seguida los vecinos le quisieron hacer Alcalde, con eso no se conformó, y bajo la impresion de su pánico, echó á correr, sin volver la cara atrás hasta llegar á Vigo y embarcarse en el vapor. Y una vez en éste, se metió en las más profundas entrañas del barco, en amor y compaña con el carbon de piedra, y no sacó su garbosa persona á luz, hasta haber anclado el vapor en la bahía de Cádiz.

Así fué que regresó Blas de pésimo humor, merced al resultado de su viaje, que fué dejar en Galicia un campo arado, un hijo más, y una vara

de Alcalde desairada; todo lo cual le costó seiscientos reales, que lloró siempre harto más amargamente que sus pecados.

Raimundo partió. Llegado que hubo á Sevilla, y siguiendo sus buenas y finas tendencias, se matriculó en la sociedad del tabaco, y no en la universidad; se dedicó á las francachelas, y no á las cátedras; frecuentó garitos, y no frecuentó áulas; intimó con las cigarreras y no con los profesores; abrió muchas botellas y pocos libros, hallando para todo esto dinero, porque el dinero, si ha de servir para vicios, no se hace de pencas, como lo hace cuando ha de servir para buenos fines. No parece sino que esas monedas pálidas y súcias, esos napoleones encanallados, esos pesos, á los que con tanta propiedad se les añade la calificacion de *duros*, se retiran y se niegan cuando se les busca con buenos fines; y que sonrien, bailan, se prestan, y van al encuentro de los malos!

CAPÍTULO X.

Il y a dans ces tableaux un charme d'innocence à convertir les plus rebelles.

Hay en esos cuadros (1) un encanto de inocencia capaz de convertir á los mas rebeldes.

VICTOR PAVIE.

El hombre mas feliz es aquel que pone en relacion el principio y el fin de su vida.

GOETHE.

Mientras estos sucesos tenian lugar en la casa de Trillo, la de José Flores era presa de la gran calamidad de los pobres, de la que tras sí arrastra todas las demás, la enfermedad. José, víctima en toda la fuerza de su robustez y actividad, de la parálisis, yacia sin movimiento sobre su lecho.

Solo los ángeles del cielo vieron y pudieron

(1) Del pueblo sencillo de campo, católico.

contar las desgarradoras lágrimas y las selectas pruebas de cariño que el amor materno y el filial prodigaron á porfía, y unas tras otras sin intervalo, al paciente! Asi es que aquellos ángeles compadecidos traian á veces consuelos que se notaban en la dulce sonrisa del enfermo y en la infinita felicidad que estas sonrisas comunicaban á los que le rodeaban.

Quien era el incansable ayuda de estas desvalidas y consagradas criaturas, era Alonso. Siempre que salia del trabajo, se apresuraba á acudir allí; hacia sus comisiones, pagaba la botica, traia de cuando en cuando al enfermo media libra de chocolate ó su cuarta de bizcochos, y los distraia y consolaba á todos, contándoles cuanto sabía y cuanto se le venía á las mientes.

Mas los recursos iban escaseando; y un dia la pobre anciana llamó aparte á Alonso; y le dijo llorando:

—Algun buen ángel te ha traido aquí, hijo. Sin tí, ¿qué seria de nosotros?

—¿Quiere Vd. callar, señora, por María Santísima! contestó Alonso, al que se le iba oprimiendo su hermoso corazon.

—Oye, hijo, que tengo que decirte, prosiguió la anciana. Ya sabes, Alonso, que donde sale y no entra... el fin se le vé. Yá, hijo, todo se ha ido en la enfermedad, y no nos queda mas remedio que vender el haza; y yo quisiera que me buscaras com-

prador. ¡Cómo ha de ser! Dios nos la dió, y por eso siento tanto mas perderla.

—Dios lo da todo, dijo Alonso.

—Verdad es! repuso la anciana. Pero has de saber que esta haza vino á nuestro poder de una manera extraña, y que como á son de trompa nos la dió la Providencia. Un dia que pasaba yo por la lotería con una vecina, instóme esta á que echase con ella. Yo no tenia mas que tres reales, y mi hijo estaba trabajando en un cortijo, y hasta el sábado no venia á holgar, ni habia quien entrase un real por mis puertas. Alonso, hijo, me desvanecí, y eché veinte y un cuarto con la vecina.

Apenas llegué á casa y me hallé con solo cuatro cuartos en la faltriquera, cuando conocí mi desacierto, y me pesó en el alma haberlo cometido. Llegó entonces un pobre á la puerta, y le despedí con poco agrado y sin compasion.

Salí poco despues para mercar siquiera cuatro cuartos de habas para poner un potaje á mis niñas, cuando al salir, lo primero que me eché á la cara fué al pobre anciano que me habia pedido limosna, arrimado á la pared de enfrente, en un rayito de sol, comiéndose un tronco de col. Yo no sé lo que sentí, Alonso; pero mi espíritu se perturbó, y el corazon se me oprimió como puesto en prensa. Corrí á él, y le dí los cuatro cuartos. Entónces, Alonso, me dijo por tres veces: ¡Dios se lo pague á Usted! ¡Dios se lo pague á Vd! ¡Dios se lo pague

á Vd! Y si aquella voz no fué la misma de Jesus, fué una voz que llegó á él; pues si bien aquella noche nos acostamos sin cenar, á la mañana siguiente pagó Dios la deuda del pobre con muchas creces, como paga su Divina Magestad, pues habia puesto en mis números un prêmio de quince mil reales de vellon (1).

Con ese dinero, hijo, remediamos muchas miserias propias y agenas; hicimos á la casa aquel *soberado*, una funcion de gracias al SEÑOR DE LA VERACRUZ, y compramos el haza. ¿Fué ó no fué milagro?

—No se descorazone Vd., tia Juana, respondió Alonso. Dios tiene mas que dar de lo que ha dado. No faltarán socorros; y el haza no se vende viviendo yo, y teniendo desempeñado mi mayorazgo; (y el excelente jóven señaló sus brazos).

En seguida trajo doscientos reales, que á cuenta de trabajo pidió á su maestro. El haza no fué vendida. José lo supo, y no pudiendo hablar, expresaron su sentir dos gruesas lágrimas; y haciendo seña á Alonso para que se acercase, puso trabajosamente sus manos sobre la cabeza que este inclinó, y levantando sus ojos al cielo hizo una oracion mental para bendecirle. Así lo comprendieron su Madre y sus hijas, porque cuando José volvió á bajar la vista, las vió arrodilladas, y las oyó decir: Amen.

(1) Histórico todo. Estas cosas no se inventan.

Alonso salió del cuarto con tal congoja, que despues de beber el agua que se apresuró á traerle Gracia, reclinó y escondió su rostro en el seno de la anciana, que le habia seguido.

—¡Dios mio! ¿qué es el alambicado, redicho, recalcado sentir y las emociones ficticias de las gentes melancólicas, extremosas, descontentadizas ó mal humoradas, comparadas con el primitivo y enérgico sentir de la naturaleza en sus puras y genuinas fuentes?

Si mientras mas tiempo pasaba, miraba Alonso con mas amor á Gracia, esta á su vez miraba á Alonso cada dia con mas gratitud y mas ternura, porque no pertenecia Gracia á aquella especie de mujeres de descarriadas inclinaciones, á las que no atrae ni ilusiona lo bueno y lo honrado. No, al contrario; lo bueno y lo honrado era lo que simpatizaba con su noble y puro sér. Añadióse á esto que cada uno de los cuidados que Alonso prodigaba á ese Padre que ella adoraba, era una nueva raiz con la que se profundizaba en su corazon, aquel amor, hijo de su gratitud y aprecio.

Una noche entró la Majestad en la casa del pobre, sin séquito ni apariencia, como para ejemplo de humildes anduvo por la tierra hecho hombre.

Nuestro jóven y su hermano llevaban dos faroles; un monacillo tocaba una campanilla. Dios venia pobre como anduvo por el mundo; y como entónces, acudia á los pobres y mansos; como en-

tónces, adorable, consolador, SALVADOR Y GRANDE!

Verdad es que si aun hubiese estado viviendo hecho hombre, por su propia voluntad hubiese venido á aquella pobre casa, en la que con tanto amor se le llamaba, con tanta esperanza se le aguardaba, con tanta fé se le recibia!

Cuando llegó Alonso de vuelta de acompañar á LA MAJESTAD, José, que no podia hablar, le hizo seña de que se acercase. Entónces fijó sus ojos en el altar, que para el augusto acto habian prevenido. La desconsolada Gracia, que con su manso valor de cristiana reprimia su inmenso dolor, por tal de no separarse un momento del lado de su Padre, comprendió, ó mejor dicho, adivinó lo que deseaba; y puso ante sus ojos el cuadro del SEÑOR DE LA VERA-CRUZ que adornaba el altar.

Entónces José movió los lábios como si quisiese hablar.

Gracia, que ya estaba acostumbrada á comprender su mudo lenguaje, dijo:

—Palabras.

José hizo una señal afirmativa, y alzó tres dedos.

—¿Tercera palabra? preguntó Gracia.

—¡MUJER, VÉ AHÍ Á TU HIJO! murmuró entre sollozos la anciana, recordando las de la Cruz.

José volvió á hacer una señal afirmativa, y miró con sus expresivos ojos, primero á su Madre, y despues á Alonso.

Este, penetrado del pensamiento del moribundo, se acercó á la pobre anciana, á quien abrazó diciendo: ¡HOMBRE, VÉ AHÍ Á TU MADRE!

En el semblante de José brilló un santo gozo y una tierna gratitud.

Despues miró á Gracia, y en seguida á Alonso; ambos comprendieron; Gracia bajó los ojos, y Alonso dijo en queda y conmovida voz: ¡si ella quiere!...

José miró al SEÑOR en la CRUZ, y dió un suspiro. Gracia alzó la vista y lanzó un grito; la cabeza de su Padre habia recaido sobre la almohada; sus ojos estaban cerrados; con aquel suspiro de amor y gratitud habia volado su cristiana, honrada y amante alma al seno de su Criador! La muerte iba borrando poco á poco con su austero sello, aquella dulce y santa sonrisa, última expresion de su buena vida!

Innecesario es, así como es imposible, pintar el dolor de aquellas amantes y desvalidas criaturas, cuando en la casa no quedó ni aun el cadáver del que tanto amaban.

El dolor exalta la juventud y abate la vejez; es más déspota en su reinado cuando lo considera temporal, como sucede con el de los jóvenes, que no cuando lo sabe perdurable, como lo es en los ancianos. Asi la Abuela fué la que, ayudada por la conformidad cristiana, vertió sus consuelos y enseñanzas á sus nietas.

—No desconfiemos, hijas mias, les decia; que Dios no abandona á quien en él confia. El es Padre de los huérfanos, y esto os lo probará el ejemplo que voy á contaros:

Cuando Dios andaba por el mundo, caminaba un dia con San Pedro, cuando acertaron á pasar por una casa en que estaba una niña que lloraba amargamente.—¿Porqué lloras? le preguntó el Señor.—Porque se me han muerto mis Padres, contestó la niña.—Será tambien, dijo San Pedro, porque no tendrás ahora quien te mantenga.—No pienso en eso, respondió la niña.—¿Pues quién te vá á mantener? le preguntó el Santo.—No me cuido de ello, contestó la niña; que Dios me crió, Dios me mantendrá.

Poco despues pasáron el Señor y San Pedro por una casa en que estaban dos ancianos, marido y mujer, trabajando con mucho ahinco.—¿Porqué trabajais con tanta ánsia y afan, si no teneis necesidad de ello? les preguntó el Señor.—Es preciso, contestáron los viejos, pensar en el dia de mañana.—Más valiera que pensáseis ménos en el dia de mañana, y más en la eternidad, y que confiáseis más en la Providencia, les dijo San Pedro.

Cuando el Señor y su discípulo se pusieron á comer, sacó el primero un platito de su comida, y le dijo á San Pedro: Anda, llévale este platito de comida á la niña que confió en su Criador, y díle que nunca le faltará.

Así lo hizo el Santo, y cuando pasó por delante de la casa de los viejos ricos y codiciosos, vió que habian entrado en ella unos ladrones, que por robarlos, habian muerto á sus dueños.—Ya veis, hijas mias, que no tenemos que desconsolarnos. Tenemos á Alonso que mirará por nosotros, y Vds. que saben coser y bordar, se ayudarán con sus manos.

Efectivamente, las niñas, en particular Gracia, cosian y bordaban con perfeccion.

Parece increible cómo sobresalen muchas jóvenes en los pueblos en estos trabajos de mano, sin más que su buena disposicion y la enseñanza que reciben en las pobres AMIGAS, en que se *canta* la doctrina en aquel monótono é infantil sonsonete, en el que alternan las grandes que preguntan, y las chicas que contestan; en aquellas Amigas en que aprenden las graciosas relaciones tan *naïves*,—esto es, sencillas y cándidas, que desprecia y rechaza la época, y que se van disolviendo en el olvido. ¡Cuán cierto es que el escepticismo hostil y el racionalismo rastrero traen consigo por primer ayudante el prosaismo, por primer resultado el desencanto, y por consecuencia la preponderancia de lo material sobre lo espiritual!

¿Qué han adelantado aun los ménos apóstatas con su Teodicéa, sino anular la revelacion, extinguir la fé y crear este gran cáos de ideas incoherentes, confusas, alambicadas, incomprensibles y

contradictorias? ¡Disidentes! *no enturbieis la fuente que estancó vuestra sed* (1).

El tierno corazon de Gracia habia hecho, como ya hemos dicho, del aprecio y del agradecimiento que le inspiraba Alonso, un amor puro, suave, modesto como lo era ella, y tan exclusivo, que todo el universo se encerraba para ella en aquella humilde casita en que habian nacido y habian muerto sus Padres, en la que se veia rodeada de su buena Abuela, de sus hermanitas, y de Alonso. Más desde la muerte de su Padre, este amor, que en ambos jóvenes vivia sentido y no expresado, como música sin palabras, se habia declarado á todos con la buena fé y franqueza que existe en estas materias en el pueblo de campo. La última voluntad de su Padre habia consagrado este amor, y Gracia se apresuraba á acudir á la reja, cuando de noche oia la voz del honrado y feliz Alonso, que llegaba cantando:

> Oprímeme el corazon
> Verte vestida de negro;
> Que la sombra de tu pena (2)
> A mí me dá sentimiento.
>
> ¡Mal haya la ropa negra,
> Y el sastre que la cortó!
> Que mi niña tiene luto
> Sin haberme muerto yo.

(1) Shakespeare.
(2) Hay nada más delicado y poético, que llamar al luto la *sombra de la pena*.

CAPITULO XI.

> ¿En dónde hallar en adelante esas bellas nociones de moral, que referian nuestros deseos hácia un mundo mejor? Camina el egoismo con la frente erguida, invádelo todo, desde la juventud trabajada por una ávida ambicion, en la edad en que solo sentimientos generosos abrigaba otras veces, hasta la vejez, la que con un pié en la sepultura, especula sobre el alza y sobre la baja, y sueña con un confortable y sólido porvenir para un soplo de vida que le queda.
>
> DISCURSO DE MR. KÉRATRY LA ASAMBLEA.

Un dia de otoño estaban en casa de la viuda de Trillo, en el comedor, sentados á la mesa de pino sin pintar, esta señora, el Padre Buendía, Trinidad y Mauricio.

Cubría la mesa una mantelería primitiva, tal cual se ven en posadas y paradores; mantelerías que están mandadas recoger y no se recogen; las que si son de lino parecen de punto de aguja, y si son de algodon pueden servir de cobèrtores; que pesan sobre las faldas, y lastiman los incáutos lábios que se les arriman. En eso hacen bien; les dan una leccion de elegancia, pues los lábios pulcros nunca deben estar en el caso de necesitar servilleta.

Cubría el mantel una abundante comida, bien condimentada, aunque sin serlo á la francesa, ni con elegancia; puesto que la viuda dirigia las hornillas de su casa con el mismo tino certero con el el que dirigía su labor.

La loza era de la fábrica nueva de Cartuja, extendida ya y usada en toda la provincia.

La cristalería era una legion extranjera, de varias edades y hechuras. La plata buena y pesada; el vino malo y ligero; y el mismo para todas las botellas, en las que estaba como Periquito entre ellas.

Una nube de tristeza reemplazaba la uniforme calma ántes aneja al rostro de Doña Amparo. Tres años habia que su hijo Raimundo estudiaba en Sevilla,—al ménos así lo creia la pobre señora;—y no solo no escribia á su familia, ni iba á visitarla; sino que no ignoraba del todo su Madre la vida de calavera que llevaba, puesto que en varias ocasiones habia tenido que pagar por reclamaciones

apremiantes, sumas, que aunque no eran muy considerables, visto el círculo ordinario y mezquino á que habia descendido su hijo, eran suficientes á demostrar sus extravíos.

Mauricio, aunque habia seguido achacoso, se hallaba á la sazon un tanto robustecido, merced á los baños minerales de Chiclana, que le habian prescrito los médicos.

Lo que Doña Amparo con su buen sentido habia previsto, se habia verificado. Fuese por la natural inclinacion que engendra el trato, fuese por el apego, hijo de la costumbre, fortalecido por el convencimiento de que le convenia, Raimundo se habia apegado fuertemente á su prima. Ménos explícitamente habia sentido lo mismo Trinidad, á la que la ausencia de su primo en su viaje á los baños habia dejado un vacío, así en la casa, como en la mesa, que la llevó á desear su regreso, á la manera que desean las personas adeptas de lo cómodo y de la uniformidad, que las cosas que se quitan de su lugar, vuelvan á ocuparlo.

Así es que, cuando lo dispusiese la viuda, estaban ámbos muy prontos á casarse, sin que entre ellos mediasen ni ántes ni despues palabras de amor, de pasion ni de celos, estimulantes que graduaba Doña Amparo tan innecesarios en los buenos matrimonios, como el de las especias finas en sus amasijos. Y razon llevaba la señora en su sensata prosa; que el puro arroyo corre siempre claro,

tranquilo y sereno, mientras apacible y sin nubes está la atmósfera.

El Padre Buendía y Mauricio acababan de regresar de su expedicion al principio de este capítulo, y Mauricio referia durante la comida los pormenores y las *impresiones* de su viaje; que las *impresiones* están al alcance de todos los que viajan.

Ya habia relatado el viajero las maravillas del vapor, que era un estrado metido en un barco, el que andaba como los molinos, por medio de ruedas; las sacudidas que le dió el mar, que parecia una dehesa de agua que nunca se está quieta, ni de dia ni de noche, y echa espuma como ojo de jabon. Habia contado cómo las casas de Cádiz tenian al ménos diez cuerpos, uno encima de otro como torres; y cómo era Chiclana un campesino muy acicalado, con muchos señores de frac y gaban y muchos toros de cuerda, y los primeros con las lenguas tan sueltas, que era fama intercalaban hasta en el Padre nuestro voces que en tiempo de nuestros Padres jamás manchaban los lábios de la gente decente.

—Madre, añadió, no sabe Vd. lo mejor del cuento. Una tarde que estábamos durmiendo la siesta el Padre y yo, nos despertó un alboroto que se oia en la calle; nos asomámos al balcon, y vimos que los que lo causaban, eran unos estudiantes de la tuna, que venian cantando con guitarra, palillos y pandereta, y traian un séquito de chiquillos que

llenaban la calle. Entre los estudiantes los habia buenos mozos. Pero, señora, ¡qué fachas! De propósito se habian desgarrado los vestidos y los manteos, que traian terciados. Tenian atravesados los sombreros de tres picos, y las caras mas alegres que unas pascuas. Cantaban con sus voces claras y récias como clarines, y muy bien por cierto, estas coplas que se me han quedado impresas:

Cuando un estudiante llega
A la esquina de una plaza,
Dicen los revendedores,
¡Fuera ese perro de caza!

—Anda, vida mia, no comas tomates;
Que esa es la comida de los estudiantes.

Un pobrecito estudiante
Se puso á pintar la luna,
Y del hambre que tenia
Pintó un plato de aceitunas.

—Anda vida mia, súbete al tejado;
Verás una vieja peinando un lagarto.

Dirigiéndose al balcon frente al nuestro al que se habian asomado unas señoras, cantaron:

Si en el libro hubiese damas
Como las que estoy mirando.....
Toda la noche de Dios
Me la llevára estudiando.

—Anda, niña mía, súbete á la torre,
Mira la veleta, y el aire que corre.

Viéndonos á nosotros, se encaró uno de ellos con el Padre Buendía y cantó:

¡Caballero generoso!
Dénos Vd. una peseta;
Que tenemos la barriga
Como cañon de escopeta.

Pero, quisiera, Madre, que hubiese Vd. visto la cara del Padre, cuando el estudiante levantó la suya al presentarle su sombrero, que tomó en la mano, para recojer la moneda! ¿quién piensa Vd. que era?—¡Raimundo!—Raimundo en persona, que conforme miró y reconoció al Padre, se puso á cantar:

Vamos, compañeros,
Larguémonos presto;
Que en aquel balcon
Está mi maestro.

Al oir estas palabras, el tenedor y el cuchillo cayeron de las manos de la pobre Madre, y un vivo carmin se extendió sobre su honrado rostro.

—¡Mi hijo! ¡Raimundo! exclamó, ¡hecho un estudiante de la tuna! ¡rodando por caminos, calles y mesones! ¡viviendo sin vergüenza ni empacho, de la bolsa agena! ¿Así se ha avillanado? ¡así está infamando á su familia por su conducta! ¡así está perdiendo lo que una vez perdido, no se recupera, su buen crédito! Y la pobre Madre se echó á llorar amargamente.

El P. Buendía, que estaba, si cabe, más escandalizado que la Señora, y tan avergonzado maestro como ella avergonzada Madre, no halló una palabra de consuelo en español; y dijo en latin: *Non pudet ad morem discincti vivere Nattæ*, (no tiene vergüenza de vivir como Natta). (1)

Doña Amparo aseguró que no volveria á ver en su vida á aquel mal hijo que deshonraba á su familia; y que usando de sus derechos de Madre y de tutora, le retiraría la pension que le daba, y que despilfarraba con escándalo. Y como toda persona que tiene la íntima conviccion de que obra en razon y segun su conciencia, es firme en sus resoluciones, ni el pacífico y condescendiente P. Buendía, á quien escribió Raimundo para interesarle en su favor, ni otras personas que lo intentaron, pudieron lograr que variase la señora de propósito; de lo que resultó, que al cabo de dos meses el hijo pródigo, sitiado por hambre, se cansó, no de guardar puercos, sino de guardar abstinencia, y emprendió la vuelta á sus lares.

Las iras de una Madre,—por muy mujer fuerte que sea,—son tormentas de verano, detrás de las cuáles está el sol de la misericordia, ansiando por esparcir sus rayos, desde que la lluvia ha ablandado la tierra.

La tierra que en esta ocasion debia recibir los

(1) Célebre pillo. Sátiras de Persio.

rayos de misericordia maternos, no se presentaba muy blanda. Pero la buena Madre le echó otra encima, dió un último, triste y tierno recuerdo á las fanegas de trigo y arrobas de aceite que, convertidas en sonantes especies, habia echado su hijo en el pozo Airon de su no debatido presupuesto, y sentó á su hijo en la cabecera de la mesa, mediante á un perdon condicional é interino, que concedió la Señora al P. Buendía, que en nombre, pero sin la anuencia de Raimundo, prometió la enmienda.

Todo entró en su lugar. La borrascosa vida de Raimundo hacía pausa, como el viento ántes de tomar otro giro.

Doña Amparo decia con satisfaccion: quien quita la ocasion quita el pecado; y á puerta cerrada el diablo se vuelve.

El P. Buendía exclamaba con el rey David: *Beati quorum remissæ sunt iniquitates*, (bienaventurados aquellos á quienes son perdonadas sus iniquidades).

Blas, á quien la escapada de Raimundo con los estudiantes de la legua habia hecho gracia, al ver una crecida cuenta de botas de charol, aconsejó á su ama que encerrase al señorito en los Toribios.

Conociendo lo difícil que es volver á traer al órden lo desordenado, murmuraba el capataz:— escoba desatada, persona desalmada..... Quieto se está; pero esto es en los de su calaña, descansar para tornar á beber.

Lo que es las gentes en general, al saber que despues de tres años, aparentemente dedicados á estudiar, volvia Raimundo á su pueblo sin un grado siquiera, fuéron de opinion que era este como otro, que zoquete fué á Madrid, y zoquete volvió á venir.

La parte femenina de las gentes le halló muy mejorado de persona, muy airoso y desenvuelto; y cuando volvió á vestir el traje andaluz, que tan perfectamente sentaba á su cuerpo y á su talante, pareció tan bien, que vino á ser el figurin de modas macareno, el conde de Orset (1) de Carmona.

(1) El elegante por excelencia que ponia la moda en Lóndres.

CAPITULO XII.

A la fina política del siglo último hemos sustituido nosotros el apreton de manos inglés, asi como hemos reemplazado el perfume del ámbar con el olor del cigarro.

ALEJANDRO DUMAS.

El hombre posee una facultad de venerar, que mas ó menos ligada al resto de sus cualidades, las realza todas.

SCHLASSER.

Raimundo habia regresado hecho el tipo del insolente. Y para darle á conocer en todo el desarrollo que habia adquirido en sus tres años de emancipacion, harémos la fisiologia del insolente, que es hoy dia un tipo tan generalizado, que todo el que nos lea, pensará que hemos querido retratar á su vecino de la derecha, y copiar al de la izquierda.

El insolente brilló en todas épocas; pero en la nuestra deslumbra y se generaliza como el gás. Ha reemplazado al hipócrita; pues nadie se toma ya la molestia de serlo, desde que no se respeta lo bueno y lo santo. Este respeto á lo bueno y á lo santo originaba en los malos la hipocresía, que llamó La Rochefoucauld un homenaje que rendia el vicio á la virtud. Hoy dia el cinismo ha libertado al vicio de todo homenaje, y le ha dicho: «¡Nada de coronas! la gorra; con la cual estarás mas á tus anchas. ¡Nada de togas, ni uniformes! la piel de oso. Nada de vara de justicia ni baston de mando; el zurriago, el látigo. ¡Nada de pulidas ni corteses armas! la porra. Fuera respetos, esos vasallajes morales, relegados á las ominosas épocas del oscurantismo!» Asi acontece que el insolente, que encumbra el *yo* y menosprecia el *vos*, lleva el cuerpo derecho y la cabeza erguida. Si no es alto, se le figura que lo es; y si lo es, se le figura que es gigante. Si anda unido á otro sujeto, toma por un impulso espontáneo la acera; cuando encuentra á un amigo, y aunque sea una amiga, y se para á hablarle, él es el que toma siempre la iniciativa de la despedida. Pregunta, no por curiosidad, ni ménos para demostrar interés, sino por el gusto de ostentar que ni atiende ni escucha la respuesta. Si se sienta será el primero en hacerlo, y en el mejor asiento; si es en la mesa, será en el puesto mas alto que halle vacante, con preferencia á otras personas de

mas edad, de mas saber, de mas categoría, y hasta de mas caudal, la mas incontestable superioridad en nuestra era *positiva*.

Si se analizase su derecho á la preeminencia, se hallaria que era este el ser *él*, añadiendo que no reconoce superioridad. Que el rico tiene la suya en la bolsa, el sábio en las academias, el viejo en los consejos; pero que toda superioridad adquirida deja de existir en el trato social, en el que solo figura la individual, debida al carácter y ascendiente de la persona genuinamente superior, ó á la que sabe colocarse de por sí en su puesto; lo que quiere decir: «eso es mio, eso me toca á mí.»

Por lo cual el insolente lleva á mal que le falten, y lleva igualmente á mal que otros exijan de él que no les falte.

El insolente trata á todo el mundo en su cara con un *sans façon* en extremo chavacano, (á pesar de que por vestir bota charolada y llevar guante nuevo, lo cree en él aristocrático,) y á espaldas trata á todas las personas y todas las cosas con un desden que hiere mas que la calumnia. Llama mujeres á las señoras; á las señoritas, muchachas; á las mujeres, tias; á una persona conocida, fulano; á un título, por su apellido, y asi sucesivamente rebaja los tonos de la escala social, representando en ella un enorme bemol. ¡Oh juventud! ¡cuándo te convencerás de que es en tí el respeto la mayor prueba de aristocracia moral, de finura, de buen

gusto y buen sentir, de pureza de alma y de corazon! que es el sello de superioridad intelectual, y la que realza y hace amable, mientras que la insolencia rebaja y hace odioso al que lo es!

La insolencia da márgen á represalias; y cuando esto sucede, el insolente se echa á reir, tornando en chanzas sus impertinencia; esto es que hace bailar al oso que antes embestia. Las gentes delicadas huyen del baile, como evitan las embestidas.

Tiene el insolente un repertorio de insolencias groseras, que llama oportunidades y chistes, que desea sean repetidas, lucidas y conservadas en la memoria, como lo son las célebres y entendidas agudezas de un general Castaños, de un Talleyrand.

El insolente tiene para su uso particular unas armas agresivas y ofensivas que le suministra su osadía, como en los pugilatos ingleses á los luchadores se las proporciona la fuerza de sus puños; armas que á una persona realmente culta y delicada, le es tan imposible usar en su defensa, cuando se ve atacada, como difícil seria al armiño revestir las puas del puerco espin. Consisten estas en:

Un *ksss* que silba como una culebra.

Una risa que abofetéa como una granizada.

Un desentenderse, interrumpir y contradecir, que ofenden, secan y hostigan como el *Simoun*.

¡Un *qué*! que le tira á la cara al mas pintado, como un diploma de Juan Lanas.

El insolente está persuadido de que el motor ascendente del hombre es la hostilidad. Y la suficiencia propia y la época que ellos han formado, les da razon, siendo hoy las palabras, y no las acciones, las que encumbran al hombre. Derriban por insolencia; y á su vez son derribados por ella.

Siendo las leyes de la finura y de la delicadeza en el trato social, realzar á los demás y rebajarse á sí mismo, es evidente que ambas cosas, delicadeza y finura, son para el insolente desconocidas, pues es su tendencia la de realzarse á sí mismo, darse una importancia ficticia y rebajar á los demás. Asi es que creyéndose altivo como un príncipe, es grosero como un patan.

Para el insolente,—de que era el tipo Raimundo,—no hay respeto de ninguna clase, no hay consideraciones de ningun género: no reconoce obstáculos de ninguna especie á su omnímoda voluntad. Al divinizar la insolencia filosófica, el individualismo ha hallado á todas las malas tendencias dispuestas y oficiosas para vulgarizar y poner al alcance de todos su mal espíritu anticatólico, audaz y rebelde.

Raimundo encontró á su prima mudada en mejor; la jaletina habia adquirido consistencia. Habia embarnecido, se peinaba y vestia con algun más esmero; en fin, sin que precisamente le agradase, dejó de chocarle como sucedia antes. Los diez y nueve años habian ganado la palmeta á los quince,

caros á los poetas; pero que en realidad, tienen todavía un pié en la edad que define el prosaismo, justa pero antipoéticamente, con la denominacion de *la edad de la chinche*.

Entre calavera y hombre positivo, no hay—que sepamos—incompatibilidad. En la época nuestra de toda clase de asociaciones, se ven en este género las más heterogéneas. Entre estos nuevos vínculos,—que se forman á medida que se disuelven otros bellos y santos,—se ven los de la vanidad y de la economía, y los del calavera y el hombre positivo. Estas cosas separadas eran tolerables, porque al ménos tenian, si no los *defectos de sus cualidades*, las *cualidades de sus defectos.*—El vano era espléndido; el económico, sencillo y modesto; el calavera, desprendido; el hombre positivo, razonable y ordenado.—Hoy dia se han unido, como les sucede á los malos, para acabar de pervertirse unos á otros.

Así sucedió que Raimundo pensó que le tendria cuenta casarse con su prima, cuyo caudal en manos de Doña Amparo, del capataz y de Blas Sampayo, habia ganado y se habia mejorado en la misma proporcion que su dueña. Verdad es que estaba su hermano Mauricio de por medio. Pero, ¿qué obstáculo era este para un hombre sin conciencia, sin respetos ni cariño de familia?

Fácil es colegir, que el agraciado y currutaco Raimundo, suplantaría á poca costa al desairado y

doliente Mauricio, en la aficion de su prima, que si bien no tenia pasiones ni sensibilidad, tenia ojos y amor propio, cosa que ni aun *las jaletinas* dejan de tener.

Toda esta intriga se tramó pronta y secretamente; y dispensarémos al lector de sus insulsas peripecias, en las que Trinidad siguió el impulso, que con más despotismo que cariño, le imprimió Raimundo.

Cuando se empezaron á hacer las diligencias para pedir la dispensa á Roma, para casarla con Mauricio, y cuando se hallaban reunidos con este objeto en la sala de Doña Amparo, el Cura, el escribano y la familia, entró de repente Raimundo diciendo con la mayor calma, que se presentaba allí con el solo objeto de advertir, que se pusiese en la solicitud en lugar del nombre de Mauricio, el de Raimundo.

Grande fué el efecto causado por este golpe teatral, ideado por Raimundo para comprometer públicamente á su prima. Habia calculado con su perspicaz criterio, que si el asunto se discutia en la familia ántes de hacerse pública la decision, su Madre y su hermano tendrian bastante persuasion para convencer á Trinidad de que lo que hacia era una villanía, una inconsecuencia, un capricho injustificable y una mala y cruel partida, á que no habia dado lugar, ni era acreedor Mauricio; y que estas sensatas razones tendrian bastante influencia

y poder sobre a inconsistente y blanda índole de Trinidad, para hacerla desistir de su nuevo propósito.

Al oir la perentoria declaracion de Raimundo, el escribano se habia quedado parado, el Cura absorto, el P. Buendía terrificado; y Doña Amparo, como herida de un rayo, se hubiese quedado muda y petrificada, si en el mismo instante, al agolparse su sangre á su corazon, no hubiese sido Mauricio acometido de una horrorosa hemorragia, causada por el rompimiento de una ignorada aneurisma.

Trinidad se habia alejado asustada é inquieta, por el efecto que habia causado una cosa que Raimundo le habia pintado tan sencilla, como á ella misma pobre limitada, le parecia. Así fué que, cuando Raimundo sereno é impasible fué á buscarla, la halló llorando.

Su primer y amable impulso al verla llorar, fué incomodarse; pero lo reprimió, y le hizo notar lo bien restablecido que estaba su hermano, en quien la primera contrariedad producia un vómito de sangre, y que ella habria hecho un desatino sacrificándose á sí misma, si se hubiese casado con semejante valetudinario.

—¡Pero es tan bueno! dijo Trinidad, en quien el remordimiento despertaba la lástima.

—Cuando estamos enfermos, todos somos buenos, repuso Raimundo. Mi Madre quiere más á Mauricio que á tí y á mí. Por esto nos quiere sacri-

ficar á ambos á él, en vista de que el egoismo materno es más feroz mil veces que el personal. Ya que es mi Madre tan casamentera, que case á su Benjamin con la Fuente Amarga de Chiclana, que es la que le dá la salud.

Mauricio,—que habia sido siempre uno de aquellos séres tranquilos, cuyas índoles se comparan á aguas mansas y dormidas,—habia despertado dolorosamente por cuantos estímulos pueden conmover una naturaleza inerte. Su tranquilo amor se alzaba grande é irritado, al verse traidoramente arrebatar á la que amaba, en la que cifraba todas sus esperanzas, pues para Mauricio no existia en el mundo mas mujer que Trinidad. La indignacion del engaño sufrido, la energía de los celos, la irritacion que le causaba su impotencia para impedir su desgracia ó castigar la traicion, pusieron al enfermo en un estado tan alarmante como cruel.

Que no alterasen su sangre, ni el ejercicio, ni emociones violentas, habia sido la primera y más encarecida prescripcion de los médicos. Pero, ¿cómo procurarle el sosiego y calma moral que requeria su estado?

Doña Amparo perdia la cabeza en las extrañas y dolorosas circunstancias que la rodeaban, las que no alcanzaba á dominar su sencillo buen sentido, que hasta entónces tan buen piloto le habia sido en su cuotidiano círculo de accion.

Como todo alteraba al enfermo, los médicos

prohibieron que, á excepcion de su Madre y del P. Buendía, ninguna otra persona entrase á visitarle. Más á pesar de estas y otras precauciones, á los pocos dias murió el infeliz en los brazos de su Madre, ahogada su débil vida en la sangre que á borbollones vertia su corazon.

A los seis meses asistia Doña Amparo, enlutada su persona y enlutado su corazon, al casamiento de su hijo Raimundo y de su sobrina. La buena Madre queria persuadir á los demás, y á sí misma, que estaba contenta; ¡pero no lo conseguia! La mortaja que envolvia el cadáver de su difunto y desgraciado hijo, habia envuelto para siempre su vida. En vano procuraba separar en su mente la sangre y la culpa. Veíalos siempre unidos en su fuero interno, y culpaba á todos; á Trinidad, á los médicos, á sí misma, por tal de descargar de la cabeza de Raimundo, parte de la responsabilidad que sobre ella pesaba; pues el amor de Madre es un sublime sofista. Asi es que dice el pueblo, ese recto y justo apreciador de amores: «¡AMOR DE MADRE!... QUE LO DEMÁS ES AIRE.»

CAPITULO XIII.

Habia tanta armonía en ella,
que parecía una música muda.

LONGFELLOW.

Tan casta, tan gentil, graciosa y bella,
Que el aire en torno se enamora de ella.

ALDANA.

Doña Amparo habia perdido á un tiempo la energía moral y la robustez física, que la prometian una tardía, sana y activa vejez. Habia envejecido y decaido en poco tiempo, más de lo que lo habría hecho en veinte años felices. Movida por su decaimiento, y otras razones, habia levantado la mano en todo, así en la direccion de la labor, como en el manejo de la casa. Y si algo le sonreia aún en esta vida, era un nietecito, que al año vino, como vienen los ángeles á las casas, estrechando los lazos de la fa-

milia, trayendo consigo el amor, la union, la esperanza y todos los sentimientos dulces.

Cuando se intentó vestir al niño de corto, procuraron las señoras que viniese una obrera hábil para que lo hiciese con lujo y primor, y con este motivo fué requerida Gracia Flores, como la más sobresaliente bordadora y costurera del pueblo.

Esta vino traida per su Abuela, y se entregó con tanto primor como asiduidad á su faéna.

Hallábase instalada con todos los avíos y requisitos de su costura en uno de los corredores cerrados, y en el extremo de este se hallaba la puerta del comedor.

Un dia que, como siempre, se estaba sentada en su silla baja, y como siempre, callada y sin levantar cabeza, acabado de comer que hubieron los señores, Raimundo al salir del comedor, dió sin causa ni razon, tal puntapié á un pobre perro de la casa, que estaba acostado en el corredor, que el animal prorumpió en lastimeros quejidos.

Al oir aquellos aullidos, Gracia, compadecida, levantó la cabeza, saliendo involuntariamente de sus lábios una exclamacion de lástima.

Raimundo volvió la cara y la miró, y quedó sorprendido. Gracia, sencillísimamente vestida con un traje liso de tela de algodón lila; con un pañuelo de seda de la India, á cuadros, fondo carmelita, con su magnífico cabello, primorosamente alisado y sencillamente recogido, tenia una belleza tan

cumplida y tan grave, que el verla causaba una admiracion profunda y prolongada.

Así fué que por un rato calló Raimundo; pero de repente, sonriendo á un recuerdo, exclamó: ¡La Estrella de Vandalia!

Gracia volvió á bajar la cabeza con la misma austera gravedad con que la habia levantado, y siguió cosiendo, sin que desplegase sus lábios ni palabras ni sonrisa.

—Tú eres, sí, tú eres, prosiguió Raimundo acercándose á ella, la que llorabas por las flores que jugando te destrocé.—¡Qué hermosa te has puesto!—Si hoy te murieras tú, las flores todas serian las que llorarian por tí.

Gracia no levantó la cabeza, ni contestó.

—Mírame, Gracia, dijo Raimundo, que recuerdo que Gracia te llamabas, aunque mala la tienes conmigo. Y qué, ¿me guardas aún rencor? ¿porqué no contestas?

Gracia estaba sobre ascuas. Toda la repulsa que habia inspirado á su dulce y delicada índole cuando niña aquel muchacho osado é insultante, surgia más enérgica y angustiosa bajo la mirada audáz de aquel hombre. Las mujeres delicadas y castas tienen instintivas antipatías hácia ciertos hombres que las profanan solo con mirarlas. Las naturalezas elevadas se encogen en la cercanía de las naturalezas bajas, porque las presienten.

—Mucho me haces esperar tu respuesta, añadió

Raimundo, viendo que Gracia no contestaba; ¿será para retenerme?

—No estoy acostumbrada á gastar conversaciones con señoritos, respondió la acosada Gracia.—Así dispénseme Vd. que no le responda.

—Cuando se es tan hermosa como lo eres tú, replicó Raimundo, se tienen las llaves del sacristan: así no me ofendo, aunque lo que me dás, se llama un tapaboca. Pero si no estudias para monja, compláceme en levantar la cara; que te prometo no hacerte mal de ojos.

Gracia ni contestó, ni levantó la cabeza.

—Mira que te pasas de esquiva, y llegas á huraña. Díme, ¿te ha dado Dios la hermosura para que te avergüences de ella? Vamos, alza la cara á fin que yo la mire; no temas á mi vista; que no soy basilisco.

—Señor, me estais mortificando, repuso Gracia, fatigada por la insistencia dc Raimundo.

En este momento se oyó la voz de Doña Amparo.

—¡Que te mortifico! dijo exasperado y precipitadamente Raimundo. ¡Pues ahora empiezo! añadió con esa mezcla de crueldad que ponia en cuanto hacia y en cuanto decia.

Y así sucedió. Porque desde aquel dia Raimundo, primero con la tenáz voluntariedad del indómito, y despues con toda la pasion de un carácter enérgico y violento, siguió persiguiendo á Gracia, exaltándose su amor por los mismos insuperables

obstáculos que hallaba en las graves y decididas repulsas de Gracia.

Aunque la pobre huérfana huia cuidadosamente las ocasiones de estar sola con su perseguidor, no siempre le era posible evitarlas.

—Gracia, la dijo este un dia, con que, decididamente...... ¿me desprecias?

—Señor, contestó ella, lo que hago decididamente es ser honrada, y no dar márgen ni oidos á palabras, que serian atrevidas en un hombre soltero, y que son criminales en un hombre casado.

—¿Y porque soy casado, no me quieres?

—Aunque fuéseis soltero no os querria.

—Pero, ¿porqué? ¿se puede saber? preguntó irritado Raimundo.

—¡Válgame Dios, señor! ¡qué manera de apremiarme! ¿No tiene acaso su voluntad libre el pobre como el rico? ¿impónese la voluntad? ¡Dejadme..... por Dios! ¡dejadme!

—No puedo, Gracia, no puedo. Quiero que me quieras, como yo á tí te quiero. Y cuenta que está por ver que lo que yo haya querido no lo haya logrado. Para Raimundo Trillo no hay imposibles.

—El mar es bravo, señor! y la humilde arena lo pára, repuso con modesta firmeza Gracia.

—Serás mia, recalcó Raimundo.

—Antes muerta! repuso Gracia.

—¡Y no de otro, yo lo juro! añadió con violencia Raimundo.

—Señor, respondió Gracia, cuya voz temblaba de indignacion.—Dios puso la impotencia del hombre como dique á sus desbarros.—Pero yo no volveré á esta casa en la que se ofende y amenaza á una pobre honrada, no porque se la ama, sino porque se la desestima. En vista de que el lenguaje que gastais no es el del amor, sino el del desprecio

—Ves desprecio donde hay amor, porque no sabes sentirlo, repuso Raimundo. Gracia, correspóndeme, y te juro y afirmo de no amar á otra que á tí. La nécia de mi mujer no puede estorbarte. Pero si así lo hiciese......

—Señor, quien en esta casa estorba soy yo, dijo Gracia levantándose; aquí soy yo la piedra del escándalo, y ántes que éste se aumente y se divulgue, debo cortarlo de raiz.

Gracia dió por pretexto á las señoras para dejar de venir, el que los males de su Abuela, le impedian llevarla y traerla, y no volvió.

Como se podrá colegir por las muestras que hemos dado, no era por cierto Raimundo un *amante fino*, pues lo fino se vá extinguiendo hasta en el amor, que por su esencia debia ser su último santuario; pero para la insolencia no hay santuarios. Dice un autor francés, Mr. Edmond About, hablando de su pais, del que con tanta propiedad ha dicho Masegosa que sirve de modelo á todas las pasiones revolucionadas:—*El payo caballero es un tipo ridículo de otras épocas: en cambio tenemos en la*

nuestra el del caballero payo.—En España tenemos ahora la ventaja de disfrutar de ámbos tipos á la vez. ¡Nuestra época no es estéril, no; es fecundísima en todo! ¡en obras, en pensamientos, y sobre todo..... en palabras!

CAPITULO XIV.

Amor loco; yo por vos, y vos por otro!

REFRAN.

Eran las doce de la noche. Todo estaba silencioso é inmóvil, cual si hubiesen dejado de existir á un tiempo el ruido y el movimiento. Miraba la luna á la tierra de lleno y tan tristemente; como miraria una suave y solitaria anacoreta un campo de batalla despues del combate.

Gracia estaba en su reja, aguardando con alguna inquietud á Alonso que tardaba; y aun cuando éste llegó en breve, su inquietud no se disipó, sino mudó de causa, porque contra toda su costumbre, le halló triste y preocupado.

—¿Qué tienes, Alonso? le preguntó con su suave voz.

—Nada; contestó el interrogado.

—Me engañas y me afliges, Alonso.

—¿Porqué te aflijo?

—Porque me quitas una creencia; y cada creencia que se pierde, es una flor del corazon que se aja; repuso Gracia con su poético sentir, y su culto lenguaje, porque hay séres privilegiados que tienen la cultura en su pensar, instintiva, y la tienen en la expresion por intuicion.

—¿Y cuál es esa creencia que tenías, y que te quito yo? preguntó Alonso, que era todo lo bueno, lo noble y lo delicado que es dable, sin salir de su esfera sencilla y campesina.

—La que tenia de que entre tú y yo no era posible que cupiese engaño.

—Pues si quieres que te diga la pura verdad, repuso Alonso, hace dias, Gracia, que me dá el corazon golpes que me sacan de tino. Y has de saber que decia mi Abuela, que los golpes del corazon son avisos.

—¿Y qué crees tú que puede avisarte? preguntó ella.

—Mira, Gracia; desde entónces se me ha clavado en el pensar, que valiendo tú más que yo, yo no te merezco, y que no has de llegar á ser mujer mia.

—¡Que yo valgo más que tú! exclamó Gracia con expansion y sinceridad; ¿quién, quién, díme, vale más que tú?

—Gracia, no se me oculta que mi persona es ruin.

—Alonso, los hombres no valen, ni se quieren por la talla. Además, la bendicion de mi Padre te hace á mis ojos más alto que hombre ninguno.

—Tú en cambio, Gracia, prosiguió Alonso, eres la muchacha más bonita de Carmona.

—Calla, Alonso; deja las lisonjas á los que no tienen amor.

—No son lisonjas; es la pura verdad. Hoy lo decian todos en la tienda, y Antonio Perez, el oficial mayor, refirió que eso mismo dicen los señoritos, y que D. Raimundo Trillo (pillo, deberia decírsele) te habia puesto por nombre la *Estrella de*..... ¿qué sé yo qué estrella? la que está pintada en los blasones de la ciudad, en esos blasones que le dieron sus moradores remotos á este pueblo. Y otras cosas decian; pero por aprender esta de la Estrella, las otras las dejé ir.

—Alonso,—dijo Gracia, disimulando la cruel mortificacion que le causáron las palabras que oia; —¿quién hace caso de las burlas y vaciedades de los señoritos ociosos, que no teniendo en qué pensar, se divierten y pasan el tiempo con palabras vanas?

—¿Quién hace caso?—exclamó el honrado Alonso,—¡caramba! Yo, que no quisiera que los tales señoritos pusiesen los ojos, ni ménos tomasen en boca, ni para mal ni para bien, á la que ha de ser mi mujer. Y ménos que ninguno, ese señorito Raimundo, que es más malo que cuantos Barrabases

pagan sus culpas en gayola, y como ha estudiado, es un *ideista* del demonio.

—Alonso, ¿no sabes que es casado?

—Verdad es; pero tan buen marido es como fué buen hermano.

—No murmures, Alonso.

—No murmuro: digo la pura verdad.—No la hagas, y no la temas.—Quien oculta ó disculpa lo malo, no sirve á la caridad, sino al pecado; la pura verdad no la ataja Dios, porque no quiere; ni el diablo, porque no puede. El que hizo lo de Cain, podrá hacer lo de David. Yo no quiero que vuelvas allá á coser. ¡Ojalá... y que nunca hubieses ido!

—Há dias que no voy, y que me traigo á casa la costura.

—¿A que ha sido porque te requebró ese mal nacido?

—Fué porque Abuela se puso mala, y no podia llevarme y traerme.

—¡Bien hecho, Gracia! Y no salgas más de tu casa; que estarse en su casa es honestidad. Y bien sabes que siempre se ha dicho:

En el cielo no hay faroles,
Que todas son estrellitas.
¡Qué bien parece, señores,
La honestidá en las mocitas,
Y la razon en los hombres!

—Pues, ya ves, Alonso, repuso Gracia, que si enseña la copla la honestidad á las mocitas, enseña tambien la razon á los hombres. Y es carecer de ella, dejarte perturbar por habladurías de casquivanos.

—Pero, hay más, Gracia. Para meterme una devanadera en los cascos, y un gusano en el corazon....no me parece que estás contenta ni satisfecha. Muchas veces te veo llorar.

—¡Siempre que hablamos de mi Padre!

—¡Nunca te veo reir!

—Verdad es que me rio poco. Alonso, tenemos dos ojos para llorar, y solo una boca para reir. Asi como no tenemos sino un corazon solo para amar, en el que no cabe sino un solo amor.

—¿Me quieres de veras? preguntó Alonso conmovido.

—Todo lo que hago es de veras. Si no fuéra por lo que te quiero, Alonso, entraria en un convento, que es donde en la tierra se está más cerca del cielo.

—¿De verdad? exclamó Alonso. Y si yo me muriese, te entrarias monja?

—Tan cierto como lo es el que tú eres el solo hombre que he querido, y el solo que querré!

—Gracia, dijo Alonso con todo su corazon, bien sé que dicen que yo no te merezco! Pero tan fijo como hay Dios, que ménos te merecen ellos. Gracia, casémonos pronto, porque me parece que

mientras estés moza, has de andar en boca de esos guarda-cantones de las esquinas.

—Si aun no están las cosas prevenidas, Alonso.

—¿Qué le hace? ¿Qué cosas hay que prevenir para que éntre yo con mi jornal en esta casa de huérfanos y desvalidos, y que se sepa que ya no lo sois? Habla con tu Madre Juana, y verás como dice lo propio que yo; y mañana mismo empiezo á sacar los papeles y á menear la cosa.

Así sucedió, y el domingo siguiente, se corrió la primera amonestacion.

Raimundo lo supo, y nunca pudieron la combinacion de tan varias y violentas pasiones crear una ira desesperada como la que se apoderó de él. Mas en vano buscó la ocasion de desahogarla; en vano quiso hallar el medio de impedir esa boda que le desatinaba, y que se juraba á sí mismo, como lo habia hecho á Gracia, que no se verificaria. Alonso seguia modesto en su perpétuo trabajo. Gracia encerrada en su puro y austero hogar; inútilmente rondó aquel casto nido de humildes palomas. A nadie vió, de nadie pudo dejarse oir.

Así pasó la semana.

El domingo siguiente, que debia leerse la segunda amonestacion, Raimundo se levantó ántes del alba, se envolvió en su capa, y se puso en acecho en la esquina de la calle donde vivia Gracia.

Lo que habia previsto, sucedió. A poco, salieron de su casa Gracia y sus hermanas para oir la pri-

mera misa. Por desgracia aquel dia la pobre anciana estaba indispuesta, y no acompañaba á sus nietas. Raimundo les salió al encuentro; Gracia retrocedió sobrecogida.

—Una palabra, Gracia, dijo Raimundo con voz sosegada; una palabra, Gracia. Es para un encargo de mi mujer.

Las dos hermanas menores, sin malicia, é ignorantes de lo que oculto habia quedado entre Raimundo y Gracia, siguieron adelante.

—¿Te casas? dijo éste cuando estuvo á su lado, en quedas, pero profundas y recalcadas palabras.

Gracia contestó con un *sí* sereno, modesto, pero decidido.

—No te casarás! repuso temblando de ira Raimundo.

—¿Porqué?

—Porque yo lo impediré!

—Dios solo puede impedirlo, contestó indignada, pero siempre serena, Gracia.

—¡Y yo, te digo!

—¿Quién os dá ese derecho, y cómo hallaréis los medios?

—El derecho me lo tomo; el medio será cerrar con tiempo y para siempre los lábios, al que se atreviese á decir *sí* á la pregunta de si te recibe por esposa.

Gracia retrocedió aterrada, y nunca efigie alguna representó cual ella, á la VÍRGEN DE LAS ANGUSTIAS.

Es cierto que el semblante de Raimundo asustaba!

La ira, que no se advertia ni en su voz, pues hablaba quedo, ni en sus ademanes, pues estaba nmóvil, se notaba en sus ojos, que ardian cercados de negras ojeras, y en su semblante, que parecia solemnizar esa palidez de cadáver, que á veces usurpan á la muerte el furor y el espanto en sus paroxismos.

—¡Amenazas!... exclamó con desfallecida voz Gracia.

—Que cumpliré, aunque pierda mi alma. ¡Tú unida á otro! no sucederá en mis dias. Desprecias mi amor y te crees por eso libre de mí!...... Pues entiende que no lo estás.

—Señor, por Dios, ¿porqué no soy yo libre?

—¡Porque no se puede inspirar pasion tal como la que por tí siento, y desoirla!

Las hermanas de Gracia, viendo que ésta se detenia, retrocedieron y se incorporaron con ella en este instante, y Raimundo se alejó.

El efecto que esta escena causó á Gracia fué terrible; pero en toda la semana que siguió, se fué borrando su impresion. Considerada la amenaza de Raimundo á la serena luz de su razon, le parecieron bravatas efervescentes y vanas de enamorado, dichas solo por ver si la retenia de casarse, pero que no podian ser premeditadas, ni menos cumplidas. Y acabó por culparse á sí misma de

crédula y pusilánime, y de que acaso daba ella mas importancia á estas amenazas de la que les diera el mismo que las pronunció.

Al siguiente domingo fué Gracia á misa con su Abuela, y á hora en que estaban las calles concurridas; y en este dia se corrió la tercera amonestacion.

Debiendo pasar las veinte y cuatro horas prefijadas para mediar entre estas y el casamiento, se dispuso su celebracion para el lunes en la noche. En la del domingo acudió, como siempre, Alonso á la reja.

—¡Qué despacio viene el dia de la boda! le dijo á Gracia; sobre que parece el tiempo en su andar, una babosa.

—No arrees el tiempo, Alonso, contestó ella; ¡quién puede saber lo que trae consigo!

—Trae la boda nuestra. Pero tú estás tan parada, que parece no la deseas.

—¡Temo desear, Alonso!.... que los deseos á veces espantan las cosas que quieren venir con sosiego y sin repiques.

—Ello es que tú no estás alegre, Gracia.

—¡No, pero estoy contenta!..... qué es mejor.

—¿Y porqué?

—Porque la alegría tiene alas, y el contento tiene asiento.

—¡Tú tienes mucho sentido, Gracia! Pero yo, aunque con peores explicaderas que tú, te diré que el contento cuando es mucho..... se vuelve alegría!

Fuése Alonso, y Gracia se recogió á su alcoba. Halló aun á su Abuela levantada y ocupada en algunos preparativos de la boda.

—Hija, acuéstate, le dijo la anciana, que tienes que levantarte temprano, para ir á confesar y pedir á Dios que sigas cumpliendo las obligaciones de tu nuevo estado, tan bien como has cumplido las anteriores.

—Dios me quita el mérito en cumplirlas, haciéndomelas tan dulces, Madre Juana, contestó Gracia.

En este momento sonó un tiro.

Gracia y su Abuela se arrojaron á la sala y á la ventana, que abrieron: la calle estaba desierta y silenciosa.

—¿Le parece á Vd. una gracia el descargar una escopeta á esta hora? dijo cerrando su postigo la vecina de enfrente, que se habia asomado tambien á su ventana.

—Cosas de chavales! (1) respondió la anciana. Gracia, hija mia, vámonos á acostar.

Gracia la siguió y se acostó; pero sin que se sosegasen los violentos latidos que en su corazon produjo la explosion siempre siniestra de un arma de fuego.

Un pensamiento que graduó de insensato, habia atravesado su mente, rápido, fulgurante, ater-

(1) Mozalvetes. *(N. del E.)*

rador como un relámpago! Y no pudo conciliar el sueño, á pesar que repetidas veces oró:

¡Oh JESUS, mi dulce Dueño
Y REDENTOR de mi alma!
¡Dádle á mis ojos el sueño,
Y á mi corazon la calma!

A la mañana siguiente, de madrugada, se levantó la anciana para traer de la plaza los comestibles que habian de preparar para la cena de la boda. A alguna distancia de su casa, y en una encrucijada, vió, á pesar de lo temprano de la hora, gentes arremolinadas. Apénas se acercaba, cuando destacándose del grupo una mujer, se vino á ella, y le dijo con la brusca franqueza del pueblo:

—Tia Juana, ahí está un muerto; ese le mató el tiro que anoche sonó. Le ha atravesado la cabeza de sien á sien; debió caer sin decir Jesus; pues nadie de los vecinos ha oido otra cosa mas que el tiro.... ¡Y es el novio de su nieta de Vd., Alonso! ¡qué dolor de mozo!

Al recibir, cual otro tiro, esta nueva, la pobre anciana quedó trastornada; se sintió desfallecer, y hubo que llevársela entre dos á su casa.

Al verla entrar, Gracia lanzó un grito agudo.

—¡Alonso es muerto! exclamó; el tiro de anoche le mató!

—Pero, criatura, preguntó una de las vecinas que sostenian á la anciana, ¿quién te lo ha dicho?

—¡El corazon.... que no miente!

—¿Y quién que fuese aquel tiro?

—El corazon...... que no engaña!—respondió la noble criatura, que aun en medio de su desesperacion, retuvo con generosa prudencia lo que hubiese podido comprometer al infame que sabia ser el alevoso asesino del compañero que tanto amaba.

La noche ántes habia entrado Raimundo tarde en su casa; venia embozado hasta las cejas, y no se desembozó sino despues de entrar en su cuarto, que cerró con llave. Entónces arrimó á la pared una hermosa escopeta de dos tiros, con la que solia ir á cazar.—Uno bastó! murmuró; tengo la mano certera; pero si un tiro hubiese marrado, otro quedaba en la escopeta..... y firme la voluntad!

Raimundo apagó su luz, y se echó sobre su lecho.—Un rayo de luna que descendía de una ventana alta, cayó de lleno sobre la escopeta, aun negra del tiro. Un pensamiento pareció ocurrírsele á Raimundo, pues de repente se levantó, cogió la escopeta, salió de su cuarto, subió con precaucion al granero; en seguida, trayendo una escalera de mano, la sacó al tejado, la arrimó á la torre de que hemos hecho mencion, cuya escalera de material se habia desmoronado, la apoyó en la pared, tomó la escopeta, subió, y la tiró en aquel abandonado mirador. Al oir el golpe que dió al caer, una multitud de pájaros nocturnos y de mal agüero levantaron el vuelo graznando lúgubremente!

CAPITULO XV.

No siempre es poderosa
Carrera, la maldad, ni siempre atina;
Al fin la frente inclina;
Que quien se opone al cielo,
Cuando mas alto sube, viene al suelo.

FRAY LUIS DE LEON.

Gracias á Dios, segura ya camino
De este valle de lágrimas, mi suelo,
A mi alto fin, al cielo cristalino.

PEDRO DE SALAS.

Hay personas cuyas conciencias están oprimidas por graves pesos, y hasta por losas sepulcrales; ¡y se las ve llevar un semblante sereno, hablar y aun reir!. ¿Es acaso que se ha borrado de su memoria su culpa? No. Es que son pocas las naturalezas vigorosas, que bueno ó malo pueden sostener un mismo temple y conservar una misma impresion. Algunas hay ó ha habido: es verdad.

Pero los conventos de los Rancés y Franciscos

de Borja, las casas de locos y el suicidio, han sido el amparo de las naturalezas elevadas, de las medianas y de las descreidas que no han podido hallar la calma de la debilidad, que es el indolente descuido, el que encubre, aunque no borra, lo que el remordimiento ó el pesar estamparon en el corazon con lágrimas ó con sangre. Obsérvese al que abriga la conviccion de su maldad, aunque sea esta oculta. Por distraido que se halle, dedicado á intereses generales, si por casualidad viene á tocar una palabra, una alusion, una referencia aquel recuerdo desatendido, aquella cuerda aflojada, se verá la instantánea sombra que oscurece su semblante, se oirá decaer su voz, poco antes récia y decidida, y su mirada huir de la de los demás, temiendo que por ella se transparente el oculto pensamiento que en su mente ha surgido.

Oiráseie á veces retar á la conciencia con el cinismo del árido despecho. La conciencia, cual un reloj que obedece solo á su propio impulso, no contesta á su reto; pero sigue su uniforme y constante golpetéo para sonar á su hora señalada. Pídale el pecador á Dios que esta hora le halle con vida y con voz para clamar: *¡Misericordia!!*

Uno de estos retos que daba Raimundo á su conciencia, era este. El deshacerse de su enemigo es un derecho natural; la sociedad se le otorga, y le hace ley; las naciones le adoptan, le llaman gloria en sus guerras; el individuo le consagra en sus de-

safíos, y le llama honra. Solo la Religion dice «no matarás;» como dice otras muchas cosas muy buenas y santas, pero poco practicadas.

¡Y no obstante!... quien hubiese visto á Raimundo algunos años despues de la catástrofe que hemos referido, y cuya causa y autor habian quedado ocultos, no le hubiese conocido! Su manera petulante habia desaparecido; su vida bulliciosa y aventurera habia cambiado. Aislado, taciturno, brusco, irritable, hostil á toda cosa y á toda persona, en particular á su mujer á quien odiaba, habia llegado á ser un ente tan mal visto como temido.

Es cierto que Raimundo èra muy desgraciado; y que esto le agriaba. Pues solo las personas que no han hecho mal á nadie, y sí todo el bien que han podido, tienen el excelente privilegio de no agriarse en la desgracia. Lo que verdaderamente agría los caractéres, son los remordimientos; esa conviccion interna de la culpa y de la maldad, que se desfogan en hostilidad, en descontento de otros y de nosotros mismos, como lo hemos hecho observar en otra ocasion.

Raimundo hacia ostentacion de desdén y de indiferencia. Su Madre habia muerto, sin que una señal de cariño y de dolor por parte de su hijo hubiese dulcificado sus últimos momentos, y sin que este hubiese vertido una lágrima sobre su sepultura. Habia dejado salir de su casa al anciano parien-

te, al amigo de su Madre, al respetable religioso que con tanta paciencia y bondad habia sido su Maestro, cuando obtuvo el curato de una miserable aldea, sin procurar retenerle, sin sentir su ida, sin echarle de ménos. Hacia alarde de dicha indiferencia y desdén hácia su mujer, como si le fuese en todo inferior; como si quisiese abrumarla con la cadena que á él mismo tanto le pesaba. ¡A este estado de acerba desgracia le habian traido sus pasiones desenfrenadas, esas calenturas de la humanidad, con frenesí y delirio, que la destruyen!

La sola flor que perfumaba aun el devastado y seco corazon de aquel hombre, era el apasionado amor que tenia á su hijo. Aquel niño era la única sonrisa de su triste y adusta vida, la única esperanza de su árido y negro porvenir, la única estrella que lucia en el cielo de su amor, en el que habia brillado la Estrella de Vandalia desaparecida á su vista para siempre, absorbida en el gran sol de vida, la religion, en que habia entrado.

Gracia habia logrado entrar en el convento, ese asilo de la inocencia y de la desgracia, ese amparo de débiles, esa grey de desvalidas que se agrupan humildes alrededor del altar, para pedir á Dios proteccion, y á los hombres únicamente olvido! ¡Y este rebaño de inofensivas reclusas se ven atacadas y perseguidas en su institucion! ¿Puede esto creerse? Anticatólicos, ¿acaso os pesa no haber contribuido ó contribuir á que estas santas vírgenes

aumenten la horrorosa falanje de prostitutas que de otras habeis formado? (1)

Pero Dios vela sobre ellas, y ha puesto como guarda, á las puertas de esos santos asilos de inocentes desvalidas, la opinion pública, tan compacta é imponente, que os hace retroceder, y bajar los ojos.

En este refùgio respetado habia huido Gracia de la infame pasion adúltera, que habia perseguido y amargado su existencia; en esta clausura,—inviolable mientras haya quien sostenga aunque solo sea la equidad profana,—habia ido la infeliz, víctima del despotismo de un amor odioso y criminal, á llorar su soledad y desgracia; allí, que era donde podia permanecer pura y virtuosa, sin persecuciones osadas y criminales.

Raimundo, pues, vió su atentado sin mas resultado que el de satisfacer sus celos. Mas esto solo le hubiese bastado para cometerlo.

Trinidad era infeliz, y cada dia se empeoraba y se agriaba mas su carácter con la intolerable existencia que le hacia sufrir su despótico y acerbo marido. Contaminada por la constante hostilidad y

(1) Apenas podrán creer nuestros lectores que durante la guerra civil hemos oido con horror expresar este bárbaro, inmundo y cobarde deséo á un *Jefe político* de cierta provincia importante.

¡Oh qué hombres! Y sobre todo ¡qué Autoridades! ¡Y cuán buena y sólidamente cimentada es la sociedad que resiste tales Mentores!

(N. del E.)

contrariedad que hallaba en él, mientras mas crecian los extremos que este demostraba á su hijo, mas disminuian los de ella; porque las personas contrapuestas acaban por someterlo todo al espíritu de oposicion. Esto, ¡quién no lo ha notado con dolor!

Como ya no se divertia Raimundo con sus amigos, como su interior doméstico le era insoportable, como en fin, todo le era odioso, pasaba largas temporadas en el campo, dedicándose á las tareas agrícolas, buscando en esta actividad material alguna diversion á la interna.

En estas excursiones llevaba siempre á su hijo, que crecia alegre, robusto y hermoso, y tan travieso y sobre sí,—merced á lo que él le consentia,—que su Madre, no pudiéndo sujetarle, siempre veia partir con gusto tanto al hijo como al Padre.

Un dia que habia ido Raimundo al campo sin su hijo, regresó luego por el ánsia de verlo. Apenas se apeó del caballo, cuando preguntó por el niño; pero no pudiendo satisfacer los criados á su pregunta, entró en el cuarto de su Madre á preguntar por él.

—¿Qué sé yo? contestó Trinidad á su pregunta; ¿acaso le puedo yo sujetar? Estará en el corral con la cabra; ó en el jardin buscando nidos de pájaros.

—¿Es ese, exclamó su marido, el cuidado que tienes con tu hijo? No solo eres cuerpo sin alma; pero cuerpo sin corazon.

—¡Mire quien habla de corazon! repuso exasperada Trinidad; ¡el hijo, el hermano y el marido modelo!

—¡Soy buen Padre.... y basta!

—No basta, no basta, repuso su mujer.

—No quiero sino á mi hijo, prosiguió Raimundo; porque él sólo se lo merece.

—Pues permita Dios, exclamó desesperada Trinidad, que ese amor te cueste todas las lágrimas que tú has hecho derramar á los que te han querido.

En este momento sonó un tiro.

Raimundo se estremeció hondamente.

—¿Qué es esto? preguntó, saliendo al patio, á los criados que allí se habian reunido, alarmados por la explosion; ¿quién en mi casa ha disparado ese tiro?

—El tiro ha sonado hácia la torre, dijo el capataz.

Raimundo levantó la cabeza; una lívida palidez se extendió sobre su rostro! Habia visto en el tejado, arrimada á la torre, una escalera de mano, tal cual en la noche de funesta recordacion la habia puesto él, para ocultar allí á sí mismo y á los demás el instrumento de su crímen! La escopeta tenia dos tiros; uno habia bastado á su intento; otro quedaba en el cañon.... el niño buscaba nidos de pájaros, y estos abundaban en la torre.... ¡todos estos pensamientos unidos pasaron á la vez como roja exhalacion por su estremecida mente!

—¡Mi hijo! gritó precipitándose cual el huracan hácia la escalera, subiendo al tejado, y trepando por la escalera de mano.

En el suelo del mirador yacia el cadáver de un niño en un mar de sangre, y á su lado se veia la escopeta de su Padre.... negra como la culpa, inflexible como la justicia, certera como la expiacion.

EPÍLOGO.

Poco sobrevivió Raimundo á su hijo.

Si en el tiempo que aun vivió, sufrió su dolor, agrio y seco como castigo infructuoso, *inflijido* por el *Destino*, á estilo pagano, ó si lo llevó mansa y resignadamente como expiacion, segun el espíritu y la fé cristiana, Dios, su confesor y él lo sabrán.

Pero piadosamente pensando, como dice nuestra hermosa frase familiar, *conjeturamos* que Dios no pronunció su terrible fallo de justicia distributiva, sin darle su doble mision de castigar lo pasado y mejorar lo venidero para el contrito sumiso. Y son pocos los cristianos que en los momentos supremos de temor, de desamparo y de dolor, no levantan su corazon á Dios, implorando del cielo el socorro, el amparo y el consuelo que no pueden hallar en la tierra!

La noticia de la fúnebre catástrofe penetró las paredes del convento en que estaba Gracia.

Ella fué la sola que vió patente el dedo de Dios en el trágico suceso; y con renovado fervor oró por vivos y muertos; por amigos y enemigos; por el descanso de los buenos y la conversion de los malos, repitiendo cada dia con mas dulce conviccion:

¡Dichosa el alma que en sagrado anhelo
Desprecia los engaños de esta vida,
Por solo una verdad.... que es la del cielo!

FIN.

¡POBRE DOLORES!

¡POBRE DOLORES!

CAPITULO I.

Hay gentes en este mundo, que no pueden contar con nada, ni con la casualidad, pues hay existencias sin casualidades.

BALZAC.

Entre Sanlúcar de Barrameda, que despide al Bétis, y la pulida Cádiz, que se abre paso entre las olas, como para ir al encuentro de sus escuadras, en una saliente elevacion de terreno, se ha asentado Rota, pueblo, que aunque tranquilo y modesto, es de noble y antiguo orígen, como lo atestiguan la historia y su magnífico castillo perteneciente á los Duques de Arcos, tan bien conser-

vado y tan cuidado..... que han pintado sus rejas de verde. Los seculares cantos sillares que forman los robustos muros del castillo, y el fresco verde *casino* con que han cubierto sus sólidas rejas, forman no solo un contraste, sino una disonancia que las personas entendidas y de buen gusto comprenderán mejor de lo que nosotros pudiéramos decir.

Hácia el lado que mira al Sudoeste,—esto es, el que hace frente al Océano Atlántico,—el elevado terraplen en que se asienta el pueblo, desciende abrupta y perpendicularmente desde una gran altura hasta la playa. Ésta presenta el uniforme aspecto que dá el contacto del mar á la tierra que lame; muertas arenas alternativamente bañadas y abandonadas por las olas, en las que se busca con indistinto ahinco algun curioso secreto del mar, lanzado de su profundo seno, algun triste vestigio de un ignorado y solitario naufragio; pero en las que solo se hallan inocentes y lindas conchitas; algunas estrellitas del mar, que perdieron su luz con la vida; espumas que arrojadas por las olas que les dieron ínfulas y brillo, decaen mustias y deslustradas; pesadas y transparentes aguas-malas metidas en su masa de flema cristalina, como la yema del huevo en la clara, pobre pólipo que no se sabe si está vivo ó está muerto, porque en él tan inerte es la vida, como la muerte; algun torpe cangrejo que alza su diforme mole sobre sus delgadas patas, para correr con el esfuerzo y desma-

ña del lisiado, que se vale de sus muletas; gran cantidad de algas, que escupen á la tierra las olas que las desdeñan; algun pedazo de cordel ó de servida madera, que no son pavorosas ruinas de barcos, sino sencillamente sus desechos, y un lindo arabesco que dibujan en la tersa arena las finas huellas de las gaviotas; esto es de lo que se componen esas playas que engarzan á España; campo néutro que no adorna la tierra y que no cubren las olas, siendo así suelo sin flores, y cama de mar sin perlas.

A la izquierda del pueblo se entra el mar á pasear por la tierra, formando una ensenada, que haría un buen puerto á no tener tan poco fondo, que en la baja mar se queda en seco, y presenta una ancha extension de negro y pedregoso cieno. Cuando crece el mar, llega hasta las casas, guarecidas de sus embestidas por una valla natural de piedras, contra las que baten y se agitan con violencia sus olas, como las pulsaciones de un corazon oprimido.

En la punta del triángulo que forma el pueblo, está el muelle; y en él, los faluchos que diariamente llevan las frutas y legumbres á Cádiz, y las barcas de los afamados pilotos, que van al encuentro de los ricos huéspedes de la bahía de Cádiz, para traerlos por la mano cuidando que no tropiecen.

Lo apartado que está Rota de todo camino, no

siendo tránsito para ninguna parte; lo incomunicado que se halla con otros pueblos; sus ningunas pretensiones y lo poco que figura, le dan un sosiego y una índole tranquila y patriarcal poco comun, sobre todo en puertos de mar.

Un pueblo campestre, sosegado y tranquilo, asentado á la orilla del mar, que le aturde con su gran é incesante ruido, que le distrae con su inquieto y contínuo movimiento, semejante al del siglo en que vivimos, y al que surcan atrevidos barcos, cada cual con su distinto gallardete, ya empujados, ya contrarestados por las olas y las corrientes, como los hombres que actúan en la época presente; un pueblo en estas condiciones, nunca ha podido completar para nosotros el ideal de lo campestre. Simpatízanos más aquel, que por horizontes solo tiene sus campos de trigo, y sus olivares; por ruido, únicamente el canto de sus pájaros, el cacareo de sus gallos, el murmullo de sus árboles y el toque de su campana, y que por vecino más cercano solo tiene otro pueblo á quien llama compadre. La mar y la tierra son contrapuestos, como lo son lo tranquilo y lo agitado; la estabilidad y el movimiento; la seguridad y el pèligro; como lo son lo que produce, y lo que destruye.

No obstante, difícil sería hallar otro lugar más pacífico que Rota, y que tuviese habitantes más laboriosos é industriosos en agricultura, que es la

industria genuina del pais. Todos los roteños tienen su tierra propia que cultivan, porque hay pocos labradores en escala grande. La uva, el melon, la sandía, y toda clase de legumbres, que son siempre tempranas y muy buenas, constituyen sus principales ramos de cultivo. Entre estas sobresalen por su tamaño, cantidad y buena calidad, las calabazas y los *tomates*, cuya abundancia ha valido á los roteños el apodo de tomateros; así como es igualmente notable, la enorme cantidad de canastos puestos allí en uso para la traslacion de sus cosechas.

Los andaluces,—que como es sabido hacen burla de todo, sin exceptuarse los unos á los otros,—y que con este fin inventan una innumerable cantidad de cuentos, sobrenombres, chascarrillos y coplas, tienen un abundante repertorio, en que son víctimas los buenos roteños.

Entre los muchos, sacarémos unos cuantos, no solo porque nos parecen muy graciosos, sino tambien porque son una muestra legítima de la clase de chiste y del giro de idéas de este agudo é ingenioso pueblo andaluz.

En una ocasion, quisieron hacer los roteños una funcion á su santo patrono San Roque. Con este motivo convidáron á un predicador de fama, y á otros dos clérigos, que vinieron á hospedarse en casa del Alcalde.

Averiguado por éste que lo que querian cenar

sus huéspedes era chocolate, llamó á la cocinera y le mandó hacerlo.

—Pero, ¿qué se le echa? Preguntó aturrullada la cocinera.

—Agua, contestó su amo.

La cocinera se quedó suspensa; más acordándose que allí cerca vivia una mujer que tenia fama de ser la mejor cocinera del pueblo, se fué allá y le preguntó que cómo se hacia el chocolate:

—¿Y qué te ha dicho tu amo? preguntó la profesora.

—Que lo haga con agua.

—¿Con agua no más? repuso la otra. ¡Jesus! Sépaste mujer, que quien le quita al chocolate el tomate, le quita toda la gracia.

Tema que han puesto *muy bien enversado* de la manera siguiente:

Una señora fué á Rota
Para buscar cocinera,
Y la encontró desde luego;
Pero le advertia ella,
Que no sabia guisar
Con tocino la puchera,
Sino con pringue de olivo
Y con salsa tomatera.

Este es otro:

Los roteños se propusieron escalar el Cielo con sus canastos. Al intento, los fuéron poniendo unos sobre otros, de manera que pasáron más alto de la

luna y las estrellas. Solo les faltaba uno para llegar al Cielo, y ese uno no lo tenian, por estar ya todos colocados. Para no dejar por tan poca cosa de conseguir su intento, sacáron de debajo de todos el primero que habian puesto, con lo que todos los demás se vinieron al suelo. A lo que acompaña la misma idéa en verso:

Un roteño de los listos,
Sobre canastas queria
Subir al Cielo, por ver
Si tomates allí habia;
Más para llegar al Cielo
Una canasta faltó,
Agarró la de debajo....
Y junto á Lóndres cayó!

Y este el tercero:

Una vieja de Rota, se encontró en un camino con uno del Puerto, que venia cantando el romance del Gran Capitan, y ambos se encaráron en el momento que el del Puerto cantaba:

Aquella sangrienta espada
Que á los bárbaros de—rota,

—¡Los del Puerto serán los bárbaros, so tunante! le dijo furiosa la vieja.

En cuanto al sin número de coplas, solo unas cuantas darémos por muestra:

No se ha podido saber,
Ni se sabrá á punto fijo

Los borricos que hay en Rota,
Porque llega á lo infinito.

Los roteños á sus novias
Acostumbran regalar,
Pepitas de calabaza
Que son confites allá.

Un hombre sábio de Rota
Estaba pensando un dia,
Que si no hubiese tomates,
El mundo se acabaria.

En fin, para concluir, hasta en la calamitosa época de los franceses les sacáron esta:

Si á Rota le apuntáran
Las baterías,
Ella con sus tomates,
Las hundiría.

CAPITULO II.

Nada recréa más la vista ni alegra mas el corazon, que ver al caer la tarde volver del campo á los labradores. Cada cual viene montado en su burra, que las más veces es seguida de un ruchillo que corre y salta, gozando de su corta niñez, como si le avisase un instinto profético que esa alegría, ese soláz, esos alegres saltos, serán los primeros y los últimos en su triste vida de trabajo y de desprecio. Traen los labradores sus serones llenos de frutas y de legumbres, coronados de frescos tallos de maiz, que son la cena de su buena compañera: ésta apresura su lento paso al ver llegar á los niños, que salen al encuentro de sus Padres. Completa la comitiva un perrito basto y feo, pero humilde y fiel, que se cuenta como de la familia, y que no dejaria el pedacito de pan que le

da su amo, por todos los manjares de un palacio. Unos Padres alzan al mas pequeño de los niños y le sientan delante de sí, mientras los mayores abrazan y retozan con el ruchillo. Otros se apéan, sientan en la burra á los mayores, y llevan en sus brazes al más pequeño; y cada uno de estos variados grupos se dirige á su casa, en que les aguarda la Madre y la Esposa feliz.

¡Oh! qué de veces hemos mirado con profundo enternecimiento estos cuadros de íntima y pura felicidad, que no se ostenta ni se oculta, que no brilla ni se esconde, como la suave luz de la luna! Y nos hemos preguntado con amarga melancolía: ¿porque la cultura material con su insaciable ambicion, su refinamiento de goces y su estúpida elegancia de formas, ha reemplazado estos santos y puros goces, con otros que tan poco satisfacen al corazon, á la poesía del alma ni á la conciencia? ¡Porque despreciando esta felicidad que Dios nos brinda y enseña, ha concebido otra facticia, que con sus anhelos por lo irrealizàble, osa echar el desprestigio sobre aquella que nuestro destino, Dios y la razon nos señalan! ¿Cuando comprenderémos que lo ideal no se debe buscar en los aires, en un globo sin direccion y sin rumbo, llevado al soplo de las pasiones; sino que el que nos debe servir de norma y de anhelo, está bajo nuestra mano, como flores con que Dios siembra la senda que nos ha trazado! ¡Cuando se convencerán los poétas, esos

ruiseñores que cantan y nos alegran en los dias claros, y nos consuelan en las noches mústias de que se compone nuestra existencia, que mientras exalten, exageren é idealicen las pasiones del hombre podrán agradarle y lucirse; pero que no contribuirán, como deberian hacerlo, á su bienestar y á su mejora!

No es decir por eso que no existan las pasiones. Ellas en lo moral, así como las calenturas en lo físico, son males de la humanidad que no llegan á destruir ni los esfuerzos de los moralistas, ni los trabajos de la medicina; y seria difícil,—á no escribir un idilio,—el pintar escenas de la vida humana sin que en ellas, tarde ó temprano, ocupasen un lugar. Pero la mala y extraviada propension está,—á nuestro entender,—en graduar de bello, noble ó interesante, el estado en que nos ponen; y aun es peor el craso error que las pinta como propias de almas superiores. Las almas superiores las moderan si son buenas; las vencen, si son malas.

Venia hácia el pueblo de Rota, una suave tarde de verano, un anciano montado en su burra. Seguíanle dos mozos bien parecidos, morenos y airosos, llevando sus azadas al hombro. Ya cerca de su casa, vieron venir á un niño de cinco años que traía á remolque una niña de tres, sofocado y colorado con los esfuerzos que hacia para apresurar la marcha aun vacilante de su hermanita. Paróse el ginete, y el mayor de los mozos, cogiendo á los niños, que eran sus sobrinos, colocó el uno al

lado derecho, y el otro al lado izquierdo del anciano; hecho lo cual, la burra, sin recibir aviso, volvió á emprender su pausada marcha hasta llegar á una casa, á cuya puerta se paró sin ser necesario que resonase el *¡soo!* en sus orejas gachas.

Antes de entrar en esta casa, que pertenecia al anciano ginete, es preciso describirla y dar cuenta de quiénes eran sus moradores.

Entrábase al atravesar la casa-puerta en un gran patio entrelargo, empedrado de menudos chinos: á la derecha tenia un gran arriate en que se aglomeraban tantas flores, arbustos y enredaderas, que parecia un congreso de plantas; á la izquierda lo cubria un espeso emparrado, del cual colgaban racimos colosales; al frente estaban las puertas de la cocina, cuadra y corral, y una escalera maciza de ladrillo sin techar, que llevaba á un sobrado ó desvan. A la derecha de la puerta de la calle, habia una salita y una alcoba; á la izquierda otra igual, á las que seguian unas cuantas habitaciones con salida al patio. Cerca de la cocina, y con ventana al corral, tenia otro cuartito tranquilo é independiente. Esta buena y desahogada casa,—á pesar de repetir su dueño, el tio Mateo Lopez, muy á menudo: «vecina, ni Santa Catalina,»—tenia todas cuantas podia contener. El partido de la izquierda lo vivia su dueño con su familia, inclusa su hija Catalina, casada con un yegüerizo, y madre de los niños que hemos visto venir á recibir á su Abuelo.

Tenia arrendado en seis reales al mes el sobrado á la viuda de un infeliz marinero que se habia ahogado, y habia dejado á su mujer enferma y con dos hijos, la que no se lo pagaba nunca; el tio Mateo tampoco le pedia los caidos, haciéndose esta buena y juiciosa reflexion:—si no tiene la *desdicháá* ¿cómo ha de pagar?

El cuarto inmediato á la cocina se lo tenia dado de valde á un pobre fraile desde la exclaustracion. La sala de la derecha se la tenia arrendada en diez reales á un carabinero y su mujer; y estos eran los únicos que pagaban.

El carabinero era un excelente hombre llamado Canuto, y á nadie le venia mejor el nombre, porque no se dió nunca hombre mas flaco, mas tieso ni mas vacío. Habia sido soldado, y siempre un soldado grave, sério y de pocas palabras; pero desde que era carabinero, esto es, hombre de confianza del Gobierno, habia llegado su gravedad á lo inmutable de la de un Caton de mármol.

Señor Canuto, que no habia tenido desde que nació voluntad propia, era el mas celoso de su autoridad, y no se mudaba chaleco sin preguntar á su mujer cuál era el que debia ponerse. Habia sido cincuenta años atrás, blanco y rubio; mas el pícaro del tiempo y los malvados trabajos, no habian dejado por vestigios de estas dos ventajas, sino unos bigotes que parecian dos estropajos. Pero su mujer decia que habia sido su marido mas blanco que

una azucena y mas rubio que unas candelas, y que aun á la presente, en sus espaldas se podia escribir como sobre un pliego de papel.

Pepa,—que así se llamaba su mujer,—era mucho mas jóven que él, y una de esas mujeres modelo, que tienen de suyo los mas bellos dotes para prestarlos y dedicarlos á sus maridos, más por amor que por deber; mejor dicho, por la fusion del amor y del deber: fusion tan dulce y santa, como sábia y admirable. Tienen talento para guiar á sus maridos y enmendar sus torpezas, cuando las hacen, haciéndolo de modo que les persuaden, así como á los demás, y á sí mismas, que son ellos los que aciertan y llevan razon; la prudencia para templarlos, sin que conozcan la intencion, como las Madres tienen sus cantos para dormir, distrayéndolos, á sus hijos: la resignacion, para inculcársela con la palabra y el ejemplo; el sumo órden y limpieza, para que estén ellos siempre bien atendidos, y vistan con lujo y primor; la condescendencia hasta ocultar el propio sacrificio, por no hacer parecer exigente al que los impone; y sobre todo, el apego, la abnegacion y el propio anonadamiento, á punto de que si nó fuese tan respetable su orígen, llegaría á ser ridículo cuando el marido no es acreedor á ello.

Señor Canuto casi nunca abria la boca; en lo que hacia muy bien. Pero cuando sucedia, era hablando lacónicamente por sentencias, y con gran

aplomo, persuadiéndose que todos los oidos eran tan benévolos como los de su mujer. Y en realidad en cuanto á los habitantes de la casa en que vivia, no se equivocaba del todo nuestro buen carabinero.

CAPITULO III.

El exclaustrado que habia recogido la excelente familia de Lopez, se llamaba el Padre Nolasco, y era un buen señor. No habia inventado la pólvora, ni la imprenta, ni era colaborador de ninguna enciclopedia; pero sabía lo que tenía que saber para el cumplimiento de sus funciones. Si le faltaba un algo de dignidad, sobrábale celo y conocimiento del pueblo, de sus costumbres y de su lenguaje para atraerlo á la senda del bien; lo que lograba alguna vez con un ¡caramba! dirigido á los mayores, y con un sosquin aplicado á los chicos. Como el instinto del pueblo es tan justo y perspicaz, por lo mismo que no tiene esa espuma de cultura—que no basta para penetrar, y sobra para extraviar—conocian que el Padre *no perdia la derechura*. Así es que le querian y veneraban, aunque á veces se reían de sus cosas.

Atento á esto, harémos una salvedad al mismo tiempo que una observacion; y es que hay dos clases de risas muy distintas, ó mejor dicho, contrapuestas; la risa benévola y la risa despreciativa: la primera es dulce, alegre é inofensiva; la segunda es amarga, poco alegre y zahiriente. La primera nace de un corazon sano, como los claros borbotones de un manantial de aguas claras; la otra nace de un corazon duro y acerbo, y filtra como un licor corrosivo que quema y ennegrece cuanto toca. La una se corona de flores; la otra se reviste de púas. Inútil es añadir que la que inspiraba *las cosas* del buen Padre, que era queridísimo de todos, era la primera.

El Padre Nolasco estaba un poco sordo, lo que le hacía trabucar á veces las cosas que le decian. Por lo cual solia acontecer que sus exhortaciones en el confesonario servian á dos fines; como tales, para el penitente; como pláticas, para el concurso. No podia darse un hombre mas sin hiel: sin que por eso dejase de tener su buena dósis de malicia; que no se la pegaba tan fácilmente el que queria engañarle. Nunca tampoco se vió otro mas franco y verídico; lo que hacía que, sin gastar tono de superioridad ni ménos tener agrior, decía á cada cual, cuando le parecia, que iba errado y obraba mal, sin que nadie se ofendiese por eso.

En cuanto al exterior, parecía el Padre Nolasco una de esas caritas de goma elástica que se hubiese

estirado cuanto daba de sí á lo larga; tenia larga y angosta la cabeza; larga la nariz, larga la barba, los dientes largos, los brazos y las manos largas, y largas las piernas y los pies. Vestía desde la exclaustracion una chaqueta, un chaleco, y unos pantalones negros de cúbica, que le habian sido dados de limosna por un favorecedor venido de América, llamado D. Marcelino Toro; cuyas ropas, á fuerza de servir y ser cepilladas por su buena patrona, habian adquirido un brillo que las hacia aparecer de hule.

El Padre Nolasco, aunque contaba mas de setenta años, era ágil; y á excepcion de algunos flatos que se curaba con *la thé*, gozaba de buena salud, gracias quizá á su frugalidad y á la sencillez de sus alimentos. La hermana de su favorecedor Doña Braulia Toro, le regalaba cada mes dos libras de chocolate de á treinta cuartos, el que con unas tostaditas secas, componia sus almuerzos. Su compadre el rico Tio Gil Piñones, le regalaba garbanzos porque enseñara á sus hijos á ayudar á misa; y aquellos, con media cuarta de carne y con media onza de tocino que le daba el serrano porque le escribiera sus cartas, formaban el puchero que comia los trescientos sesenta y cinco dias del año, del que guardaba una taza de caldo para cenar, y otra daba á la pobre viuda que vivia en el sobrado.

Por decontado el Padre Nolasco tuteaba á cuan-

tos habian nacido en el siglo de las luces. Un dia el medico que era un jóven que la echaba de importante, le hizo notar que esa libertad que se tomaba, era contra la dignidad del hombre.

—¡Dignidad del hombre! contestó el Padre Nolasco; eso han sacado ahora. ¡Vaya! ¡Dignidad en las palabras, é indignidad en los hechos! ¡Con que tutéo á mi Seráfico Padre San Francisco; é iria yo á darle Mercé ó Señoría á un barbilampiño como tú! Anda, cura tabardillos, y no me lo dés á mí; que no me he de poner al uso del dia; que está ya el alcacer duro para pitos; estás?

Pero con quien sostenía el Padre Nolasco una hostilidad perenne, era con el hijo de la pobre viuda, gracioso, vivo, bonito y simpático muchacho de doce años, que queria ser marinero, contra la voluntad de su Madre. Esta, que habia perdido á su marido en un naufragio, se estremecia con la idéa de que se embarcase su hijo; y habia acudido al Padre Nolasco, á fin de que le prestase su auxilio para disuadir al niño de su intento. Pero este habia sido ineficaz; mientras mas le habia encomiado el Padre las prerogativas de la tierra firme, y las ventajas de la vida sosegada, más se habia entusiasmado el aventurero muchacho por los azares del mar, y por los largos viages sobre las inseguras olas. El Padre Nolasco en venganza le habia puesto por nombre *Montevideo*; ya sabemos que para ciertas gentes se encierran los largos viages

de mar en el de América, y que para ellos el *Finisterre* es Montevideo.

—No irás á la mar, no, le decia el buen Padre.

—¿Y porqué no, Señor? respondia con una sonrisa tan alegre como dulce Tomasillo; sonrisa que era peculiar á él y á su hermana, en la que se unian la alegría y la dulzura, como se unen en el sol el brillo y el calor.

—Porque la mar es enemiga del hombre; bien lo sabes; y que en ella murió tu Padre. Así es que no sé, testarudo, como tienes valor de embarcarte.

—¿Y el Padre de Vd., Padre Nolasco, dónde murió? preguntó Tomasillo.

—¡Toma! en la cama muy descansado, respondió el Padre.

—¿Pues cómo tiene Vd. valor de acostarse en una cama, Padre Nolasco?

—No me vengas con entraditas de pollo inglés, Tomasillo. Bien sabes que de diez que van á la mar, se ahogan nueve en la flor de su vida, y mueren sin confesion; lo que á tí que eres mas malo que ninguno, le vendrá peor que á ninguno tambien. Si dejas esta por otra, el mal ha de ser para tí, pues en lo demas poco se pierde; para tí digo, y para tu pobre Madre que te ha de sentir, como que te parió. Y que es preciso que tú la mantengas.

—Pues, ¿qué quiere Vd., Padre Nolasco? que vuelva yo á andar como anduve á principio de verano por las recortas del manchon del tio Mateo,

con un cencerro en la mano ahuyentando pájaros, con la cantilena:

Al agua patos,
Que se comen el trigo los gurupatos?

—¡Vaya! ¿Pues qué peligro hay en eso?

—A mí me gusta el peligro, Padre Nolasco.

—Calla, pez volante; que quien ama el peligro. en él perece. Hablé con mi compadre tio Gil Piñones, y me dijo que te tomaria de porquero.

—Que no voy; ¿qué? ¿habia yo de guardar puercos?—Que los guarde su amo.

—¿Con que no quieres trabajar, so malandron? ¿no quieres ser hombre de bién y ayudar á la pobre de tu Madre? dí, libertino?

—Si Señor, si Señor! Pero no quiero ser *espachurra terrones*, ni pasar mi vida en mi casa como *caracol burgado*. Si me muero... tanto me da!—Pero no quiero que me llamen tomatero, eso no.

—Y mejor será que te llamen Montevideo, ó bien:

Que te llamen pocas penas,
Pariente de mala gana,
Y por apellido tengas
A mí no se me dá nada!

Ya verémos si vas al cortijo del compadre Tio Gil Piñones. Yo en propia persona te voy á llevar; y si te repercutes, te llevo cojido de una oreja.

¡Vaya!.... ¡despues de los pasos que he tenido que dar y del empeño que he puesto!.... ¿Cuándo te podias tú figurar, peje-sapo, que habias de llegar á ser porquero del compadre Gil Piñones? Con que ya te puedes alistar para mañana con la fresca, coger la vereda.

A la mañana siguiente el chiquillo se escapó, se metió en una barca, y no hubo quien de allí le sacase. Como era tan bonito, tan alegre, tan dispuesto y tan simpático, le hizo gracia al patron, que le conservó en su barca, y á la sazon habia ascendido á la dignidad de *cuarteron*, nombre que dan á los muchachos ya enseñados y que alcanzan estipendio, por ganar la cuarta parte de lo que gana un hombre.

—Montevideo, le dijo el Padre Nolasco cuando le volvió á ver;—eres como las piñas de la Rápita que estuvieron siete años dándoles golpes, y el primer piñon les saltó un ojo.

—Padre Nolasco, respondió Tomasillo, «tres cosas hacen al hombre medrar; ciencia, mar, y Casa Real.»

CAPITULO IV.

Despues que hubieron cenado, se reunieron todos los vecinos de la casa en la puerta de la calle, ménos la pobre viuda, á quien sus males y sus quehaceres retenian en el sobrado.

En un banco á la derecha se sentaron el Padre Nolasco, el Señor Canuto, á quien no tocaba la guardia en los puestos aquella noche, y el tio Mateo. Entre sus rodillas estaba su nietecito, que tenia extendidos sus brazos sobre los muslos de su Abuelo.

—Tio Mateo, le decia Pepa, hasta el suelo se le cae á Vd. la baba con ese chiquillo.

—Verdad es, contestaba el tio Mateo, que era zumbon. No lo puedo negar: tira la sangre; y que, hijo de mi hija, ser mi nieto; hijo de mi hijo, no saberlo.

En el banco de la izquierda se sentaron, Estéban que era el mayor de los dos hermanos que hemos visto volver con su Padre del campo, y

contaba veinte años; su hermano Lorenzo que contaba diez y ocho, y al lado de ellos María Dolores, la linda hija de la pobre viuda, á quien todos querian con extremo, lo mismo que á su hermano. Así era, que cuando el tio Mateo decia:

—¡Qué hechizo tiene ese Tomasillo! Es más alegre que un fandango: se acuesta y levanta cantando como los pájaros,—respondia la tia Melchora su mujer.—Verdad es. Pero... ¿y María Dolores? ¡qué ángel tiene! Esa se acuesta y se levanta como los serafines, alabando á Dios!

Contaba Dolores catorce años, edad en que se abrazan la niñez y la juventud en tan estrecha union, que necesitan á veces los años llamar las lágrimas en su auxilio para separarlas.

La tia Melchora estaba sentada en el escalon de la puerta de la calle, y junto á ella su nietecita, que habia dejado caer su cabeza en la falda de su Abuela, y sin soltar de su mano un racimo de uvas, se habia quedado dormida como una pequeña Bacante.

Pepa la carabinera y Catalina, la Madre de los niños, que estaban estrechamente unidas, por lo que á estos queria Pepa, habian traido sillas bajas y estaban sentadas de frente. Catalina tenia dormido en sus brazos al hijo mas pequeño, al que criaba.

—Paréceme que quiere llover, dijo el carabinero; que apunta el levante, y por este tiempo siempre que viene el levante echa agua. ¿Qué le parece á Vd., tio Mateo?

—Que no dice Vd. malamente, respondió éste: hoy es jueves, dia de señal como el domingo; y en acostándose en estos dias de señal el rubio entre cortinas, mudanza de tiempo.

—¿Te vienes, Lorenzo? dijo Esteban á su hermano, al que quería con ternura; es sábado, los mozos tienen una guitarra y una fiesta armada.

—No voy, contestó lacónicamente Lorenzo, que era desabrido.

—Pues no vengas, repuso Esteban, así como así por todo armas camorras. Con que más vale que no vengas: siempre estás que parece que te deben y no te pagan. ¿Te duele algo?

—La cabeza, de oirte.

—¡Pues hijo, con Dios! al que le duela la muela que rabie, ó se la eche afuera.

Esteban se alejó.

—¿Porqué no vás? le preguntó Dolores.

—Porque me gusta más quedarme aquí.

—¿Porqué?

—Qué sé yo!

—Pues si yo pudiese ir donde hubiese guitarra, no me quedaba yo aquí, no.

—¡Si tú hubieses estado cavando todo el dia!....

—¡Quita allá, flojon! ¿no lo han estado los otros lo mismo que tú?

—¡Los otros! los otros no van por la guitarra, que van por la novia.

—¿Y tú no tienes novia, Lorenzo?

—Yo no, respondió en tono brusco el muchacho. Mira, Dolores,—añadió despues de un rato,—desde ahora te digo que cuando me llegue á enamorar, ha de ser de tí! Y en mi vida de Dios he de tener mas novia que tú.

Dolores empezó á reirse en sonoras carcajadas.

—¿Te ries? preguntó muy picado Lorenzo.

—¡Pues no me he de reir! ¡tú mi novio! ¡ay qué reidero!

—Pues no siempre ha de ser para tí un reidero. Porqué en siendo tu novio, te he de poner las peras á cuarto; y no has de estar siempre riéndote como Juanilla la tonta.

—Es que no seré tu novia, dijo con decision Dolores.

—¿Que nó? ya veremos!... Aunque no quieras, lo has de ser.

—Que nó.

—Que sí.

—Que nó.

—Que sí.

—¡Que nó, ea! exclamó medio llorando la niña.

Oyóse entónces una alegre y clara voz que venia cantando:

¡Bendito sea Dios, Madre,
Que ya pareció el perdido!
Que no se puede perder
Pájaro que tiene nido.

—Ese es mi Tomás, dijo Dolores con júbilo, corriendo al encuentro del que cantaba.

—Buenas noches, Señores, dijo Tomás, que traia un canasto con pescado.

—Dios te las dé muy buenas, hijo.

—Tia Melchora, aquí tiene Vd. un rape (1) que sé que le ha de gustar para hacer sopa. Señá Pepa, tome Vd. estos salmonetes. Padre Nolasco, tome Vd. estas pescadillas para cenar, dijo el niño repartiendo casi todo el pescado que traia.

—¡Qué! ¿ya estás de vuelta, Montevideo? Vaya que pronto has venido! andas más que una mala noticia; ¿qué dices? dijo el Padre Nolasco.

—Que tome Vd. estas pescadillas para cenar, Padre, gritó Tomasillo.

—No, no, no quiero sino mi sopa; que en mis años vale más caldo de carne, que carne de pescado.

—Dios te lo pague, Tomasillo, dijo la tia Melchora.

—Gracias, añadió Pepa.

—No hay de qué darlas; quien esto dá, diera cosa mejor si la tuviese, respondió el cuarteron.

—¿Has estado lejos, Tomasillo? preguntó el tio Mateo.

(1) El *rape*, el *salmonete* y la *pescadilla* son pescados comunes; pero que se aprecian mucho, y con razon, en aquella costa.

(*N. del E.*)

—¡Jesus! Hasta Gibraltar, que es tierra de ingleses.

—¡Pues qué! ¿has estado en Ingalaterra? preguntó Catalina.

—No, que el Peñon es de España, y es de los ingleses; y eso es como si dijese Vd. que mi mano era suya. ¿No es verdad, Padre Nonasco?

—Chiquillo, dijo la tia Melchora, no se dice Nonasco, que se dice Nolasco! te lo he dicho más de treinta veces.

—Nonasco; así le dicen en Cádiz, qué es gente pulida. ¿No es verdad, Señor Canuto?

El grave y callado carabinero obligado á contestar á esa pregunta directa, respondió en voz hueca:

—No se dice Nonasco.

—¿Lo vés?

—Ni tampoco Nolasco.

—¿Lo ve Vd?

—¿Pues cómo se dice?

—Se dice Nonato.

—¡Qué! Señor, ese es San Ramon, observó la tia Melchora.

—Es que los dos llevan un mismo apellido, repuso con aplomo el Señor Canuto.

—Cuando Señor Canuto lo dice, verdad será; pues sabe su mercé mas que *Seeneca*, dijo Catalina.

—¡Oiga! ¿y quién es *Seeneca*? preguntó el cuarteron.

—¡Qué se yo! contestó la yegüeriza, será un abogado.

—Padre Nolasco, gritó el marinerillo, dígame Vd., quién es *Seeneca*?

—¿Rebeca? respondió el Padre que no oyó bien; es una pastora de las de Belen.

—No pregunto eso, contestó el cuarteron, sino ¿quién es *Seeneca*?

—No lo sé, contestó el buen Señor; ese santo no está ni en el añalejo, ni en el martirologio.

—Señor Canuto, prosiguió preguntando Tomasillo, sáqueme Vd. de curiosidad, y dígame quién es *Seeneca*, que esto pica en misterio.

—*Seeneca*, respondió con todo aplomo el carabinero, es un sábio de los moros, que ayuda y guia á su Rey, como por acá el Papa al nuestro.

—¡Vaya! no sabia yo eso, dijo su mujer. Aunque siempre he oido decir que los moros saben mucho,

—¡Como que encierran á las mujeres! mire usted si serán avisados, observó el tio Mateo; ¿no es *asina*, Padre Nolasco?

—¡Por supuesto! contestó este; la mujer honrada, la puerta cerrada. Pero hoy dia son mas callejeras que el humo, que siempre está buscando por donde salir.

—Toda la vida de Dios ha sido *asina*, Padre Nolasco, dijo el tio Mateo. Oye cuarteron, prosiguió, ¿has visto por esas mares anchas á la Sirenita del mar?

—Yo no; lo que querrá Vd. decir son tiburones ó *geifines*, tio Mateo.

—No, no, intervino la tia Melchora. La Sirenita es una muchacha muy sin vergüenza, que andaba por esas playas enamorando á los marineros con su buen parecer y sus cantos, hasta que su Padre la maldijo, deseando que se volviese pez; y así sucedió, volviéndose pescado de medio cuerpo abajo. Metióse avergonzada en la mar, y se fué lejos por sus centros, en los que canta siempre como en las playas hacía, para atraer á los hombres á su perdicion. Y así es que dice la copla:

La Sirenita del mar
Es una pulida dama;
Por maldecirla su Padre,
La tiene Dios en el agua. (1)

—¿No sabías, Tomasillo, que cuando saltan los Delfines y cantan las Sirenas, es señal de tempestad y presagio de naufragio?

—Yo no, señora, no he oido mas que los ronquíos de la corbina. Esa Sirena será pez de otras mares, digo yo. Ea, voy á ver á Madre, y á decirla que me embarco de *gurumete* en una fragata tamaña como el castillo.

(1) Y cate Vd. la Sirena mitológica hecha cristiana por el pueblo!

—¡Muchacho! ¿y dónde vas? exclamaron todos.

—A lo más remontao de la América.

—¡Jesus! volvieron á exclamar todos.

—¿Qué dicen? preguntó el Padre Nolasco.

El tio Mateo se lo dijo en recia voz.

—¡No lo dije! exclamó el Padre Nolasco, á las Indias, á Montevideo! ¡Si no habia de parar hasta lograrlo, ese atronado, mas aturdido que unas carnestolendas! ¡Mire Vd. que dejar de ser porquero del compadre Gil Piñones, para ir á ser pasto de peces!... ¿se podrá creer?...

—Dejar nuestra madre la tierra por esa *madrastra* la mar! dijo la tia Melchora.

—Señora, el dinero no se gana tendido. Y yo quiero ganar dinero mucho y aprisa, para que mi pobre Madre tenga la vejez descansada, respondió el cuarteron.

—Tomasillo, el que quiere ser rico en un año, al medio le ahorcan, observó el tio Mateo.

—¡Ay, Dios mio! dijo echándose á llorar Dolores, ¡hermano de mi alma, no te vayas tan léjos por esos mares, sepulturas de cristianos!

—Calla, calla, *Dolorsiya*, que voy á volver como Don Marcelino, con mucho oro.

—Sí, del que depone el moro, murmuró Lorenzo.

—A Madre le voy á traer una caja de azúcar para sus jarabes; á tí un loro, y al P. Nolasco un negrito para que le ayude la misa.

—Déjate de negrítos, repuso el P. Nolasco, y acuérdate que quien ama el peligro, en él perece. Pero á unos no basta el arre, ni á otros el só!

—Padre Nolasco, la glória y el dinero son para quien los gana.

—¡Sí! ¿y si para lograrlos pierdes la vida ó la salud?... ¿y si no vuelves?

—Volveré, sí, señor, ¡volveré!... con salud y con pesetas; que es salud completa!—repuso alegremente el cuarteron entrándose á ver á su Madre.

CAPITULO V.

Nada pudieron sobre el emprendedor y decidido muchacho, las reflexiones de sus amigos, ni las súplicas y lágrimas de su Madre y hermana.

—Quien no se arriesga, respondía, no pasa la mar. ¿No sabe Vd. que dice la copla:

> Si no te ha dado tu suerte
> Un mayorazgo en España,
> Embárcate en un jabeque,
> Y pásate á la otra banda.

Tomás partió. No hay pinceles que pinten, ni palabras que expliquen la afliccion de su pobre Madre, cuya vida entre el dolor de lo pasado y la angustia de lo presente, se extinguia, como la de la encina que estuviese á un tiempo herida de un rayo y roida de un gusano. Así pasó un año.

Un dia entró en casa de la pobre viuda un pilo-

to, antiguo conocido de su marido. Este hombre traia una carta; esa carta era dictada por Tomás, y fechada del famoso Montevideo.

Escribia más alegre que nunca; decia que habia hecho un viaje de damas; que estaba tan contento como el pez en el agua; que habia crecido media vara, y que volveria con el mismo barco y el mismo capitan, que le queria mucho. Desde aquel dia la viuda no faltó uno, en ir á la playa y recorrer con la vista, la desierta y brillante extension azul, en la que habia de dibujarse como un aro de perlas que engasta un brillante, la fragata que le traia á su hijo. Habian querido disuadirla, porque esos inútiles viajes dañaban á su debilitada salud; pero fué en vano! Cuando la realidad niega toda felicidad, el corazon se ase á una ilusion... y no la suelta; pues solo por ella vive! Pero pasaban los dias, las olas, y las nubes... ¡y Tomás no volvia!

Era una noche del equinoccio. Partía el brillante y luminoso verano, dejando la tierra seca y agostada; y llegaba el frio y severo invierno á reanimarla sacudiéndola con sus huracanes, y á fertilizarla con sus claras aguas. Anunciábase con un temporal estrepitoso, que todo lo conmovia..... ¡hasta los ánimos!

¡Oh! ¡cuán dichosa es aquella familia, que en semejantes noches se reune completa alrededor de la lumbre, y que despues de dar gracias á Dios por tamaño beneficio, cruza sus manos y ruega por

los que sufren ó peligran; pagando así su tributo á los lejanos y desconocidos sufrimientos de nuestros semejantes!

No era este el caso en que se encontraba la infeliz viuda. El hijo que idolatraba, se hallaba embarcado, y cada ráfaga de vendaval arrancaba á sus ojos sus últimas lágrimas, como á los árboles sus últimas hojas ¡y levantaba olas de angustias en su corazon, como olas amargas en el seno del mar! En este estado de congoja habia pasado la noche; por la mañana, no se hallaba capaz de levantarse. Su hija, despues de traerle la taza de sopas que le hacía guardar el P. Nolasco de su pobre puchero, se fué á escoger trigo en casa de una rica panadera.

El P. Nolasco hacía aquella obra de caridad sin graduarla de tal. Y como en otra ocasion hemos dicho, que ver sufrir injusticias sin graduarlas de tales, enternece profundamente, decimos lo mismo en cuanto á las obras de caridad, que se hacen sin conceptuarlas así. Sufrir lo injusto sin necesitar resignacion, y hacer buenas obras sin sensibilizarse, son—mirándolo reflexivamente,—la perfeccion en ambos géneros; esto es, conformarse, sin que ayude la fuerza de la virtud; hacer bien, sin el arrastre de un corazon impresionable; andar derecho sin báculo; caminar al fin sin brújula. Es hacer uno su deber, como canta el pájaro y como embalsama la flor.

Apenas se halló sola la pobre viuda, cuando no dejándole sosiego su angustia, se levantó, y se fué á la playa.

¿Quién no ha visto con terrorífica admiracion el espectáculo grandioso del Océano, cuando á la vez lo arrojan sobre las playas los vientos, la maréa, y el empuje que unas de otras reciben sus inmensas olas, que como dice Shakespeare, se levantan rizando sus monstruosas cabezas? ¿Quién no ha creido ver vibrar su ira en la vacilante hinchazon de sus olas, y oirla en su hondo mugir de acosada fiera? ¿Quién no se ha estremecido al considerar su poderío que en la tierra nada contraresta? ¿Quién al mirar morir una ola en la playa, y seguirla tan luego otra mayor, no le ha comparado á aquella hidra fabulosa, que ninguna pérdida disminuia, ninguna derrota debilitaba? El horizonte parecia cerrado con un muro de lluvia; la que empujada por el viento, formaba sesgadas líneas entre las que desaparecian Cádiz y su faro, como si borrarlo intentase del gran mapa del mundo la poderosa mano del temporal. El peso de las nubes les robaba su ligero vuelo y airosas formas, y caian de prisa como todo lo que desciende.

La pobre viuda parada en la playa, azotada por el huracan que pegaba sus pobres ropas á su demagrado cuerpo, miraba al mar, y nada veia sino esa gran convulsion de la naturaleza, entre la cual habia desaparecido todo sér viviente, como barri-

do por las ráfagas, á las que aquella débil mujer resistía! Como si su amor de Madre la prestase sus últimas fuerzas! Así era que no se movia, creyendo distinguir en cada cresta espumosa con que se coronaban las olas, las blancas velas de un barco que buscase el puerto.

CAPITULO VI.

Aquella tarde entró muy de prisa el señor Canuto en su casa, y hallando que su mujer habia salido, se sintió muy contrariado. Daba algunos pasos; se paraba, y se rascaba la oreja, formando una especie de gruñido impaciente.

—¿Qué trae Vd., señor Canuto? le preguntó la tia Melchora.

—Traigo... traigo un entripado, contestó el carabinero.

—¿Y qué es, señor? Pues Vd. no es de los que se descoyuntan por poca cosa.

—¡Es... es que me he hallado en la playa á una mujer muerta!

—¡Jesus, María! ¿Matada?

—No señora, muerta legítimamente, de muerte física. Pero no es eso lo peor, sino que esa mujer es su vecina de Vd., la tia Tomasa.

—¡María Santísima! Señor Canuto, ¿qué está Vd. diciendo?

—La verdad sin círculos madroños, tia Melchora. Y no es eso lo peor; sino que tengo que dar parte.

—Eso es lo de ménos, dijo echándose á llorar la tia Melchora.

—¡No es lo de menos, vaya! ¿le parece á Vd. que un parte es un buñuelo que se echa á freir? ¡Y Pepa que no está ahí! Me lo temí! añadió el carabinero viendo reunirse la familia y las vecinas, y oyendo sus voces de lástima y desconsuelo. Escriba Vd. un parte con esta liorna! Pocas veces hablo, y no hablo una que no me pese. ¿No habrias podido callar, Canuto, parlanchin del dianche? ¿no sabes que en la boca del discreto lo público es secreto?

Por fortuna entró en este momento su mujer, á la que pidió la llave, abriendo en seguida el cuarto en el que se encerró para escribir su parte (1).

(1) Este parte no es del caso en nuestra relacion; pero no queremos privar al lector de tan curioso y *auténtico* documento. Decia así:

«El susodicho que firma mas abajo, da parte á la autoridad del juez de esta *sudiá*, que en el punto de Torre Arenas, que se nombra, hay tendido á la larga el cadáver de una muger muerta del *too*, la que es una viuda sin marido y madre con hijos de esta vecindad; lo que hago saber á mis superiores para no pecar á sabiendas de mi ignorancia para conocimiento de la *dina* autoridá que manda estas tierras y sus *alreores*, y lo digo á V. S. para obsequio de la *umaniá*.»

El encargao
Canuto Micon.

—Para la pobre, dijo la tia Melchora, es una suerte haber dejado de sufrir! Y como era una santa y una mártir, buen zarpazo habrá dado en el cielo. ¡Dichosa ella!

—Y dice Vd. bien, tia Melchora: como que dicen los *autiores* que el castigo que ha dado Dios á Cain es el de no morir: unos dicen que está debajo de tierra, y otros que está en los cuernos de la luna, peró morir no puede. La muerte ha sido para la pobre Tomasa un premio.

—La ida de su hijo la acabó de hundir, dijo Catalina. A la que hay que compadecer es á la pobre de su hija.

—Señá Pepa,—dijo una de las vecinas.—Vd. que la quiere tanto y no tiene hijos, bien podria prohijarla.

Ya ese hermoso y caritativo pensamiento habia surgido en el corazon de aquella excelente muger; pero no pudiendo determinar por ella sola, ni queriendo demostrar un buen deseo que si no se llevaba á cabo, echaria sobre su marido toda la culpa de la negativa, contestó:

—La ayudaré en lo que pueda; pero eso de cargar con hijos agenos, es un cargo de los grandes. Y por lo mismo que es voluntario... tanto mas obligatorio. Dice el refran; brasa trae en el seno, quien cria hijo ageno.

—¿Y quién le dice á la pobre Dolores la muerte de su Madre? preguntó apurada Catalina.

—Se lo dirá el Padre Nolasco cuando vuelva de la Iglesia, contestó la tia Melchora. Siempre para estos casos apurados se cuenta con los Padres, y nunca se echan fuera.

Pepa habia entrado en el cuarto, en que halló á su marido cerrando el parte que laboriosamente habia escrito; luego salió para enviarlo con un propio al Juez del Puerto de Santa María, partido á que corresponde Rota.

—¿Sabe Vd. lo que decíamos?—le dijo la buena anciana.—Que á esa pobre niña que queda huérfana y desvalida le habia Dios de enviar un amparo, y ese podria ser Vd., pues Pepa la quiere mucho.

—¿Y Pepa qué ha dicho? preguntó el carabinero.

—Ha dicho que eso de cargar con hijos agenos, era un cargo de los grandes; pero si Vd. quisiera...

—¡Yo querer!!! exclamó el carabinero abriendo unos fieros ojos; ¡no valia mas!.. ¿Soy yo algun mayorazgo de los millonarios para meterme á amparar huérfanos como la Reina? Vaya, tia Melchora, tiene Vd. unas cosas... que son *cosazas*. Sepa Usted que dice la sentencia:

Ni fies ni desconfies,
Ni hijos agenos cries;
Ni pongas viña, ni domes potros,
Ni tu muger enseñes á otros.

Diciendo esto se entró el carabinero con aire terrible en su cuarto.

—Con qué... Canuto, ¿no respiraba ya la pobrecita cuando la hallaste? le preguntó llorando su mujer.

—Tan muerta estaba como si hubiese estado tres dias en la playa; y la maréa que subia, le mojaba ya los pies.

—¡Pobrecita! ¡pobrecita! ¡si siquiera antes de morir te hubiese visto, tú que eras una cara amiga!

—¡Verdad es, mujer!

—¡Si siquiera hubieses podido dulcificarle sus últimos momentos diciéndole: muera Vd. descansada que yo me hago cargo de su hija, y le diré á Pepa que cuide de la pobre Dolores!

—Dices bien, mujer, repuso el carabinero, cuyo aire fiero habia sido reemplazado por un aire compunjido al ver llorar á su mujer.

—¡Qué dolor, hombre, que no diese tiempo á que hicieses esa buena obra, tan propia de tus buenas entrañas!

—Pero, mujer, ¿no dijíste tú á la tia Melchora, que hijos agenos eran cargo de los grandes?

—Y no me desdigo. Pero no he dicho que yo los huyese; y más teniendo presente la máxima de Dios que dice: amparáos los unos á los otros. Y más te digo; y es que me habia de alegrar que lo hubieses hecho. ¡Bien sabes que siempre he deseado tener una hija! Dios no nos la ha dado, quizás porque nos tenia destinada á esa desgraciada.

—Pues me parece que sería una obra buena,

Pepa; y todavía estamos á tiempo. Sí, sí, me parece bien; te ayudará, y así podrás tú descansar.

—Por eso no lo hagas, Canuto; pero hazlo por caridad; que quien bien hace, para sí hace. Si yo fuese tú, iria á cuidar de que á la pobre ahogada la recogiesen y llevasen á la Iglesia, donde se ponga con decoro y con sus blandones, pues la pobrecilla no tiene á nadie propio que cuide de eso.

El carabinero se encasquetó su morrion de hule, salió al patio, y dijo á la tia Melchora con prosopopeya:

—Tia Melchora, yo me hago cargo de la niña; que Dios dice: amparáos los unos á los otros, y esa niña podrá ayudar á mi Pepa.

—¿Pues no dijo ella que no? repuso atónitá la buena mujer.

—Yo mando en mi casa, tia Melchora, y mi Pepa no tiene mas voluntad que la mia. ¿Ahora se desayuna Vd. con eso?

Diciendo esto salió el señor Canuto á paso de marcha Real.

Entró á poco el Padre Nolasco, á quien fué referido todo lo que habia pasado.

El Padre Nolasco tenia esa impasibilidad, tan apreciable y útil en los cirujanos para las dolencias del cuerpo, como en los sacerdotes para las dolencias del alma. Bien sea esta originada en hombres superiores por una gran fuerza y elevacion de alma, ó en los adocenados, por la costumbre de su

triste mision, esta impasibilidad es inapreciable, y dá muy benéficos resultados.

—¡Anda con Dios!—dijo el buen Padre, cuando de todo estuvo enterado:—hoy tú, mañana yo, todos tenemos que andar ese camino. No es lo peor que se haya muerto; sino que haya sido sin los sacramentos, como un moro de Berbería. Pero aquella pobrecita era una justa, y no ha de ir donde van los perversos, no.

Oyeron entónces á Dolores, que volvia de en casa de la panadera de escoger trigo, y que llegaba cantando alegremente.

—Dios les dé á Vds. buenas tardes. Padre Nolasco, la mano, dijo al entrar, y levantando la cara, como viese cerrada la puerta del sobrado, añadió:

—¿Y Madre? ¿acaso ha salido?

La niña miró con ojos asombrados á las mujeres allí reunidas, que solo con lágrimas contestaron á su pregunta.

—Pero..... ¿qué hay? preguntó con ahogada voz.

Nadie contestó.

Entónces pareció que toda la sangre agolpada en su corazon, le impedia latir y la sofocaba.

—¡Mi Madre! ¡mi Madre! ¿Dónde está mi Madre? gritó al fin.

—Tu Madre está donde todos quisiéramos estar, dijo el Padre Nolasco. Ya eso no tiene remedio; con que así....... á encomendarla á Dios como buena hija y buena cristiana. Lo demás no es sino faltar

á la santa conformidad que es nuestro Cirinéo.

Dolores dió un agudo grito, y se precipitó hácia la escalera.

Catalina y Pepa corrieron tras ella, y la agarraron por los brazos diciéndola:

—No está allí, hija, no está allí.

—¡No está allí! dijo fuera de sí la pobre huérfana; ¡no está allí! ¿pues dónde está?

—En la Iglesia.

La niña se desprendió de las manos que la sujetaban, y se arrojó hácia la puerta de la calle.

Catalina y Pepa la siguieron.

—¡No detenerme! ¡no sujetarme! gritaba la pobre niña haciendo esfuerzos por desasirse de las manos que la sujetaban; ¡quiero verla! ¡quiero ver á la Madre de mi alma!

—No vas; que te lo mando yo, que soy tu confesor, dijo acercándose el Padre Nolasco. ¡Pues qué! ¿quieres alborotar el pueblo y armar escándalo en la Iglesia? ¿Qué ibas á remediar con ir?—Vamos, hija, sosiégate; que todos hemos de morir, y la muerte no asusta sino á los malos.

Dolores cayó, prorumpiendo en gritos y sollozos, en brazos de Pepa y de Catalina, que la acostaron en la cama de esta última.

Pronto llegaron del campo el tio Mateo y sus hijos, á quienes la tia Melchora habia mandado avisar. Venian consternados: acercáronse á la cama en que yacia Dolores, que seguia gritando entre so-

llozos: —¡Quiero ir con mi Madre! ¡que me dejen ir con mi Madre! ¡Quiero verla; que despues que la entierren no podré más verla! ¿Quién tiene derecho para impedírmelo? ¡Mi Madre está sola, sola, en la Iglesia.... sin mas compaña que cuatro luces; sin más ruido que el del viento que sacude las ventanas; sin que vele más que la lechuza que está en el campanario! ¡Madre!..... ¡Madre! ¡yo quiero ver á mi Madre!

—No te aflijas, Dolores, que allá voy yo á velar á tu Madre, dijo Lorenzo.

—Y yo tambien, añadió Estéban.

—Dios y María Santísima, y todos los Santos del Cielo, os paguen esa santa obra de caridad, exclamó Dolores, que empezó á verter un nuevo torrente de lágrimas, pero cuya desasosegada desesperacion se mitigó, cayendo en seguida inerte y con los ojos cerrados sobre la almohada.

Al cabo de un cuarto de hora se alzó de repente, y apoyando ambas manos sobre su corazon, gimió con ahogada voz:

—¡Qué vá á ser de mí!!!

—Lo que de mí fuése, dijo Pepa abrazándola, porque no nos separarémos; que si una Madre has perdido, en mí hallarás quien procure hacer sus veces, hija mia.

Dolores echó sus brazos al rededor del cuello de Pepa con apasionada gratitud, sin poder expresarla más que con sus lágrimas!

CAPITULO VII.

Eran las doce de la noche. Un profundo silencio reinaba en el pueblo, solo interrumpido por el chapaletéo brusco y sonoro de las aguas del mar, empujadas por la creciente maréa contra las piedras y las rocas. Esparcíase la fria y pálida luz de la luna, como se esparce suave el eco de un lejano sonido; y el pueblo se habría asemejado á un relój parado, si de cuando en cuando no hubiese lanzado el gallo con descoco sus tres notas agudas como un *¡centinela, alerta!* dirigido á sus camaradas.

En el pátio de la casa del tio Mateo estaba un jóven reclinado contra una de las rejas que daban á él. Por el lado de adentro se veia el rostro de una linda jóven, el que cubierto exteriormente por la luz de la luna, é interiormente por una expresion

de tristeza, aparecia pálido y grave, con una mirada apagada y profunda, que le hacía asemejarse á la imágen de la Meditacion, que á un tiempo simbolizase un triste pasado y un triste porvenir.

El muchacho, al contrario, tenia el rostro sereno y enérgico del hombre de accion, la mirada fija y ardiente del hombre de fuertes pasiones, y la frente altanera del hombre indómito que no se deja arredrar, pero sí reta á todos los obstáculos con brutal arrogancia.

—¿No te lo decía yo? dijo el jóven; ¿no te lo decía, que habías de ser mi novia? Lo que yo quiero, ha de ser..... por la fuerza de mi voluntad! Tú te reias, ó te enfadabas.

—Entónces era yo una niña, Lorenzo, contestó ella.

—¡Entónces!! como quien dice há un siglo, y hay tres años.

—No sé el tiempo que hay. Lo que sí sé es que desde entónces dejé de ser niña, y que entónces hiciste tú una cosa que te ganó mi corazon, y te habria ganado ciento que hubiese tenido.

—Yo no quiero que me quieras por agradecimiento, Dolores; que ese amor es como deuda que se paga, y nó como don que se hace.

—Si el agua que bebes satisface la sed de tu corazon, ¿qué te importa el manantial de que brota?

—Impórtame: para saber su calidad.

—La calidad es buena, Lorenzo.

—Eso está por ver, que aun no se ha experimentado. No puedo remediarlo; pero no creo que me quieres.

—¿Porqué, criatura?

—Porque siempre estás triste; lo que prueba que mi amor no te satisface.

—Mira, Lorenzo, que un amor que á todos los demás borra, no es de buen metal; y que un corazon sin memoria, nunca es firme en el querer.

—Es que tampoco será de buen metal el que por lo que ya pasó, olvide lo presente, Dolores; y tú te gozas en tus recuerdos, como hacerlo debieras en tus esperanzas, si bien me quisieras.

—¡Ojalá y pudiese borrar de mi memoria el cuadro que en ella encuentro á todas horas! Este cuadro es el de mi Madre de mi alma, agonizando sola y desamparada sobre la dura y fria arena del mar, sin oir otros auxilios que los bramidos de sus olas que se acercaban cada vez más, cada una adelantando á la otra; y mojando sus piés; de manera, que moriría más de angustia que de sus males! ¡Y yo, que no estaba allí!!! ¡Yo que no la ví despues de muerta!!! Eso, Lorenzo, son dos clavos que me atraviesan el corazon, y que nada puede arrancar de la llaga! De mi gente soló me queda el hermano de mi alma; y ¡Dios sabe si la mar, que no pudo hacer presa de mi Madre, se vengue en hacerla de su hijo, como la hizo ya de mi Padre! ¿Cómo he de estar alegre, ni olvidar?

—Por esa cuenta, como que todos tenemos difuntos, no debería nadie quitarse el luto.

—¡Verdad es! dijo suspirando Dolores.

—Pues entónces, ¿á qué crió Dios los colores, me querrás decir?

—Para los niños, los pájaros y las flores, Lorenzo; contestó ella apoyando su frente en la reja.

—María Dolores, dijo Lorenzo con aspereza; quien tanto ama á los muertos y á los ausentes, poco cariño puede quedarle para los presentes.

—¡Te engañas, Lorenzo! Que el mismo sol que dá vida al ciprés, se la dá tambien á la rosa. Pero, créme, tu desconfianza ha de ser la hiel que amargue tu vida y la mia.

—La desconfianza no la teme ni la moteja sino aquel á quien le estorba.

—Yo no la temo pero me avergüenza, como al hombre honrado que le registran, ni más ni ménos que al contrabandista.

—Y ¿sabes porqué es eso? Porque muchos, sin ser contrabandistas, hacen contrabando.

—¡Y habia yo de hacer contrabando, Lorenzo! preguntó ella con dulce reconvencion.

—Dice el P. Nolasco, que las mujeres mienten sin querer mentir, y engañan sin otro fin que engañar.

—Lo dice de las malas; pero no lo dirá de mí.

—Yá; cómo lo ha de decir de tí, si eres su ojito derecho!.. Quien tiene al Padre Alcalde, seguro va á juicio.

—Pues si el P. Nolasco, que es desamoretado y no es de los blandos, me fia, razon llevará. Y ¿siempre has de ser así, Lorenzo?

—¡Siempre! á no volver á parirme mi Madre.

—Mira que llevar constantemente un judío en el cuerpo, es un mal; y que del mal que el hombre tiene, de ese muere.

—Y tú sábete, que lo que hay que esperar de la mar es la sal, y de las mujeres mucho mal; y la mujer hoy la hallas, y mañana la encontrarás falla.

—¡Quiera Dios, que siempre lleven todos con la paciencia que yo tus malos juicios, Lorenzo!

Apegada por su exaltada gratitud, sufrida por su dulce índole, esclavizada por el despotismo de Lorenzo, Dolores inauguraba así una vida, como se hallan muchas entre las santas esposas y madres del pueblo.

A los pocos dias se puso al público un edicto. Era este un puñal que á todos los habitantes hería, que iba á destruir muchas felicidades, á cortar muchos lazos, y á clavarse hondamente en el corazon de las madres; ¡este edicto anunciaba el sorteo!

No son tristes calamidades para el campesino el trabajo por que ansía, ni las privaciones, que le afectan poco, ni los muchos hijos que ama; el drama de la vida del campesino es la quinta, la bien denominada *contribucion de sangre*. La mano del Ministro que firma el decreto que la ordena,

temblaría si supiese los torrentes de amargas lágrimas que vá á costar, los corazones que vá á partir, y las existencias que vá á destrozar!

¡Cuando querrá Dios que veamos á la civilizacion echarse en los brazos del cristianismo su Padre, y unidos lograr que no se armen los hombres sino voluntariamente, y con el solo fin de rodear el trono para su decoro, y la justicia para su fuerza!

La tia Melchora, estaba en un estado que participaba de la más desconsolada desesperacion, y del más profundo abatimiento, pues sus dos hijos entraban en suerte, porque tenia otro hijo mayor casado en Chipiona.

Estéban habia salido libre en otro sortéo, y por lo mismo pensaba que no concede dos dichas la inconstante suerte. En cuanto á Lorenzo, decia él mismo, que tenia presentimientos de que por su propia mano le vendría el mal. Y no se equivocáron en sus previsiones ni la Madre ni el hijo, porque ambos hermanos cayéron soldados.

CAPITULO VIII.

La panadera donde solia ir Dolores á escoger trigo, era una jóven viuda que se habia prendado de Lorenzo. Buscaba constantemente pretextos para ir en casa de la tia Melchora, y los hallaba igualmente para atraer á Lorenzo á la suya; ya para llevarle el trigo al molino, ya para hacerle acarrear el que compraba, de algun granero á su casa. El natural desvío que era peculiar á Lorenzo, y que con ella, á pesar de ser jóven, rica y buena moza, rayaba en hastío é impertinencia, no bastó á hacerla desistir de su intento; al contrario, la aferró más en él.

El dia que habia caido soldado, fué Lorenzo á llevarle unos melones de su cojumbral que le habia encargado.

Subiólos este al sobrado, y volvía á irse sin hablar una palabra, como solia hacer, cuando le llamó la viuda.

—¿Con que... le dijo, has caido soldado?

—No podia fallar, contestó Lorenzo; que tengo la fortuna mocosa.

—Vamos á ver, prosiguió la viuda; ¿y si hubiese quien te diese á mano para que te librases?

El corazon saltó en el pecho al jóven, como si le hubiese tocado la pila de Volta.

—¿Y sabría Vd. quizás de quién me emprestase ese dinero? preguntó con ánsia.

—Sí, sí, contestó la viuda, y quizás de quien te lo diese; teniendo presente que real que guarda á ciento, es buen real.

Al oir estas palabras, Lorenzo que habia tiempo conocia las intenciones de la viuda, comprendió la indirecta, y su alegría momentánea se apagó como una luz, y su semblante se cubrió de su habitual ceño.

—¡Vaya! ¿qué dices, Lorenzo? ¿Y es tan mala la proposicion que te encapotas como cielo de Diciembre? ¿qué dices?

—Señora, aconseja la copla:

En tu vida, de nadie
Dádivas tomes;
Y con eso te excusas
De obligaciones.

—Vamos, vén acá, hombre! no estés tan retenido y metido en tí, ni seas como el tio May Miguel, que tenia vergüenza hasta de ser hombre de bien. Todo tiene remedio en este mundo, ménos la muerte. Si no fuéras tan díscolo... podria una entenderse! Ya sabes que mi Juan cuando murió, me dejó la casa, el horno y la panadería: yo necesito, como el comer, un hombre que esté al frente de ella; el trabajo para el que al frente se ponga, es poco, y la ganancia mucha. Podrías tu.....

—Señora, yo no entiendo de panadería.

—Tambien sabes que me dejó una piara de vacas de las grandes, y que surte á la carnicería; hay en ella rastras, añojos, utreros y aralos (1).

—Señora, yo no he manejado ganadería.

—Tambien me ha dejado buenos cuartos; hallarás *morusa*.

—¿Y yó que tengo con eso?

—Que podrias manejarlo.

—No señora, yo no entiendo de grajas peladas, dijo alejándose Lorenzo;—no quiero cargos; miéntras ménos cargos, ménos descargos.

—Vamos, hombre, lo que estás diciendo no son más que chancharras y mancharras; ¿no te digo claro que á tu querer, todo sería tuyo?

—Yo no quiero bienes con tranquilla, dijo saliéndose Lorenzo.

(1) Crias de meses, de uno, dos y tres años.

—¿Habráse visto calza-polainas más encrestado? murmuró la panadera al verlo salir.

La viuda, que tenia la conviccion de que Lorenzo admitiría sus ofertas, se habia dejado decir que bien podia tocarle la suerte á Lorenzo, pero que las insignias de soldado no habian de caer en su cuerpo; que no habia de pisar lodo, ni comer en rancho.

Como todo se repite con añadiduras y variantes en los pueblos como en las ciudades, llegó este dicho de la viuda á casa de los Lopez, ganando en cada nueva edicion, sinó correccion, aumento. Al tio Mateo le dejó incrédulo, enagenó á la tia Melchora, y consternó á Dolores.

—Lorenzo, le gritó su pobre Madre al verle llegar; ¿es verdad que la viuda te vá á poner un sustituto?

—¿Qué está Vd. diciendo, Madre?

—Que dicen te dá el dinero para ello.

—¡Dar! ¡dar! Señora, lo que se dá, son los buenos dias.

—Pues, no serán dados; serán *emprestados*.

—No se *empresta* sino paciencia, ni se convida más que á misa, señora.

—Es que tú no lo habrás querido tomar, Lorenzo.

—Yo..... ¡Madre! pues si estoy como las Animas benditas, deseando siempre que me dén!...

—Y bien que ha hecho de no tomar prestado,

dijo su Padre, porque más que séa un buen trabajador que todos le quieren y siempre anda pujado, sabe Dios cuándo habría podido pagar; y cochino fiado gruñe todo el año.

—Lorenzo, hijo, es que dicen que se quería casar contigo; ¡y tú rehusas esa suerte! dijo su Madre.

—¿Quién ha sacado eso? No sabe Vd., señora, que es de calidad el nó, que la hembra se lo dice al varon? ¿porque quieren desacreditar á esa mujer?

—No la desacreditan, hombre; nada malo se ha dicho.

—No; ¡no la echan abajo, pero la van destechando! ¡La envidia, señora, la envidia! pues como es rica y buena moza, las otras rabian y muerden.

—Miéntras todos sentados á la puerta, se quejaban y lloraban por la ida de los hermanos, Lorenzo, que habia notado la penosa é inquieta impresion que habia causado en Dolores, cuanto sobre la rica panadera se habló, se habia sentado en el banco en que solia sentarse, y apoyada la cabeza en la pared, clavada la vista en las estrellas del Cielo, á las que parecía dirijirse, cantaba en queda pero clara voz, y con la admirable flexibilidad y el exactísimo oido, que hacen necesarias las delicadas y á veces extrañas modulaciones y cambios de tonos que tienen las melodías populares.

La cancion que cantaba, por decontado era di-

rigida á Dolores, la que no perdia una sílaba del texto, ni una modulacion de la tonada que llegaba á un tiempo tan dulce y melodiosa á su oido y á su corazon.

Era esta la cancion:

—Pastor, que estás en el campo
De amores tan retirado,
Yo te vengo á proponer
Si quisieres ser casado.
—Yo no quiero ser casado,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

—Tú, que estás acostumbrado
A ponerte esos sajones;
Si te casáras conmigo,
Te pusieras pantalones.
—No quiero tus pantalones,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

—Tú, que estás acostumbrado
A ponerte chamarreta:
Si te casaras conmigo,
Te pondrías tu chaqueta.
—Yo no quiero tu chaqueta,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

—Tú, que estás acostumbrado
A comer pan de centeno;

Si te casáras conmigo,
Lo comieras blanco y bueno.
—Yo no quiero tu pan blanco,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

—Tú, que estás acostumbrado
A dormir entre granzones;
Si te casáras conmigo,
Durmiéras en mis colchones.
—Yo no quiero tus colchones,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

—Si te casáras conmigo,
Mi Padre te diera un coche,
Para que vengas á verme
Los sábados por la noche.
—Yo no quiero ir en coche,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
A Dios, que me quiero ir.

—Te he de poner una fuente
Con cuatro caños dorados,
Para que vayas á ella
A dar agua á tu ganado.
—Yo no quiero tu gran fuente,
Responde el villano vil:
Ni mujer tan amorosa
No quiero yo para mí.

Por la noche, mientras los demás quintos, más alegres, ó con cariños ménos profundos que Loren-

zo, se reunian y bebian para ahogar y disimular su abatimiento, y recorrian las calles cantando:

Muchachas, si quereis novios
Pintadlos en la pared;
Que los mocitos de España
Son de la Reina Isabel.

Lorenzo con amarga y trémula voz decia á Dolores:

—¡Ya sabia yo que me tocaria la suerte! ahora quedas tú campando por tu respeto.

—¡Válgame Dios!—repuso Dolores que estaba lorando: —te empeñas en amargarme más la ausencia, Lorenzo!

—¿Me olvidarás, Dolores?

—No, aunque me olvides tú.

—¡Sabes que eso no cabe!

—En tí, mas bien que en mí.

—¿Por qué razon?

—Porque tú no tienes—como tengo yo—un recuerdo que te alza en mi corazon un altar.

—Y cata ahí porqué confiar no puedo en tu amor, que es más amor de hija que de novia.

—¡Anda, no caviles; que amor que nace del recuerdo de una Madre no será de peor calidad, sino más santo y más firme que los que nacen al son de la guitarra!

—Pues júrame guardarme tu fé.

—Te lo juro.

—¿Por qué?

—Por mi salud.

—No basta.

—Por mi vida.

—No basta.

—Por mi salvacion.

—No me satisface.

—¡Por el alma de mi Madre! Pero..... ¿porqué desconfias tanto?

—Porque me dá el corazon que me has de olvidar.

—Tu corazon es tu verdugo, Lorenzo!

—Porque es leal. Otra cosa me has de jurar.

—¿Qué cosa?

—Que no te irás de aquí, ni del lado de mi Madre, aunque se vaya Pepa á otra parte.

—Bien está; te lo juro.

—Ahora una cosa te advierto; si por otro me dejas, en volviendo yo, no ha de comer aquel más pan, pues á mis manos muere.

—No amenaces, Lorenzo; que no está eso bien.

—No es amenazarte, es prevenirte.

—No he de hacer por miedo lo que no haga por cariño, Lorenzo. Y ya que desconfiado eres, más habias de desconfiar de un amor que amenazas, que de un amor que halagues. Disfruta de él como la abeja de su miel: no lo destroces, como el lobo su presa; y déjame al partir un recuerdo que consuele, y no amargue la ausencia!

CAPITULO IX.

Pasó un año, y en la casa del tio Mateo Lopez, cada dia se hacía mas larga la ausencia de los hijos, porque el Padre anciano no podia labrar solo, sino parte de su tierra.

Los alegres y serenos ojos de la tia Melchora se habian empañado con las lágrimas, y entristecido con la expresion de un incesante recuerdo. La casa habia venido á menos, y perdido aquel aire de tranquila felicidad que la hiciera tan apaciblemente alegre.

Pero aun le esperaba otro nuevo trastorno, y todo trastorno en esas suaves y monótonas existencias, suele ser siempre un nubarron en un cielo despejado. Señor Canuto era destinado á Sevilla, y debia partir. Si era esto para todos una pesadumbre, para Dolores era una pena destrozadora,

porque no queria separarse de Pepa, aquella excelente mujer que tanto cariño le habia demostrado; y no podia, por la terminante palabra que habia dado á Lorenzo, ausentarse de allí. Tampoco le era posible quedarse con la familia Lopez, por lo atrasada que se encontraba con la falta de los hermanos. Pepa se la queria llevar, y la tia Melchora conservarla á su lado, pues la queria con ternura, por ese sentimiento que lleva á las Madres á amar á los que aman á sus hijos, hallando en el corazon de Dolores un eco fiel de sus cuidádos y de su afliccion. Pero, como hemos dicho, la pobre Dolores se veia obligada á rehusar ambas ofertas.

Puede que hallen algunos que esta verdadera pugna de generosidad por amparar á una huérfana entre dos familias pobres, es pintar como querer. A esto solo contestarémos que los que no lo crean, vayan por los pueblos de campo, en que no hày casas de expósitos, y no se conoce el infanticidio, y averigüen qué se hace de las muchas criaturas que llegan á ser huérfanas, en un pais en qué, por lo regular, es corta la vida de los hombres, como combatida por muchas vicisitudes desconocidas en el Norte.

Dolores acudió en sus apuros al Padre Nolasco el que si bien no conocia á Séneca, ni le contaba en el número de los Santos de su devocion, conocia mucho el corazon, las pasiones y las circunstancias de las gentes de campo. Asi es que con

sana razon y expedientes poco remontados, sabía allanar las dificultades mejor que otros, con mas ciencia y mas alcances, hubiesen podido hacerlo. El Padre Nolasco, sin devanarse los sesos (cosa que no acostumbraba á hacer) propuso á Dolores el medio de sacarla de sus apuros.

—Mirá, le dijo: Doña Braulia me ha encargado moza; quiere una buena muchacha, recogida, aseada, hacendosa; en fin, de mi satisfaccion. Métete á servir allí, que son gentes de las buenas, ya lo sabes; no sales de aquí, no gravas á nadie, y ganas veinte reales al mes, que al año son doscientos cuarenta, con lo que tendrás para comprar tu ajuar cuando venga cumplido Lorenzo. Si el torbellino de tu hermano se hubiese metido á porquero en casa del compadre Gil Piñones cuando yo le proporcioné la conveniencia, no andaria dando tumbos por esas mares. ¡Qué picudillo era! no bien se le queria enterar de alguna cosa, cuando decia: *¡ya está acá!* y estaba impuesto. Y con eso, tenia la sangre de un cordero; mas alegre que el dia, y mas blando que un vellon; pero terco era como mula gallega.

Dolores accedió á la proposicion del Padre, aunque sintió profundamente separarse de Pepa, y esta—si bien tuvo un gran pesar—nada pudo oponer á tan buena resolucion y á las causas que la motivaban.

Doña Braulia Toro era una buena mujer, muy

vulgar, muy gorda y muy jovial; pero esta última buena calidad la habia perdido, desde que habia heredado el caudal de D. Marcelino Toro, su hermano. En su lugar le habia entrado una desgraciada pasion por lo *fino*, la que la llevaba á amargarse la vida, embutiendo sus recias formas, criadas á la buena de Dios, en un corsé, que mandó venir de Cádiz, y sus maneras francás y á la pata-la-llana, en una remilgada afectacion, cuyas ridículas pretensiones quitaban á su trato,—como el corsé á su cuerpo,—toda la bonachona naturalidad propia de su persona.

En cambio, Rosa,—que era su hija única, y contaba trece años,—era una verdadera hija de la naturaleza andaluza, despejada, viva, alegre, maliciosa y sincera.

Nunca pudiera hallarse un exterior más en armonía con el carácter y la edad de la persona. Su cara era redonda y sonrosada, su fresca boca siempre estaba en ejercicio, luciendo su deslumbradora dentadura hablando, cantando ó riendo: sus hermosos ojos lanzaban ya burlonas, ya alegres, ya despóticas miradas, maliciosas sin ser malignas, é inocentes sin ser cándidas. Su garbosa cabeza en contínuo movimiento y siempre adornada con flores; sus movimientos bruscos, su poco asiento, unido á su buen corazon y rectos instintos, formaban un conjunto tan gracioso y tan seductor, que forzaba á todos á quererla por un irresistible im-

pulso, como es preciso sentir la grata impresion de una fresca y loca brisa.

Rosa creia la alegría el estado natural, y la franqueza, la sola expresion posible en la criatura; no habia aun comprendido las lágrimas, ni ménos la tristeza.

La aburrian las gentes sérias, empezando por su Madre, desde que se habia metido á fina y compasada; de las tristes huia cielos y tierra. Nunca habia pensado dos minutos seguidos sobre una misma cosa; la reflexion era mucho peso para una cabeza que no conocia otro que el de las flores. Criada sin traba alguna por su Madre, tenia las ventajas y desventajas de esta crianza. Tan imposible hubiese sido inculcar una idéa grave en su indómita mente, como un sentimiento malo en su corazon inmaculado. Rosa corria la senda de la vida como las de su jardin; de ambas queria flores por tributo, puesto que criarlas era su mision.

Tenia Rosa dos grandes deseos: el uno ya antiguo, era tener una muñeca que abriese y cerrase los ojos; el otro, moderno, era tener un novio que le diera el inexplicable placer de cogerle las vueltas á su Madre y de acudir á la reja *como las mozas*. Si ambos deseos se hubiesen realizado, hubiese sido la muñeca que abría y cerraba los ojos, una temible rival para el novio; y habria alguna vez logrado lo que no la autoridad materna, el hacerle faltar á una cita.

Cuando su Madre habia querido darle maestros ya era tarde. No fué posible que aprendiese la *a*, ni que hiciese un palote.

—¡Pues qué! ¿quiere Vd., decía á su Madre, que salga yo ahora como los chiquillos de la escuela:—«b a, ba; b e, be; la cartilla no la sé: no me pegue Vd. maestro, que mañana la sabré;» para que todas las otras mozas se rian de mí?

—¡A ver la niña! ¡moza tempranera! El saber es de gente fina, y es un caudal, decia su Madre.

—¡Qué, señora!.. objetaba la niña, dice la copla:

Con saber y no tener,
No prevalece ninguno;
Que lo que le sobra al sabio,
Son muchos dias de ayuno.

Doña Braulia habia hecho intervenir en este asunto al Padre Nolasco; pero con pésimo éxito.

—Todas las edades son buenas para aprender, le decia el Padre Nolasco. Tu tio á los cincuenta años aprendió á pintar, y salió un portento.

—Pues Vd. ¿porqué no aprendió á pintar?

—La pintura no la pueden aprender sino los ricos; pero todos pueden aprender la leyenda, y todo lo sabe, el que sabe leyenda.

—¿Sí? repuso Rosa, pues á que Vd. con su leyenda no sabe una cosa; y eso que es de su oficio.

—¿Qué cosa?

—¿En qué se parece un ético á una ermita?

—¡Tales sandeces! ¿En qué se han de parecer? en nadita de este mundo.

—Pues se parecen.

—Ea, calla.

—Que se parecen, digo. Y Vd. debería saberlo más bien que yo, que no soy clériga ni médica.

—¿Qué estas ensartando, chiquilla?

—Que con tener pluma y leyenda, no sabe usted que una ermita y un ético se parecen en no tener cura; ¿lo sabe Vd. ahora, Padre Nolasco?

—Ya levantó el vuelo ese chorlito, dijo el Padre al ver á Rosa entrarse corriendo y saltando en el jardin.

CAPITULO X.

Debemos dar al lector una reseña de quién era este D. Marcelino Toro, que entre bastidores ha hecho varias veces papel en este relato.

D. Marcelino, hijo de un mercader de tan mínimas proporciones, que no cabian el Padre y el hijo detrás del mostrador, fué enviado por Marcelino Padre á América, donde halló otro mostrador de mayor tamaño, detrás del cual, con los años, la paciencia y la hombría de bien, salió de repente un dia, millonario segun sus paisanos, pero en realidad, con veinte y cinco mil duros. Volvióse con ellos triunfante á su pueblo, con ítem mas unas sardinetas en las bocamangas, de no sabemos que comisaría, en fin, de lo mas ínfimo en la abundante clase de bordados, galones ó sardinetas concedidas á las personas que menos analogía tienen con el significado que representan.

Como hay grandes desgracias, hay grandes felicidades que pasan en este mundo desapercibidas. No es fácil que nadie se llegue á hacer una idéa de la íntima dicha con la que D. Marcelino volvió á su pueblo, del que saliera como Job, y al que volvia como Creso.

Lo primero que hizo fué comprar una casa adecuada á un personage como él. Entre los encontrados impulsos que le movieron en esta empresa,— esto es, su deseo del bienestar y de lucir, y el apego á los mejicanos, dulce fruto del trabajo de toda su vida; entre su deseo de lucir, que le empujaba, y el de gastar poco, que le retenia; entre su mal gusto y su afan por lo elegante— se confeccionó la casa del modo siguiente. No queriendo labrar de planta, compró la mejor casa que halló de venta; pero, á poco, pareciéndole chica, compró la de junto, y se la agregó. Despues de esto echó de menos un jardin, y D. Marcelino queria á toda costa, jardin, pero un jardin aristocrático, en armonía con las sardinetas de su dueño, con bojes, estátuas, perspectivas, estanque con peces colorados, y sobre todo con laberinto; el laberinto era el ideal de D. Marcelino! Con este fin compró otra tercera casa con un gran corral que lindaba con el suyo, echó la tapia abajo y formó su jardin, en el que aglomeró todas las cosas que llevamos expresadas, ménos las perspectivas por no ser dable, pero las hizo pintar en la pared por un cha-

falmejas que mandó venir de Cádiz, y con el que entabló las mas simpáticas relaciones, como verémos después. Este jardin, gracias á los jazmines, á las madre-selvas, á las parras, á los rosales, mirtos y otras mil ninfas de la córte de Flora, se hizo en breve un paraiso, á pesar de lo ridículo de su planta y construccion. El laberinto—en que solo se perdian los topos,—fué un ramillete encantador de mirtos; las enredaderas cubrieron las paredes con sus templetes celestes, color de rosa y amarillo con pretensiones atenienses. Las parras hicieron de la alberquita de los peces colorados un sitio delicioso de sombra y frescura, y los arbustos de flor y los rosales cubrieron decentemente á las estátuas de madera de una Diana raquítica y de una Venus enana, de manera de no dejarles asomar mas que sus narices no griegas.

Al alhajar su casa, lo primero de qué se ocupó D. Marcelino, fué de mandar á su querido chafalmejas que sacase su retrato, con el fin de perpetuar la memoria de sus sardinetas. El chafalmejas trasladó, en efecto, á un gran lienzo la triste figura de D. Marcelino, entristecida aun por unas siniestras sombras que le guindaban á ambos lados de su boca como bigotes, se dibujaban en su sien como dos parches para el dolor de cabeza, y en su nariz como un cardenal. Pero en cambio habia echado el resto el pintor en la parte esencial del retrato, esto es, la mano izquierda que traida so-

bre el pecho, metía en el chaleco tres dedos como tres garrotes, luciendo en la manga las susodichas sardinetas. En la otra mano tenia D. Marcelino una carta abierta como un cartelon de toros, en que se leia:

JUAN ALMAZARRON FECIT.

Esta obra de arte fué colocada en el testero de la sala, y cubierta con un deshilado para preservarla de las irreverentes embestidas de las moscas. D. Marcelino se entusiasmó de tal manera con esta obra maestra, por el arte de Apeles, que se decidió á cultivarlo él mismo, y á dedicarle sus ócios.

Como el *bourgeois-gentilhomme* de Moliere, que á los cuarenta años se halló de repente poeta, Don Marcelino á los cincuenta se halló de repente artista. El chafalmejas le animó y despertó entre sus sentimientos—buenos y pacíficos veteranos—la noble emulacion y el ardiente amor por las glorias de Murillo.

Dejamos á la consideracion del lector la monstruosidad de los mamarrachos, que confeccionaron entre el discípulo y el maestro. No obstante, hallaron muchos admiradores, y entre ellos era el mas sincero el Padre Nolasco, amigo de D. Marcelino, lo que le valió el regalo que le hizo del imperecedero vestido de cúbica.

Los primeros ensayos tomados del natural que

hizo el aprendiz novel, fueron bodegones. El chafalmejas, encargado de la composicion y de la pintoresca colocacion de los objetos que debian agruparse, fué á la cocina, y trajo una sarten, un candil y cuatro estropajos, y de la despensa, entre otras legumbres, en obsequio á Rota, una de sus afamadas calabazas, que destinó á ocupar el puesto de honor en el cuadro. Fué, pues, colocada sobre los estropajos, que le formaron una barba corrida de gastador, poniéndole de vanguardia unos nabos, y de centinela unos espárragos. El candil se colgó en el fondo del cuadro, y encendido con bermellon, esparcia sus rojos reflejos sobre los nabos, que trocó en remolachas, y sobre los estropajos; de lo que resultó que la calabaza apareció como el rostro del famoso pirata Barba-Roja.

Despues del buen éxito de este bodegon, que pasó á adornar el comedor, envalentonado el discípulo, pasó á hacer santos. El tamaño de los cuadros fué creciendo con el entusiasmo del pintor, hasta llegar á un San Cristóbal gigante, que alborotó al pueblo, y hubo empeños para ir á verlo. El Padre Nolasco, que estaba mas ancho que el mismo autor, llevó al santo una gran cantidad de admiradores;—¡aquí, aquí! les decía llevándoselos al extremo opuesto del taller;—¡aquí, aquí! que la pintura, el Rey y el Sol, de léjos se ven mejor. Y luego enseñándoles los pinceles y los colores, añadia.—Esto, Miguel, vale mas plata que tu cosecha.

Y con tantos colores y tantos pinceles ¿no quieren ustedes que pinte bien? Lo que tendría que ver es, que con ellos pintase mal. Con buenos avíos no hay cocinera mala.

Al ver el triunfo de su San Cristóbal, la pasion artística de D. Marcelino se desbocó, su ardor no tuvo límites, y preparó un lienzo de cinco varas de ancho y cuatro de alto, para dedicarse al género histórico. Titubeó entre la toma de Rota por Alfonso X, el Sábio, por los años de mil doscientos y tantos, ó la toma de Rota por el Conde de Essex, que desembarcó en ella el año de mil setecientos y tantos, á favor de la traicion del Gobernador del castillo, que era italiano y se llamaba Escipion Brancacho. Mas se decidió por la primera, no por ser más patriota, sino por el deseo de pintar turbantes.

Pero aquí se presentaron sérias dificultades, no artísticas,—éstas no existian para Almazarron y su discípulo;—eran materiales. D. Marcelino, que era chico, no podia alcanzar ni á la tercera parte de la altura del lienzo. Entre varios expedientes que se buscaron para poner las manos del artista al nivel del objeto que pintaba, el que se adoptó fué el que propuso el Padre Nolasco, que era traer un púlpito de cátedra que aun existia en su convento, al que un carretero aplicó unas ruedas para poderlo mover, y al que se le puso,—puesto que el cuadro mónstruo se pintaba en el patio al aire libre—

un paraguas por vativoz. Metido, pues, en su púlpito como un predicador, pintó D. Marcelino con su acólito la segunda parte; pero quedaba la tercera, á la que no alcanzaba ni puesto de puntillas en el púlpito.

En vano se devanaban los sesos el maestro, el discípulo y el Padre Nolasco: no hallaban expediente. El desaliento iba reemplazando al entusiasmo, como en la playa la baja mar á la alta mar. Pero como no era posible que quedase el castillo sin almenas, los caballos sin orejas, los héroes sin cabeza, los moros sin turbante, las astas sin pendones y el cielo sin la media arroba de azul de Prusia preparado para su confeccion, era indispensable proveer al medio de poner á D. Marcelino en proporcion de poder repartir almenas, orejas, turbantes y pendones. El Padre Nolasco propuso unos zancos, el maestro una escalera; ambas cosas fueron desechadas por incómodas y peligrosas por D. Marcelino, que como el mas interesado, halló al fin el medio á propósito, cómodo y seguro, para ponerse á la conveniente altura.

Compró una cincha de albarda, á la que afianzó una gruesa soga, colocó una fuerte argolla de hierro en el techo, por la que pasó la soga, afianzóse la cincha al cuerpo, é hizo que tirando el maestro y el Padre Nolasco de la soga, le izáran á la altura conveniente. Todo fué á medida del deseo, y mi D. Marcelino con su paleta y sus pinceles en la

mano, fué subiendo por los aires como un serafin, con gran satisfaccion de los maquinistas del aparato; pero apénas estuvo á cierta altura, cuando la soga, que era nueva y muy torcida, con el peso que tenía, empezó á destorcerse con creciente rapidez. Fué tal el asombro del Padre Nolasco y del maestro, al ver á D. Marcelino con los brazos abiertos y gritando á todo gritar, dar por los aires aquellas desatinadas vueltas, que soltaron la cuerda y echaron á correr; con lo cual el pobre Don Marcelino cayó al suelo, en el que quedó aplastado como una rana.

Recordando y comparando entonces su accidente con el que al pobre Murillo costó la vida, sintió enfriarse su entusiasmo artístico, y colgó las armas de Apéles.

CAPITULO XI.

Don Marcelino se encontraba en su posesion tan satisfecho, que á haber podido tener noticias de que un francés no habia hallado más hombre feliz que un paria en una choza india (1) no se habría reido,—porque no era hombre risueño,—pero se habría indignado contra las pamplinas y paradojas de los embadurnadores de papel. Paseábase por su jardin y por su casa en una especie de tranquilo éxtasis, en el que solo sentía que el dia no tuviese mas que veinte y cuatro horas, ni el año mas que trescientos sesenta y cinco dias.

Diez años disfrutó D. Marcelino su bienaventuza, ocupándose en invertir sus amados mejicanos segun el consejo que con su buen sentido comun

(1) La *Cabaña Indiana* de Bernardino de Saint-Pierre.

le habia dado el Padre Nolasco, diciéndole: finque Vd., finque Vd., D. Marcelino! *que el caudal de tu enemigo en dinero lo veas.* Pero al cabo de estos diez años, y cuando ménos se pensaba, tomó la parca por tijeras una pulmonía, y en ocho dias pasó D. Marcelino,—aunque con pocas ganas,— á mejor vida.

D. Marcelino tuvo una buena muerte. No perdonó á sus enemigos, por la razon de no tener ninguno; distribuyó muchas limosnas en su testamento, encomendó piadosamente su buena alma á Dios, y como postrer debilidad humana, mandó que le enterrasen con su uniforme puesto.

Su hermana Doña Braulia Toro, viuda de un arriero, heredó el caudal de su hermano, y se trasladó á la casa heredada, que sabemos era como la Trinidad, tres en una. Por decontado permanecía en el puesto de honor el famoso retrato, en el que desde la muerte de su original, se habian aun oscurecido las sombras. No lo miraba una vez el Padre Nolasco sin que le tributase un elogio, y en seguida rezase devotamente por su amigo un Padre nuestro. Rosa lo habia notado; y cuando iba allá el Padre, no cesaba la alegre y traviesa muchacha de llamar su atencion sobre el retrato, segura de que no marraba una vez sin que exclamase el buen Padre: ¡bello señor!—y le rezase en seguida su Padre nuestro.

La Madre, que habia notado esta travesura,

habia reñido á su hija, y prohibídole la reincidencia. Pero Rosa, con su acostumbrada indocilidad, no hacia caso de la prohibicion, y el buen Padre seguia cada vez que Rosa nombraba al difunto, con el infalible *¡bello señor!* y con su inseparable Padre nuestro.

¡Qué de expresiones hay (sea dicho entre paréntesis), que por triviales y comunes no nos llaman la atencion, y que son las mas profundas sentencias! Una de ellas es: «¡cuántos hay que se ván al cielo en calzones blancos!» Esto hará alzarse de hombros á los que consideran al talento como la mayor superioridad del hombre—lo que es el más craso de todos los errores:—y á los que están en el no ménos craso de que la superioridad de este mundo es la misma que la del otro. Dumas, al que no se tachará de místico, lo ha dicho: «es cierto que lo grande á la manera de los hombres, no es lo grande á la manera de Dios (1).»

Dános vergüenza traer citas de un autor profano, cuando esta gran verdad se halla tan repetida en la Sagrada Escritura. Pero lo hemos hecho porque creen los más, que los textos de la Escritura solo pertenecen á las altas regiones del alma, y que son impropios á descender y mezclarse en el círculo rastrero de la vida comun. Míranlos como el incienso, que es perfume solo adecuado á los

(1) En su George.

templos; sin tener presente que es este un holocáusto que de la tierra sube al cielo, y que la palabra de Dios, al contrario, del cielo baja á la tierra para guiar al hombre.

Al dia siguiente de la conversacion que habia tenido con Dolores, fuese el Padre Nolasco en casa de la viuda, y despues de saludarla, le dijo:

—Braulia, te tengo una moza completa.

—¡Vaya! me alegro; contestó esta. ¿Tiene juicio? ¿es buena cristiana? ¿sabe lavar? ¿es aseada? y sobre todo, ¿no es muy gansa?

—Muger, te digo que es una prenda.

—Padre Nolasco, dijo Rosa, ¿no le parece á usted que al retrato de mi tio le han dado un golpe, y que está ladeado?

El Padre Nolasco levantó la cabeza, le miró y contestó:

—¡Qué! no; tan derecho está como estaba tu tio, en paz descanse. ¡Qué buena pintura! ¡particular! Aquel Juan Almazarron sabia su oficio. El otro dia dijo el Cura que hay uno en Madrid que retrata á la Reina, que le dicen D. Federico Madrazo, que es un asombro. Pero ¡qué! á este no llega ¡qué ha de llegar! Mas esas son suertes de las criaturas. Si Juan Almazarron hubiese ido á Madrid, otro gallo le habria cantado! ¡Si allí vieran este retrato! ¡Bello señor! Padre nuestro.

Lo demás lo prosiguió en voz baja.

—Lo que estás haciendo, dijo doña Braulia á su

hija, bien cierta de que el Padre no la oia, es muy ganso, y no lo hace ninguna señorita bien *ducada*. Si lo vuelves á hacer, te he de tirar un pellizco que te chupes los dedos de gusto; me has de ser fina, ó he de poder poco, ¡canario!

—Madre, déjese Vd. de lo fino, que se quiebra, y déme un racimo de uvas, que las tiene Vd. mas guardadas que oro en paño.

—La gente fina no come á *deshonra*, objetó la económica señora.

—Padre Nolasco, exclamó la niña, mi Madre no me quiere dar uvas, porque dice que es muy ganso y deshonra. ¿No es verdad que mi tio Marcelino, que era fino, las comia hasta hartarse?

—Verdad es, repuso el Padre Nolasco sonriendo á sus recuerdos: las moscateles se traian de la viña á cargas.

—Y como las uvas engordan, se pondria como chivo de dos madres, observó suspirando Rosita.

—Ogaño (digo este año) se han ajeñado las moscateles, dijo doña Braulia.

—¡Mentira! murmuró Rosa.

—¿Qué dices? le preguntó el Padre Nolasco.

—Que si no le parece á Vd.,—gritó la chiquilla—que mi tio tiene unos parches para el dolor de jaqueca en las sienes como las gitanas, y un moscon en las narices?

—¡Qué! no, respondió el Padre Nolasco mirando al cuadro. Está idéntico; esa mano está propia; ¡á

bastantes socorria esa mano.... que le están echando de ménos! A mí me regaló este vestido y me dijo:—Padre Nolasco, que lo deseche Vd. con salud.—En vida de Vd., respondí yo.—¡Pero mi deseo no se cumplió! ni el suyo tampoco se cumplirá, porque más ha de vivir el vestido que yo! ¡Bello señor! añadió suspirando: Dios le tenga en gloria; Padre nuestro.

—¡Ay! ¡Ay! gritó Rosita echando á correr, por haber sentido en sus brazos el fino contacto de los finos dedos de su fina Madre.

Al dia siguiente entró Dolores en la casa, triste y tímida; pero con el buen deseo de agradar y de cumplir con su obligacion.

A poco Rosa la queria con extremo, y Doña Braulia estaba muy satisfecha de ella, porque además de callada, trabajadora y aseada, tenia para la económica y fina señora dos grandes excelencias, comia poco, y no era gansa. Un dia dijo á su hija:

—Dolores muy buena es, pero es un poco zorrolla, (1) tiene unas fuerzas como un mosquito arrecido, y anda como gorgojo por alquitrán.

—¡Vaya con los finuras de Vd., Madre! exclamó Rosa soltando una carcajada. Por más que hable Vd. *supuesto*, la última palabra al centro vá.

—Lo que queria decir es *espaciosa*, repuso avergonzada Doña Braulia.

(1) Pava.

—¡Y qué! ¿quiere Vd., Madre, respondió con viveza Rosa, que todo se lo halle hecho, sin hacerlo; y sea como la beata de Sevilla que ponia huevos con una bebida?

—No se dice Madre, se dice Mamá ó Mamaita, gansa!

—¡Señora, por el amor de Dios! déje Vd. eso de Papá, Mamá, tata, nana, para los niños y para las gentes que tienen malo el pronunciado y la lengua gorda; que yo tengo clara el habla y la lengua bien colgada.

—¡Oiga!.. so desvergonzada, ¿de dónde le vino al garbanzo el pico?

—¿Y qué? ¿quiere Vd. hacer de mí una mona? De eso no ha de haber *naa*, Madre. Trabajadora seré como mula gallega; pero soy mosto de mucha *caliá* para alambicado: respondió Rosa.

—No quiero que trabajes; para eso tengo moza, repuso su Madre. Quiero que *cuezas*; lo que haces muy mal, pues entre puntada y puntada, te cabe una vieja sentada.

Allí pasó Dolores un año tranquilo, y aun hubiérase podido decir contento, si su corazon no hubiese contenido el recuerdo de su Madre como unas tristes cenizas, y los de Lorenzo y Tomás como dos llamas vivas agitadas por la inquietud.

Un dia la dijo de repente Rosa:

—¿Dolores, tienes novio?

El amor en los pueblos de campo, como pre-

cursor que es siempre del matrimonio, es cosa tan natural, autorizada y legal, que nunca los que por él están unidos, lo niegan. Así fué que contestó Dolores sencillamente:

—Sí tengo.

—¡Dichosa tú!.... repuso Rosa.¿Pero dónde está, que no le he visto?

—Está fuera.

—¿Fuera? ¡ay! ¿entónces cómo sabes que es tu novio?

—Como sabe él que yo soy su novia; porque nos qneremos.

—Un novio que está fuera.... es como un jilguero que no canta. ¿De qué sirve eso? Yo no lo quiero. Si yo tuviese novio, habia de ser para que me trajese música, y nos casásemos prontito.

—¿Y porqué tienes ese afán por casarte?

—¡Pues no es nada! Para salir de debajo de la férula de mi Madre que es más cansada que un moscon de siesta. Pero has de saber que si viene tu novio...... ¿cómo se llama?

—Lorenzo.

—¿Lorenzo Lopez? ¡ay Jesus! Pues si dicen que ese tiene tres por banda y la capitana! (1); ¡estás fresca! POBRE DOLORES! Pues si viene Lorenzo, digo, y entra á verte, se muere mi Madre de berrenchin como un gorrion, pues creo que se ha figura-

(1) Génio fuerte, mal carácter.

do que cuantos novios hay en el mundo son asesinos. Estoy para mí que mi Padre fué su marido sin ser su novio.

—No entrará, dijo sonriendo dulcemente Dolores.

—Es que ni hablar por la reja podrás si lo llega á saber: te digo que cree mi Madre que los novios traen la peste.

—No saldré á la reja, señorita, dijo Dolores.

—No me digas señorita cuando mi Madre no esté delante: te lo he dicho más de once mil veces. Mi Madre, esa chanflona que con el justillo ó cotilla que ha echado, y con la manteleta de *fleque*, parece un revoltillo mal liado, lo echa de Doñata; y le pega el Doña como á mí el traje de cola de la infanta: sucédele lo mismo en todo. Las cosas de dulce que ántes hacia, se podian presentar al Rey; natillas, arroz con leche, pestiños, rosas, alfajores, leche frita y tortas, nadie las hacia como su mercé. Ahora no quiere hacer mas que *buines*, y todos los quema, ó los deja crudos, y no se pueden comer.

Pero ya que tienes novio, Dolores, deberias estar contenta y alegre; no que siempre estás con la cara como la Señora de las Angustias, y en tu vida de Dios, ni hablas, ni ries, ni cantas.

—Tiempo hubo, respondió Dolores, en que reia y cantaba! Pero si perdí á mi Padre ahogado, á mi Madre sola y abandonada en una playa; si tengo al hermano de mi corazon embarcado y tan léjos de

mí, que la ausencia es ya de años, y puede que sea eterna; si á Lorenzo tocó la suerte de soldado y ambien partió; ¿cómo quieres, Rosa, que pueda hablar, cantar y reir?

—¡Verdad es! dijo Rosa, á cuyos ojos asomó una brillante lágrima; ¡POBRE DOLORES! Pero consuélate, mujer, los muertos con Dios están; y los vivos volverán.

—¡Amen! contestó suspirando Dolores.

CAPITULO XII.

Una tarde estaba Dolores ocupada en el jardin, que había transformado en huerto la económica Señora Doña Bráulia, la que tenia la ventaja de poseer innato el espíritu del hoy tan encomiado *positivismo*. Unas rechonchas, robustas y apretadas coles, reemplazaban á los mirtos; unas rastreras cebollas infeccionaban el lugar que antes embalsamaban las violetas, y unos nabos panzones habian usurpado el suyo á las airosas dálias.

Como es de pensar, la hija se habia desesperado, y habia vertido sus primeras lágrimas sobre las arrancadas flores.

—¡Vaya! decia en tono dolorido á la gansa de su Madre; que está Vd. con las flores como Sesto Quinto, que no perdonaba ni á Cristo! no vá á quedar en el jardin más rosa que yo. ¡Ojalá y se le

vuelvan á Vd. éticas las coles, se le sequen las lechugas, y se le pudran los nabos!

La tarde estaba mústia, y un viento que ya gemía, anunciaba el invierno. Dolores miraba á las nubes que pasaban presurosas como cuerpos de un ejército que se prepara al combate; á sus oidos llegaba claro el estrépito de las olas del mar, que inquietas se amotinaban, miéntras que se impregnaba la atmósfera de la oscura sombra que esparcía una negra faja que cubria el horizonte al lado del Sur.

—¿Dónde.... dónde,—pensaba,—alcanzará á mí pobre Tomás el temporal que se acerca? ¿Será en el mar, en la tierra ó en la tumba? ¡Acaso no veré más á ese hermano de mi alma!

En este instante se oyó llamar á la puerta de la calle, y Dolores acudió á abrir. En el dintel estaba un alto y airoso muchacho, en un aseado vestido de marinero. Llevaba garbosamente sobre su rubia y rizada cabellera, el gorro catalan; por sus morenas y sonrosadas mejillas, se deslizaban dos lágrimas, que contrastaban con la alegría de corazon que hacía sonreir su bella boca.

—¿No me conoces? dijo viendo á Dolores que callada aguardaba que le dijese el objeto de su venida.

Al oir aquella voz, un grito salido de lo más profundo del alma, con la palabra: ¡hermano mio! fué lanzado por Dolores, que se echó en los brazos

del marinero. Pero este goce íntimo fué interrumpido; las fibras de Dolores mucho há acostumbradas al sufrimiento, y debilitadas por un incesante trabajo, no pudieron soportar tan repentina alegría, y cayó sin sentido.

Habian acudido al oir el grito Doña Bráulia y Rosa.

—¿Qué es esto? ¿qué es esto? ¿quién eres, muchacho? dijo la primera.

—Soy su hermano, señora; contestó Tomás.

—Si eso fuéra, no la habrías asustado.

—Pero, señora.....

—Lárgate, lárgate, que no traes tu fé de bautismo en la mano, y sabe Dios tus intenciones.

—Madre, dijo con decision Rosa, este es Tomás, el hermano de Dolores; no hay más que mirarlo para conocerlo; se parecen como se parece una rosa de su color á una rosa blanca.

—Calla tú la boca, caridelantera, le dijo su Madre; y trae vinagre para que lo huela Dolores; y tú, añadió dirigiéndose al marinero, coje el pendingue, que estás demás. ¿Pues qué, no hay más que entrarse por las puertas agenas, como Pedro por su casa?

Habríase dicho que un profético instinto hacía á la viuda repudiar con tanta aspereza al lindo jóven, pues si bien su dinero y su plata no corrian riesgo en su presencia, lo corria un tesoro de mucho más valor.

¿Quién no ha visto con placer y simpatía en el cielo, esos celages blancos, esas nubecillas rosadas que en él giran, sin pretender averiguar qué emanaciones los formáron, qué auras los eleváron y diéron su direccion?

Así es, que, sin buscarles causas, ocasiones, ni motivos, presentarémos desde luego semejantes á aquellos, los suaves, ligeros y rosados amores del jóven marinero, y de la niña Rosa.

Dolores se habia opuesto á estos amores que habrian desatinado á Doña Bráulia; pero no habia sido atendida ni por Rosita, ni por su hermano. Por desgracia, los buenos consejos dados á un naciente amor, si lo contrarían, son como gotas de aceite echadas sobre una llama; la avivan.

—Rosa, decía Dolores, mira que esos amores no llevan camino, ni han de tener buen fin: tu Madre no ha de querer por yerno sino á un señor rico y principal.

—Pues como no se ponga más manteleta que la de un yerno principal, ya estará fresca; respondia Rosa. No me hacen á mí gracia los principales. Ahora poco vino aquí una jarapada de Señoritos de Cádiz. ¡Vírgen de Regla! ¡vaya una patuléa de Señoritos! Llevaban unos sombreros sin forma ni manera, con más álas que un tejado; los brazos colgando, la ropa holgada como sayal de boyero, é iban más destartalados, y más descoyuntados que San Serapio. Uno me quiso requebrar, y

yo le dije: ¡póngase Vd. en una horma, Señor, que vá Vd. muy *desbaratáo!* Nada, Dolores, los principales son para las principalas de gorra y mantellina; cada oveja con su pareja, hermana.

Así, pues, en este amor infantil todo era hojas suaves, y flores efímeras, ménos la voluntad, que era el tallo.

No solo habian sido ambos atraidos el uno hácia el otro como dos arroyuelos, bajando la misma pendiente para unirse en el valle y seguir su alegre curso entre las adelfas y el césped, sino tambien por haber sentido Tomás el ánsia de echar un áncora á su corazon sin lastre, y Rosa por el vivo placer de demostrar á su Madre con hechos,—como lo hiciera ya de palabra,—que diferenciaban de un todo en punto á la idéa que ambas tenian formada sobre novios. Así era, que con la habilidad más diestra y el placer más extremado, sabía cojerle las vueltas al Argos más fiero, pero más descuidado del mundo, y acudir á la reja para hablar á Tomás. En honor de la verdad debemos decir, que en aquellas conferencias ilegales, muy poco graves y ménos sentimentales, no se trataba mayormente de amor, y que la risa era la que ocupaba en ellas, el puesto de presidente. Solian ser de este género:

—¿Qué traes? preguntaba el *novio* á la *novia* al hallarla sin poder hablar palabra, no por emocion, ni ménos por turbacion, sino por la risa que la ahogaba.

—¡Qué he de traer! contestaba Rosa; que ahora mismo decía mi Madre al P. Nolasco: mi niña.... «(mira tú *mi niña* con catorce años ménos dos meses y veinte dias!) mi niña, decía su mercé; no sabe siquiera la palabra amor; ¡mi niña!.... ¡á los veinte y cinco años ha de llegar sin haber mirado á un hombre á la cara; eso queda de mi cuenta!»—Pues queda de la mia, señora Madre, pensé yo para mis adentros, el no llegar á los diez y seis sin haberle dado á su mercé un nieto. Para entónces ya serás piloto, y te podrás casar; ¿no es verdad, Tomás?

—¡Por supuesto! Pero hay que atender, Rosa, á que son Vds. tú Madre y tú muy empingorotadas para mí, y que tu Madre no ha de querer.

—¡Qué empingorotadas! ¡sí! Tio Miguel Lechugas el que vende y pregona: *abanicos de calaña! si se rompe el papel, queda la caña*; es primo hermano carnal de Madre. Pero si no quiere, me sacas por la Iglesia... y ya está.

—¿Y tú, qué respondístes á tu Madre? preguntó Tomás.

—¿Qué respondí? atiende: le dije al P. Nolasco: Padre, mire Vd. á mi Tio.—El Padre le miró y dijo: *¡bello señor!* y le rezó un Padre nuestro, como hace siempre que lo mira. Yo me habia puesto léjos de mi Madre, porque cada vez que nombro á mi Tio, me tira un pellizco.

—¡Oiga! ¿y porqué?

—Porque no lo hago sino con el fin de que el

P. Nolasco le rece un Padre nuestro; y mi Madre, en lugar de agradecerme que le procure estos sufragios, se incomoda; porque desde que ha heredado, y se ha metido á fina, ha echado un génio como un dragon.

—Pero..... vamos al caso; ¿tú respondías acaso á tu Madre, con llamar la atencion del P. Nolasco sobre el retrato de tu Tio?

—Aguarda; ya voy, que no soy triquitraque. Le dije, pues, al P. Nolasco cuando concluyó su rezo; Padre, ¿ha visto Vd. en su vida de Dios, un señor más feo que mi Tio?—¡Jesus! ¡qué *desacuero!* (1) dijo mi Madre, que ya sabes lo echa de fina, y es tan fina como yo, y entrambas lo somos como albarda vuelta del revés;—¿qué tiene mi hermano de feo?—Todo, respondí yo; pero en particular las cejas que tiene como bigotes de gato, y el color que es de membrillo cocho.—No era féo; que era un bello señor, dijo el P. Nolasco, que es tan bonito como era él.—Pues sepa Vd., le dije, que es tan féo porque nunca se casó.—Véte, véte al jardin á regar el lechuguino, moza tempranera, dijo mi Madre.—Alegréme de verme despedida como villarda, eché á correr y me vine aquí más pronto que la luz, y su mercé detrás, y me encerró. Me río; ¿y no me he de reir? Porque ya vés tú, que el buey que me corneó, á buena parte me

(1) Desafuero.

echó; pues aquí pelo la pava,—cosa á la que siempre me ha tirado la inclinacion,—y que me gusta más que una misa cantada. Miéntras no venías me puse á cantar:

El hablar quiere gracia,
El cantar brío;
Y el pelar la pavita
Quiere sentido.

—Mira, Tomás, estaba rabiando por decírtelo.

—¿El qué?

—Que estoy contentísima.

—¿Porqué?

—Qué sé yo!...

—Pues yo tambien lo estoy, pero sé porqué.

—¿Pues porqué?

—Porque eres mi novia.

—Yá lo creo!

—Y tambien porque el capitan me ha dicho que me vá á llevar de marinero, y á enseñarme el pilotaje.

—¿Y dónde te vá á llevar?

—A Hamburgo.

—¿Otra vez vás á las Indias?

—Nó; esto es por otro lado.

—¿Más léjos?

—No, más cerca; de la vuelta de arriba.

—¡Anda con Dios! Pero mira que no quiero que vayas más á Montevideo, que dice el P. Nolasco,

que quien lo cuenta una vez, no lo cuenta dos.

—Nó hagas caso de lo que dice el P. Nolasco, en tratándose de navegar; porque le tiene tanto miedo al agua, que estoy para mí que le asombra hasta la del Bautismo.

—Tengo que decirte, Tomás.

—Y yo á tí, Rosa.

—Pues empieza tú.

—Nó, tú; que las faldas van por delante.

—Pues es un acertijo: ¿á que no lo adivinas?

—Veamos.

—Pues atiende:

Yo, y mi hermana diligente,
Andamos en un compás,
Con el pico por delante,
Y los ojos por detrás.

—¿Los ojos por detrás? ¿el pico por delante? Será el pavo real.

—¡Qué *espilfarro!* ¿acaso son dos hermanas? las tijeras.... torpon, las tijeras!—Díme tú uno; que me divierten; anda.

—Una dama hermosa
Corre su fortuna,
Corta sin tijeras,
Cose sin agujas.

Rosa se puso pensativa y murmuró:

—¿Una dama hermosa?... yo. ¿Corre su fortuna?

yo. ¿Corta sin tijeras?... un sayo, yo. Pero eso de coser sin agujas... no caigo.

—¿No me tienes cosido sin agujas á tu reja, mujer?

—Mira, verdad es.

—Pero no es eso, y no has acertado.

—¿Pues qué es?

—Es la lancha.

—¡Ay Jesus! mi Madre!.... dijo Rosa, y si me coge aquí, me pegará,—eso no me importa,—pero mandará tapiar la ventana, y eso sí me importa.

Diciendo esto echó á correr, pero volviéndose de repente:

—Cuidado, Tomás, le dijo, que cuando vuelvas de la mar me traigas langostinos.

Y lijera y callada como una exhalacion, desapareció.

¡Cuántos pecados condena la maledicencia como mortales, que son tan veniales como el referido! ¡Cuántas niñas por falta de recato y de modestia, se exponen á que sufra su fama!

CAPITULO XIII.

Miéntras Rosa y Tomás tejian su corona de flores de primavera, habia llegado la época en la que en el año cincuenta se licenció temporalmente parte del ejército, y los dos hermanos Lopez recibieron permiso para venir á su pueblo. No quisieron avisárselo á su familia para sorprenderla; en Lorenzo entraba la sorpresa, no solo como medio de avivar el gozo por lo inesperado, sino tambien la intencion de no dar tiempo á que nada de cuanto en su ausencia hubiese podido surgir, se le pudiese ocultar.

Era un domingo. La tarde declinaba, dejando paso á la noche; inclinábase el Sol hácia su descanso, cual si le pesára su corona de dorados rayos. El viento habia refrescado, impregnado del frio hálito de la noche. Los aviones habian tocado

ya estrepitosamente á silencio á la grey aérea, y solo el mochuelo tímido y acosado de dia, se quejaba en su soledad, como el Paria, de la segregacion de su casta. Las olas se extendian indolentes sobre la playa, bajando el tono de su atronadora voz, al de una queda y monótona cantinela; una á una como las quedas palabras del tímido, salian las estrellas para estampar en el cielo la de: *descanso.*

Dos jóvenes caminaban con ligero y firme paso por el desnudo y escueto camino de Sanlúcar á Rota, apresurando progresivamente su andar, como si cada objeto que divisaban los hubiese reconocido y les gritase: *llegad!*

—Ya siento, dijo el mayor, no haber dado aviso de nuestra venida á Madre; la pobre no está ya para sacudidas.

—Pues yo no lo siento, repuso el menor; que la alegría dá vida; y de esta suerte, me cerciorаré de cómo se porta Dolores.

—¡Calla, Lorenzo, calla! que Dolores es una prenda que no mereces tú por desconfiado.

—Estéban, dice el refran, que de la mujer te guarda, y de la buena no fies nada. Dolores se ha metido á servir contra mi gusto en casa de Doña Bráulia; el porqué no he podido averiguarlo, y algun porqué lo debe haber; no me lo ha querido mandar á decir; se echa fuéra; y herradura que chapeletéa, clavo le falta, y firme no está. ¿A qué

entrar en una casa extraña, pudiendo estar al lado de mi Madre? Así, uniendo puntas con cabos, he venido á entender por esas *turbieses*, que algun gusano encierra el capullo.

—Estás como el Profeta Jeremías, que anunciaba la desdicha ántes que viniera al mundo. ¡Ya está aviada tu mujer! ha de ser bien desgraciada: ¡pobre Dolores!! Ha entrado á servir, ¡pero en qué casa, hombre! en casa de Doña Bráulia la viuda, que no tiene más que una niña chica, y que es más recogida y honrada que una Santa Mónica!

—Yo, nada digo en contra de la viuda; pero lo que suceda en su casa no lo sabe Madre.

—Hermano, dijo Estéban.

No adelantes el discurso
Sino para pensar bien;
Que á veces nos discurrímos
Lo que no ha sido ni es.

Pero por tu mal pensar te habia de estar bien empleado de hallarte con que Dolores te hubiese dejado, Lorenzo.

—¡Ni en chanza digas eso, hermano; que en chanza es, y cria mala sangre!

Habia anochecido cuando llegaron al pueblo.

—Pasemos por la casa de la viuda, dijo Lorenzo.

—Hombre, despues irás, vamos primero á casa; que sobre Padre no hay compadre, contestó Estéban.

—Hermano, repuso Lorenzo dirigiéndose á la izquierda, si no son sino dos pasos más!...

Estéban titubeó; pero por no entrar solo en su casa siguió á su hermano á alguna distancia.

Este se habia acercado á la casa de la viuda, y en la ventana última vió á un hombre en la reja.

Como habia anochecido, y le volvia la espalda solo pudo ver que era alto y airoso.

Al verlo, sus ojos se abrieron desmesuradamente; una nube pasó ante su vista; su cuerpo se estremeció, como la tierra antes de abrirse paso la lava. Acercóse sin que el ruido de sus pasos pareciese imponer ni turbar al hombre que estaba en la reja.

—¡Algo sabia Estéban! murmuró entre sus apretados dientes Lorenzo.

—Con que,—decia el de la reja en voz que no cuidaba de que fuese oida,—¿me querrás siempre?

—Por sécula sin fin, murmuró una suave y alegre voz de mujer.

—¿Y te casarás conmigo?

—Por supuesto; ¡vaya!

—¿Aunque se opongan?

—Aunque se opusiese el Rey y todo su ejército capitaneado por el Padre Nolasco.

—¡Jesus me valga! ¡soy muerto! gritó el infeliz jóven cayendo desplomado en el suelo.

—¡Y por mí! dijo en lúgubre é iracunda voz Lorenzo. Verémos si os casais sin que se oponga

y lo impida el que oponerse é impedirlo puede.

—¿Lorenzo, hermano, has sido tú? gimió con dulce voz el herido que reconoció á su agresor.

—¡Dios del cielo! ¿quién me nombra? exclamó trémulo y asombrado Lorenzo.

—Yo, yo, Tomás: ¿no me conoces?

—¡Tú!.... ¡tú! tartamudeó Lorenzo dando diente con diente, echándose sobre el herido, y reconociendo con asombro las lindas é infantiles facciones del hermano de Dolores. Levantándose en seguida con los brazos alzados al cielo, ¡Dios me maldiga! exclamó en desatentado parasismo de desesperacion.

—No, no, dijo con debilitada voz el herido; ¡él te perdone.... como te perdono yo!

Y el pobre niño perdió el sentido.

—Huye, hermano, huye,—dijo Estéban, que á pesar de la angustia de su alma conservaba la cabeza serena, viendo que á las voces que habia dado Rosa acudian gentes;—huye; yo cuidaré de este infeliz, y puede que quiera Dios que se salve; huye,—prosiguió empujando hácia una callejuela á su hermano, que con los puños cerrados se golpeaba la frente;—¿quieres matar á Padre y á Madre?

Lorenzo desapareció en las sombras de la noche.

Apenas se habian reunido algunas gentes, cuando Estéban reflexionó que para no suscitar sospechas contra su hermano presentándose solo

en su casa, debia ausentarse, y buscar á Lorenzo que necesitaba de ser consolado y guiado.

Así fué que se deslizó por entre las gentes que habian acudido. Pero no pudo hacerlo sin que algunos lo hubiesen observado y aun tomado las señas aunque sin reconocerle.

Estéban recorrió en vano aquellas cercanías: no halló á su hermano. Dirigióse á Sanlúcar, donde al dia siguiente continuó sus pesquisas, sin notar en su turbacion que era expiado; y á la tarde, al salir de una taberna en la que habia entrado á escuchar lo que hablaban, por ver si algo averiguaba de su hermano, ó del estado del herido, fué preso.

CAPÍTULO XIV.

Dolores acostumbraba siempre á pasar las tardes de los domingos en casa de los Lopez; pero desde que habia venido Tomás, ansiaba porque llegasen esas tardes de asueto, porque las pasaba al lado de su hermano, que paraba en su antigua morada, á dónde fué en derechura desde que desembarcó, y de donde nó le dejaron salir la familia de Lopez que le miraban como cosa propia. Habian pasado los dos hermanos, como siempre, la tarde hablando Dolores de su pobre Madre, y despues distrayéndola Tomás con referirle sus viajes, sus percances y fortunas, con vivos y alegres colores.

—Todo eso está muy bueno, Montevideo, le decia el Padre Nolasco. Pero ¿no habria sido mejor que no hubieses pasado ninguno de esos trabajos,

y que te hubieses estado quieto y en gracia de Dios, guardando los puercos del compadre Gil Piñones?

—Padre Nolasco, respondia Tomás, ¿vé Vd. esas nubes?

El Padre Nolasco miró al cielo y contestó:

—Las veo.... ¿y qué?

—Pues dígales Vd. que se estén quietas; á ver si lo hacen.

—¡Pues mire la comparacion! buen arriero tienen para que se estén quietas!

—Pues Padre, otro tengo yo que no me deja parar.

—¡Habráse visto rabo de lagartija como éste!! Lo propio estás tú con la mar, como las mariposas con la luz: no has de parar hasta que te trague la mar con sus grandes tragaderas!

—Con Dios, Dolores, dijo á la caida de la tarde Tomás.

—¿Ya te vás? respondió ésta con tristeza.

—Me precisa, repuso con aire de importancia su hermano.

—Si no puede estarse quieto! observó gruñendo el Padre Nolasco.

—Tomás, Tomás, le dijo su hermana que entendió donde iba; ¿con que no quieres hacer caso de mis consejos?

—Vamos, repuso Tomás riendo, ¿ahora vienes tú haciendo la segunda parte del Padre Nolasco? Pues

mira, yo tambien te aconsejaré con la copla:
(Tomás se puso á cantar:)

Dejad llorar á las nubes,
Dejad alumbrar al sol;
Dejad al viejo quejarse,
Y al mozo gozar su amor.

—Si fuese Reina y tuviese por hija una Princesa, todavía me habia de parecer poco para él! dijo Dolores siguiendo con la vista á su hermano.

—Pero ¡qué precioso mozo se ha hecho! repuso la tia Melchora; no me canso de mirarle.

—Y ha conservado su mismo génio de antes, su sal, su mismo agrado, su misma alegría, su mismo ángel; añadió Catalina.

—Verdad es, dijo el Padre Nolasco: seria completo sino fuera tan terco.

En la misma hora que tenia lugar la catástrofe que hemos descrito, se preparaba Dolores á regresar en casa de su ama, cuando se esparció por el pueblo la alarmante y tétrica voz: ¡*un herido*!

Cuando cunde esta lúgubre voz en un pueblo de campo, el efecto que produce es sumamente conmoviente. Cantos, risas y juegos se extinguen instantáneamente: sucédeles un hosco silencio, solo interrumpido por exclamaciones de lástima y horror; y de todas las casas se ven salir mujeres pálidas y azoradas, tocándose por las calles los pañuelos, y dirigiéndose presurosas al sitio de la ca-

tástrofe, murmurando con angustia: ¡mi marido! ¡mi hijo! ¡mi hermano! Si es una riña y llegan ántes que se haya terminado, se las vé verdaderas heroinas no por vanagloria, sino por amor, echarse denodadamente entre los combatientes, sin temer á sus puñales, ni á la ceguedad de su ira, lo qué prueba que el ideal á que pueden llegar los sentimientos del corazon, se halla en la naturaleza mas cumplido y santo que no en las creaciones romancescas, pues que el ideal del sentir está en el corazon que lo exhala, y no en la cabeza que lo crea.

—¡Es Tomás, Tomás, el hijo de la pobre tia Tomasa! dijeron unas mujeres al pasar por la calle.

—¿Qué dicen? preguntó Dolores, á cuyos oidos llegaron el nombre de su hermano y de su Madre; ¿qué han dicho? volvió á preguntar cayendo sobre una silla, pues no pudo sostenerse en pié.

Catalina se habia arrojado á la puerta de la calle, y corria fuera de sí para alcanzar á las mujeres que acababan de pasar.

—No me impuse, contestó á Dolores mas muerta que viva la tia Melchora, á cuyos oidos habian llegado los dos nombres.

El Padre Nolasco nada habia oido; y el tio Mateo estaba en el corral.

En este instante se acercaba pausadamente y en silencio un grupo de hombres, que traian tendido sobre una escalera al herido; yacia éste sin sentido,

estaba blanco como el jazmin caido de su rama, y parecia dormir sin dolores y sin encono.

—¡Mi hermano! gritó con sofocada voz Dolores cruzando con convulsa vehemencia sus manos sobre su pecho.

—¡Tomás! ¡Jesus!... dijo con dolor el tio Mateo, ¿quién ha sido el malvado que ha herido á ese inocente?

—¡No se sabe! respondieron los hombres.

—¡Tomás! hijo mio, ¿no me oyes? dijo el Padre Nolasco tomando entre las suyas las yertas manos del pobre niño; ¿está muerto? añadió acercando su mano al rostro del herido. No; corred, corred por el cirujano!

—Ya viene, le fué contestado.

Tomás fué acostado en la cama que habia sido de Lorenzo.

Llegaba el cirujano que registró la herida, hizo la cura, y dijo al salir al Padre Nolasco:

—Cuando vuelva en sí con el espíritu que acabo de recetar, que le administren, pues no pasará de la noche.

El Padre Nolasco se volvió á la cabecera del herido, que en este instante volvia en sí y decia:

—¿Dónde estoy?

—En mi casa, en mi casa, respondió la buena anciana, en la cama de mi Lorenzo.

—Sacadme de ella, sacadme de ella, dijo con débil, pero azorada voz el herido.

—¿Y por qué, hijo?

—Porque si muero, no querrá Lorenzo acostarse más en ella, respondió Tomás.

—En ella vas á curar, hijo mio, repuso la tia Melchora.

—¡Nó, nó, dijo el pobre niño, ¡voy á morir! Y volviendo los ojos entónces hácia el Padre Nolasco prosiguió con dulce sonrisa,—ya veis, Padre, que no era en la mar en donde me esperaba la muerte!

—Mejor para tí, que vas ahora á morir como un santo, rodeado de tu gente, y teniéndome á mí á la vera para administrarte los Santos Sacramentos, contestó el Padre.

Entró en este instante el Alcalde para tomarle declaracion. Tomás contestó á las preguntas de éste, que habia sido herido por equivocacion, segun oyó decir al agresor, á quien no conoció; pero fuese quien fuese, le perdonaba.

Alejáronse en seguida todos para dejarle solo con el Padre Nolasco, á fin de que pudiese confesarle.

Cuando hubo terminado la confesion, y el Padre le preguntó si le quedaba aun algo sobre su conciencia, contestó:

—Algo, sí, Padre...... he mentido ahora poco.

—¿Cómo es eso, hijo, ahora poco?

—Sí, dijo el moribundo; he dicho al Alcalde..... he dicho que no conocí á mi matador.

—Y qué, ¿le conociste?

—Bajo sigilo de confesion os digo que sí, Padre, le conocí.

—¿Y quién fué?

—Eso no lo diré yo, Padre, que el callarlo no grava mi conciencia.

En este instante fué el infeliz acometido de un copioso vómito de sangre. La agitacion que esto produjo en la casa, permitió á Dolores el escapar á la vigilancia de algunas mujeres que la guardaban, apartada de aquel cuadro tétrico y destrozador, y se precipitó en el cuarto con los ojos desencajados y pálida como la estátua de mármol de un sepulcro.

—¡Pobre Dolores! dijo con ahogada y apagada voz el moribundo, mientras dos lágrimas asomaban á sus ojos ya quebrados por la muerte que le invadía, y dulces aun por la vida que le quedaba!

—Ya le llegará su vez de descansar, dijo el Padre Nolasco. Véte, véte, añadió entregando á la desesperada é inerte Dolores en mano de las mujeres que la habian seguido;—véte; que perturbas su alma. No pienses mas que en Dios, que es tu Padre, y te llama á sí, añadió volviendo á la cabecera el agonizante.

—¡No pensaré mas que en él! murmuró Tomás alzando sus ojos aun llenos de lágrimas al cielo.

—Ahora que estás preparado que mejor no cabe, hijo mio, levanta tu corazon al Señor misericordioso, á quien vas á ver, y muere tranquilo, que aquí estoy yo encomendándote el alma como si fueses mi propio hijo!

—Tomás apretó suavemente la mano del Padre,

sonrió, cerró los ojos...... y no los volvió á abrir.

Entónces en voz baja, luego en voz más alta, y despues en gemidos pasó de boca en boca esta terrible voz...... ¡MURIÓ!

—¡Qué dolor! ¡qué dolor! exclamaban las mujeres. ¡Las campanas van á doblar solas! ¡quién vió tal iniquidad, de matar á ese inocente que á nadie ofendió, ni con el pensamiento!—¡Y le perdonó!... añadian otras llorando; era un ángel que ha muerto como ha vivido, sin hacer daño á nadie. ¡Si esta es la muerte de Abel!

Dolores estaba como petrificada; sus ojos no lloraban; sus lábios no gemian; y solo de cuando en cuando un estremecimiento nervioso demostraba que viviese. Las buenas mujeres la habian puesto sobre el corazon un pedazo de paño de grana; habian salpicado su rostro de agua; y á todo resistia su inercia. De repente se levantó, fué á su arca que guardaba en su cuarto la tia Melchora, sacó todo el dinero, tan trabajosamente ganado y tan cuidadosamente guardado, que estaba destinado á comprar su ajuar de novia, y entregándoselo á la buena anciana, dijo con voz que apénas se oia:

—Para la caja, tia Melchora! que quiero que lleve caja propia para el entierro.... y para sufragios! Dicho lo cual, dió un gemido y cayó desplomada en el suelo.

CAPITULO XV.

Estéban habia sido conducido á Sevilla, y debia ser juzgado por un Consejo de guerra.

En los interrogatorios habia sostenido con calma y firmeza que él no habia cometido el crímen que se le imputaba. Reconocido por el hortelano de la viuda, que fué el primero que habia acudido al lugar de la catástrofe, y que le habia hablado, no negaba su presencia, pero negaba el crímen. Reconvenido con la objecion de que hallándose allí en el momento de suceder la muerte, deberia haber visto al asesino, lo negaba: lo cual aumentaba las flagrantes pruebas de culpabilidad que contra él se aglomeraban. Su salida ó fuga de Rota á esa hora, á pesar de declarar que era aquel el destino de su viaje; su afán al siguiente dia en recorrer las tabernas de Sanlúcar con el marcado fin de saber

cuanto de la catástrofe se decia, y averiguar si habia muerto el herido; alguna turbacion y vacilamiento en sus respuestas; todo atestiguaba de tal manera en contra de él, y el crímen era tan horroroso, que se le impuso por unanimidad la sentencia de muerte.

Estéban la oyó con serenidad. Debe en efecto ser menos horrorosa la muerte violenta cuando se presenta como sacrificio, que no cuando se presenta como expiacion!

En el momento en que se iban á llevar al reo de la sala del consejo, salió de entre un grupo de hombres un jóven que se adelantó de repente con paso firme hácia el Tribunal. La lívida palidez que cubria su semblante enérgico, no parecia debida á la emocion del momento, si no anexa á aquel rostro en que nada de la vida parecia haber quedado, sino un fuego sombrío en sus negros y ardientes ojos.

—Ese hombre es inocente, dijo con acento firme y seco dirigiéndose al Consejo.

—¿Cómo lo sabéis, y cómo podréis probarlo?

—Entregando al reo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Pues traedle.

—Ya está aquí.

—¿Pues quién es?

—Yo.

—¡Vos!!

—Yo, convicto y confeso.

Hubo un momento de silencio; debido al asombro y estupefaccion que causó esta escena.

—¡Hermano! exclamó al fin Estéban; ¡que has hecho!

—¿Y tú habias pensado, contestó el otro en tono de reconvencion, que te dejaría yo morir? Oye, ¿de cuando acá me has tenido tú por un infame? Nunca fuí bueno, lo sé; siempre tuve en mí mismo el enemigo que habia de perderme. Pero de ahí á ser un vil cobarde, que dejase pagar á un inocente mi delito, vá mucho, hermano. Intenté procurar tu fuga de la cárcel; pero no lo conseguí, porque nada bueno podia lograrse al que Dios dejó de su mano. Así, pues, caiga sobre el delincuente la ley, y cúmplase en mí la sentencia de que quien á hierro mata á hierro muere. A Dios, consuela á nuestros Padres, y....... perdonadme todos!

El Consejo, en vista de este inesperado incidente, se suspendió, y Lorenzo fué mandado trasladar á la cárcel en lugar de Estéban, que quedó libre; mas éste estaba como herido de un rayo, sin palabras, sin accion y sin voluntad. Sintióse fuertemente asido de un brazo por una persona que lo sacó de aquel funesto lugar, y que impulsándole sin que el anonadado Estéban pusiese resistencia, lo llevó á una casa en que entraron, cerrando en seguida la puerta el que lo conducía.

—¡Ánimo, ánimo! le dijo presentándole un vaso de vino; ¡ánimo, que lo requieren las barbas!

Estéban levantó los ojos, y por vez primera miró á la persona que lo habia traido á aquel sitio.

—¿Sois vos? exclamó, ¿y os habeis atrevido?.....

—Para las ocasiones son los amigos, respondió su conductor, que no era otro que su antiguo vecino el carabinero.

—Con que... ¿te ibas á dejar matar? exclamó Pepa, que habia acudido y abrazaba con lágrimas á Estéban.

—¡Y habia de delatar á mi hermano, señora! contestó éste.

—Ahora mismo te vas á meter en el vapor é irte á Sanlúcar, y de ahí á Rota; que ojos que no ven, corazon no quiebran, opinó el carabinero.

—Perdone Vd., señor, repuso Estéban, que volvia á recobrar su energía, que yo dónde ahora voy es al lado de mi hermano.

Por más que hicieron Pepa y su marido para apartar á Estéban de su intento, no fué posible.

El carabinero le acompañó; pero cuando llegaron á la cárcel, como si su llegada hubiese sido prevista, salió el oficial por quien Estéban habia sido defendido, á recibirle.

—El reo, dijo, me envia á vuestro encuentro porque no quiere veros, no por falta de valor, pues está resignado y tranquilo, ni por falta de cariño, sino por interés hácia vos, que no podríais

verle sin sufrir un dolor tanto más vehemente, cuanto que no será corto y transitorio como el suyo. Me ha dicho que si la voluntad del qué va á morir es sagrada, que la atendais, y le deis con ello ese último consuelo. Partid en este instante: id á consolar á sus Padres, y abrid allí esta carta de despedida, que es su última comunicacion con este mundo, pues desde que me la dictó, solo tiene su mente en la eternidad, que tan magna aparece á la hora de morir. No os desesperanceis; si algo en su favor se puede hacer, se hará.

Al oir estas terminantes palabras, el infeliz Estéban volvió á caer en su sombría inercia.

—¡Pues qué! murmuraba con ahogada voz; ¡no le veré más! ¡No volveré á ver al hermano de mi alma! ¡Jesus! ¡María Santísima! ¡esto es peor que morir! Mas valiera mil veces que nunca se hubiese presentado.

El buen carabinero, con sus pocas palabras, pero con su mucho celo, se llevó á Estéban.

—¡Ánimo, ánimo! repetia; es preciso hacer de tripas corazon; véte á tu casa; ¿qué vas á hacer aquí?

Diciendo esto le arrastraba consigo por la orilla del rio, y apresuraba el paso al ver que por una feliz coincidencia se preparaba un vapor á salir para Sanlúcar. Cuando llegó, le metió en la embarcacion; pagó su pasage, le recomendó á un camarero conocido suyo, y se volvió á tierra en el

mismo momento en que levando el ancla el vapor, empezaba á imprimir á aquella pesada mole el impulso que la habia de hacer lijera y rápida cual la flecha al impulso del arco.

¡Qué pluma podrá pintar las destrozadoras escenas que se sucedieron en la casa, ántes tan feliz de los Lopez, al saber golpe sobre golpe, mediante á la brusca franqueza campesina, las desastrosas nuevas de que era ¡Estéban portador! ¡Quién puede pintar aquella desatentada desesperacion, aquel sufrimiento infinito! Cuanto decirse pudiera, quedaria muy atrás de la realidad, como se queda el pincel, que intenta pintar el agua y el fuego, á los que no puede dar calor ni movimiento.

En medio de esta desolacion fué leida por el Padre Nolasco la carta de Lorenzo, que era como sigue:

«Ni á Dios ni á los Padres se les pide nunca »perdon en valde; y como á Dios se lo he pedido, »os lo pido á vosotros, á quienes tan mal pago he »dado por el amor que me han tenido. No se afli»jan Vds. por mi suerte, que no llevo mas que lo »que merezco, y lo recibo resignado, á la vez »como castigo y expiacion. Hermano, ¡Dios te pa»gue el gran cariño que me has demostrado! que »si viviese, no te lo pagaría besando la tierra que »pisas. Otra cosa quiero que hagas por mí para po»der morir tranquilo; á esa desdichada á quien »dejé en una mala hora sin arrimo ni calor de na-

»die, ampárala; cásate con ella. ¡házle dulce la »vida, que tan amarga le hice yo! Y para que mue»ra tranquilo, prometedlo al leer mi carta. Por »que las palabras dadas al que va á morir se cum»plan: pues el saber que se cumplen, ha de ser el »consuelo que me lleve yo á la tierra. Perdonad»me y encomendadme á Dios, que Él es el que »nos consuela á todos!»

Cuando en medio de sollozos y gemidos se terminó la lectura, Estéban se acercó á la cama en que yacía cual un cadáver convulso, la infeliz Dolores.

—Dolores, le dijo, la última voluntad de mi hermano es sagrada; ni tú puedes tener otro marido que yo, ni yo otra muger que tú. Él confía en que no harémos falla su última voluntad, y no debemos marrarle.

Dolores calló y siguió sollozando.

—Si no consientes, dijo con angustia Estéban, es que no lo quieres á él, no me aprecias á mí, y no estimas á la familia. ¿Prometes, Dolores? que el tiempo urge.

—Prometo, gimió Dolores, hacer lo que él quiso, y tú quieres.

CAPITULO XVI.

Seis dias habian pasado en esta agonía. La pobre Madre estaba en una convulsion casi contínua; el Padre habia envejecido de golpe; y su cuerpo, hasta entonces robusto y derecho, se habia doblado cual el árbol que venció un huracan. Dolores daba pocas esperanzas de vida. Catalina hallaba fuerzas en su amor á sus Padres para no dejarse postrar por su dolor, y Estéban anonadado sofocaba su desesperacion por no aumentar la de sus Padres. Solo el Padre Nolasco estaba sereno; y era á su vez la Providencia de esa familia, como ella habia sido la suya. Cuidaba á todos, y á todos exortaba con fuertes argumentos á la conformidad en las penas, aun las mas acerbas, puesto que para ellas la prescribe Dios; y de lo que tan ad-

mirable ejemplo nos dió su SANTA MADRE. A intervalos levantaba su voz en las oraciones, cuyo sonido conocido y amado llega al oido con toda la mágia de un consuelo, de un recuerdo, de una esperanza; como el lazo que une á vivos y muertos, y esta vida á la otra vida!

Una mañana, algunas vecinas que venian caritativamente á asistir á esta infeliz familia, decian al médico al salir:

—Señor, nada de cuanto le mandais le hace á la pobre de la Madre; no hay que engañarse; esto le cuesta la vida.

—Más me temo al Padre, respondió el médico; y más cuidado me dá, aunque aparenta mas serenidad.

—¿Y Dolores, señor; será preciso administrarla?

—Todavía no urge, es jóven y aquí hay sugeto. Una crísis podrá salvarla.

En este momento se abrió violentamente la puerta, y el carabinero, sofocado, desalado y cubierto de polvo, se precipitó en la casa gritando:

—Señores, mientras hay Dios, hay misericordia; ¡indultado! ¡indultado!

Nada mas dijo; nada mas pudo decir, pero nada mas necesitaba decir para volver la vida á aquella agonizante familia.

Estéban se abalanzó fuera de sí al carabinero.

—¡Qué decís, indultado!

—Indultado.

—¿Mi hijo? gritó saltando de su lecho sobre el que estaba tendida la Madre.

—Lorenzo!

—¿Por el tribunal? exclamó el Padre, que se habia levantado erguido como un jóven.

—¡Qué por el tribunal! Por la REINA: ¡VIVA LA REINA! ¡VIVA ISABEL SEGUNDA! gritó el carabinero tirando por alto su morrion.

—¿No morirá? sonó la débil voz de Dolores desde su alcoba que daba al patio.

—Cuando Dios quiera y no ántes, respondió el carabinero.

La escena que siguió, difícil seria pintarla, cuando no tienen los mismos actores que en ella actuaron, memoria ni recuerdo de lo que pasó. La Madre se dejó caer inánime en los brazos de su marido. Estéban y Catalina rodeaban con sus brazos el santo grupo que formaban sus ancianos Padres; Dolores habia hallado fuerzas para incorporarse en su lecho, cruzar las manos y alzar al cielo su ferviente accion de gracias: las buenas vecinas lloraban á gritos; el carabinero no cesaba de pasar el revés de su mano por sus bigotes empapados en lágrimas, y solo el Padre Nolasco impasible decia:

—¿Lo veis, hijos? Dios aprieta y no ahoga: bien os lo decia yo: ¡conformidad! ¡La esperanza es lo

último que se pierde! Si las de acá abajo salen fallidas, las de allá arriba son siempre ciertas. Así es que ha hecho su Divina Majestad de la esperanza una virtud, y manda á las criaturas que la tengan siempre en su corazon para que no desfallezcan. El corazon desfallecido no es corazon legítimo, hermanos.

¡Oh caridad! Pon á menudo la pluma en la poderosa mano que puede firmar el indulto. Si no es en consideracion al reo, séalo en consideracion á su familia, inocente de su culpa!

El extraño suceso acaecido en el Consejo de guerra, se habia esparcido, y despertado la curiosidad y el interés público, pero muy en particular, entre los oficiales que componian el Consejo, y que habian presenciado aquella escena de honradez y de amor fraternal. La sencilla nobleza que vieron en el porte y palabras de aquellos hombres graduados de rústicos, los habia enternecido; porque tras los rostros tostados é impávidos y de las manos endurecidas con el manejo del sable, suelen alguna vez latir corazones mas blandos y generosos, que no entre otros rostros blandos y delicados, ya de uno ú otro sexo, que se inmutan y enternecen en *conversacion*.

Uniéronse á esta simpatía general, la de altos personajes, que levantaron una súplica de gracia á la buena Soberana, tan dispuesta á la clemencia, que nunca se acude en vano á su hermoso cora-

zon. A ese corazon bendito que halló voces para perdonar á un enemigo, en el mismo momento de recibir el alevoso é inícuo golpe regicida, nunca le pueden faltar esas palabras de clemencia que son el derecho divino de los Reyes.

—¿Y queda libre? ¿vendrá acá? preguntó la Madre cuando al primer enagenamiento siguió un poco de calma.

—Sí por la Reina fuese vendría..... ¡Señores, VIVA LA REINA! dijo el carabinero.

—¡Bendita de Dios sea la Reina! exclamaron todos con explosion y entusiasta gratitud.

—¡Si por la Reina fuese... vendría!.. prosiguió el carabinero. Pero su Magestad no puede más que perdonarle la vida. Entra despues la pena que le sigue, presidio.

—¡Presidio! exclamó la pobre Madre.

—Si señora, y cómo ha de ser! ¡quien la hace... la paga, tia Melchora! dijo el carabinero.

—Pero si Tomás, el ángel mio, que murió como un Abel, le perdonó!...

—Eso tiene á su favor; pero no basta.

La Madre se echó á llorar amargamente.

—Melchora, no ofendas á Dios, le dijo el tio Mateo volviendo á caer doblado y con la cabeza caida sobre su asiento.

—Es que yo le creí libre!... repuso sollozando la Madre.

—¿A qué prometértelas tan felices, mujer? Si le

que ha hecho es un delito de los grandes!... su castigo ha de llevar, repuso el honrado anciano.

—¿Y á dónde vá? señor Canuto, preguntó la pobre Madre.

—A las islas Marianas.

—¿Y por cuánto tiempo?

—No se sabe; contestó el carabinero, que sabia que era de por vida.

El pobre tio Mateo lo habia comprendido tambien así.

Entretanto habia llamado Dolores á Estéban á su lecho, y le decia:

—Estéban, puesto que gracias á la misericordia divina y humana, Lorenzo queda con vida, no hay nada de las promesas hechas á un difunto: mientras viva él, no seré mujer de otro.

—Así lo entiendo yo, Dolores, respondió Estéban. Mucho te quiero, y á la par de mi hermana Catalina; pero siempre he mirado en tí la mujer de Lorenzo, y el casarnos viviendo él, me parece como mancha de sangre. Pero te quedarás con nosotros, Dolores; que buenos brazos tengo yo para mantener á una hermana, y yo soy dos veces tu hermano, una por Lorenzo y otra por Tomás.

Dolores se cchó á llorar.

—Mira, le dijo el Padre Nolasco cuando Estéban se hubo marchado; Rosita me ha encargado que te diga, que no viene á verte porque no quiere, ni pisar esta casa, ni ver á ninguno de las gentes de

Lorenzo. Y por más que le he dicho que eso no está bien, no hay quien la venza, al menos por ahora. Me dijo que te dijera que tú no habias de estar en ninguna parte mientras ella viva, sino á la vera suya; ya lo sabes.

Rosa tambien, como Dolores, habia pasado de la infancia á la juventud, por las lágrimas. Aquel color de rosa tan fresco y subido que ostentaban sus mejillas, habia desaparecido para siempre de su rostro. Su petulante alegría se habia apagado como una luz al soplo del torbellino. Ya no llamaba la atencion del Padre Nolasco sobre el retrato de su Tio; ya no sostenia con su Madre sus emancipadas polémicas. Ocupaba su vida sériamente, frecuentaba las iglesias, se ocupaba de los quehaceres de la casa, y mucho de los pobres.

El aniversario del dia 5 de Setiembre, de lúgubre memoria, se vé en el Convento al borde del mar, un sacerdote anciano que dice pausadamente una misa de difuntos. Óyenla siempre dos mujeres, que están estrechamente unidas; una es una jóven bien vestida, grave, pero lozana, que parece empezar una existencia séria y útil; la otra, tambien jóven, enlutada, pálida, delgada y destruida, que parece acabar una vida de sufrimientos: la primera es Rosa; la segunda, Dolores.

Cuando las ven pasar, dicen todos con simpatía:

—¡Cómo ha sentado Rosa, la de Doña Braulia! Se ha hecho una mujer de su casa, como Dios man-

da;—y añaden conmovidos:—Dolores, la de la tia Tomasa, se vá consumiendo como la luna menguante. No le ha quedado cara en qué persignarse; TIENE MUERTO EL CORAZON EN EL PECHO! esa nació para sufrir!... ¡POBRE DOLORES!

FIN.

57

1st ed.

